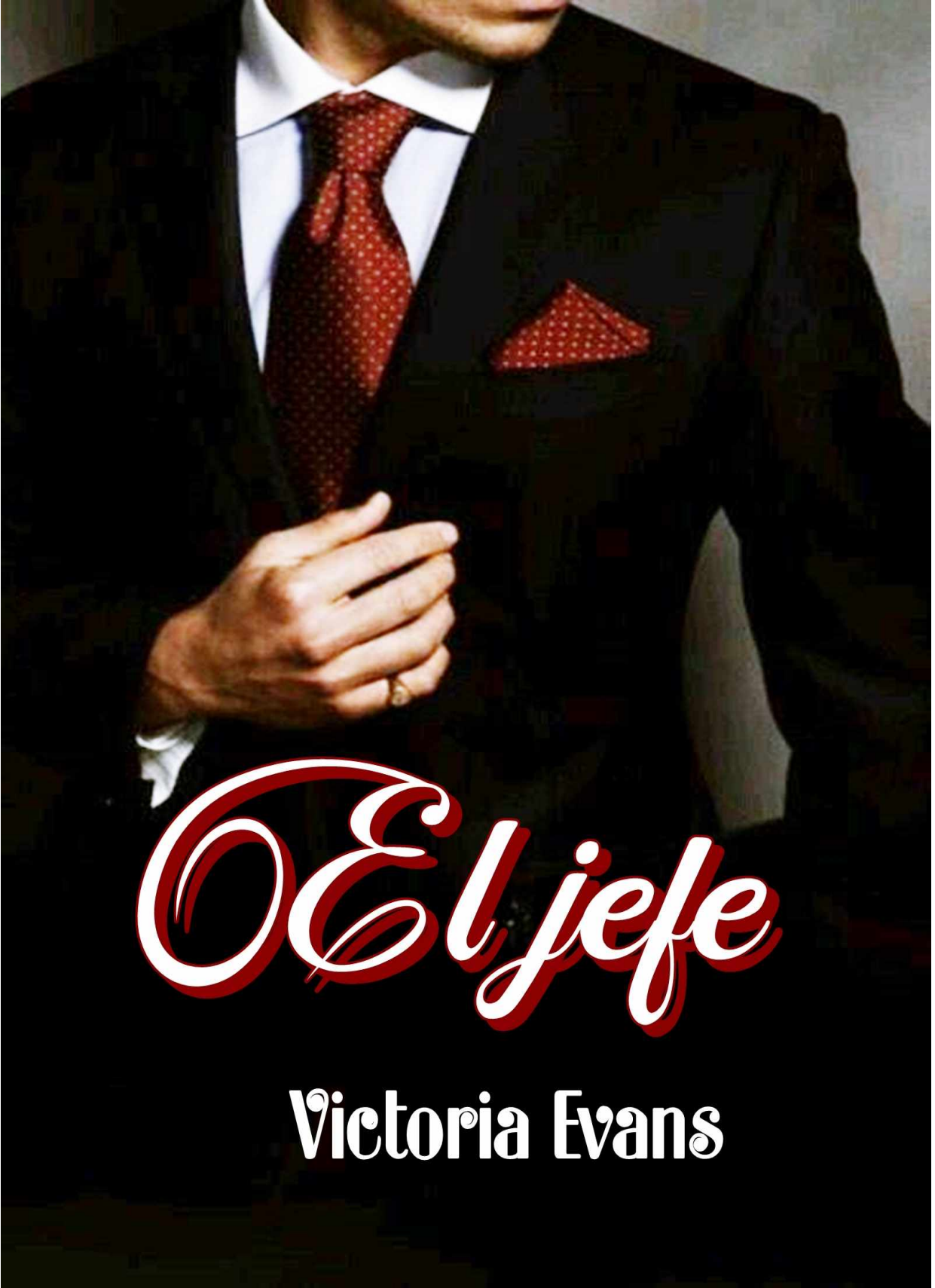


El jefe

Victoria Evans



El jefe

Victoria Evans

©El jefe -Victoria Evans

Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

©2020 diciembre

Novela inédita Kindle editions Amazon en español

Todos los personajes son ficticios, no hay semejanza alguna con personas reales.

Los nombres mencionados son invención del autor.

®Registrado en Safecreative.org.

Diciembre 2020

El jefe

Victoria Evans

Argumento:

Hacia dos años que Paris Konstantinidis se había apoderado de Cathlamet, la mansión ancestral de Brittany, cuyo padre no había podido pagar por deudas de juego.

Paris le había propuesto matrimonio con la intención de acallar su conciencia o quizá porque deseaba utilizar las buenas relaciones de la familia de Brittany, pero ella era muy orgullosa para aceptarlo sin reparar en los motivos que él tuviera.

Desafortunadamente, él irresponsable hermano de Brittany desfalcó el casino de Paris donde él trabajaba. Esta resultó ser la carta de triunfo de Paris y él la jugó con astucia.

—Estoy dispuesto a liberar de toda culpa a tu hermano— le prometió a Brittany— tan pronto como tú y yo nos casemos.

EL JEFE

VICTORIA EVANS

Capítulo 1

Brittany sabía que el Club Cassandra estaba en la calle Curzon, en el barrio de Mayfair. Se decía que el fantasma de una vendedora de flores estaba en la puerta, perfumando el aire a su paso con el aroma de las violetas del canasto. Al cruzar la puerta, Brittany recordó esta leyenda que, según su jefa, la clarividencia de madame Lilian, podía ser cierta. Sacudió la lluvia de su chaqueta de lince pensando que, en noches como ésta, algunos barrios de Londres tenían un aspecto tan misterioso que estimulaban la imaginación.

Había un enorme espejo en la entrada del club y se detuvo un momento para estudiarse. Sus ojos parecían enormes en su cara... tenía una expresión de temor, inseguridad, y se sentía indefensa, a pesar de la chaqueta de piel que cubría su vestido largo y de color claro. Brittany compró la chaqueta en una pequeña tienda de ropa semi-nueva y ésta era la primera vez que la usaba. Pensó que le daría una apariencia de seguridad, pero no podía ocultar que estaba tensa y nerviosa.

Cuando llamó a Paris Konstantinidis, para concertar esta cita, él le había dicho que estaría en el club a las nueve; su voz era fría y dura y tenía acento extranjero. No tuvo que explicarle la razón por la que quería verlo; él le dijo que había estado esperando su llamada.

El club se construyó en la calle Curzon hacía dos siglos y fue una casa de juego frecuentada por jóvenes aristócratas que, sin duda, actuaban con una intolerable arrogancia.

El actual propietario le había devuelto su antigua belleza y esplendor. La madera, el cobre, y el terciopelo de color rojo oscuro, creaban el ambiente deseado. La escalera por la que subió Brittany hacía la oficina privada del propietario estaba alfombrada de color granate oscuro, y conducía a un pasillo iluminado por lámparas de cristal en las paredes.

Al cruzar el pasillo hacia la puerta con el letrero que anunciaba: “privado”, sintió que sus piernas se debilitaban bajo la falda seda. Había un silencio profundo, que sólo era interrumpido por el murmullo lejano de voces, proveniente de los salones de juego, donde ricos árabes estarían haciendo la clase de apuestas que había metido en problemas a Justin. Brittany no sabía cómo lograría que Konstantinidis fuera benévolo con Justin, pero estaba decidida a intentarlo. Pensó que quizá no le resultara tan difícil ya que, hacía dos años este mismo hombre le había propuesto matrimonio... pero era probable que le guardara rencor por haber rechazado su ofrecimiento.

Se detuvo frente a la puerta de la oficina para cobrar ánimo antes de enfrentarse a él. Hacía mucho tiempo que no lo veía, y tuvo que armarse de valor para levantar la mano y pulsar el timbre. Oyó un zumbido, y el picaporte cedió bajo la presión de su mano. Entró en la habitación, donde Paris Konstantinidis la esperaba. Estaba de pie, sus hombros se recortaban en las cortinas de color rojo oscuro que cubrían las ventanas, y aislaban la lluvia y la oscuridad.

Una vez más, esa penetrante mirada la envolvió... una vez más, Brittany contempló aquellos ojos fieros que parecían no haber conocido nunca la ternura. Tenían el brillo de la inteligencia... ojos ambarinos, como los de un león, pensó Brittany, y los párpados entrecerrados hacían que la sombra de las pestañas oscuras se proyectara en su piel.

El perfil de su nariz era muy recto, como el de las estatuas griegas. Sus labios parecían nunca haber pronunciado palabras bondadosas o tiernas. Brittany sintió que su poder dominaba la habitación y tuvo miedo.

—Así que nos encontramos de nuevo, señorita St. Cyr —el tono áspero y metálico de su voz hizo que su corazón diera un vuelco—. ¿Cuánto hace que no nos veíamos... dos años, si mal no recuerdo?

Estaba segura que la memoria nunca le fallaba en los asuntos que afectaban su vida. Se dio cuenta, aun antes de hablar, de que su voz iba a delatar su nerviosismo.

—Yo... debe ser como usted dice, señor Konstantinidis—su lengua casi se enredó al pronunciar su apellido, y las palabras salían roncamente, y con dificultad, de su garganta reseca.

—Mi niña, parece que necesita un trago —se acercó al bar y sacó una botella y dos copas alargadas. Sus movimientos eran elegantes, algo poco común en los hombres altos y musculosos, y eran acentuados por la costosa

tela de su traje. Sirvió las bebidas con pulso firme, sin embargo, Brittany estaba segura que él trataba de dominar su furia, lo que lo hacía mucho más peligroso.

—Venga, siéntese —indicó una silla de piel cerca de su escritorio—
Quítese la chaqueta, y póngase cómoda.

Se comportaba con ironía, claro. Sabía muy bien que ella estaba más nerviosa que un gato, esto se reflejaba en sus ojos mientras la observaba aproximarse a la silla. No se quitó la chaqueta, pues no quería sentir la mirada de aquellos ojos sobre su cuerpo envuelto en el claro vestido de seda. Tenía una cita para cenar con madame Lilian, pero la había llamado para decirle que se sentía mal, lo cual no era una mentira, porque estar a solas con Paris Konstantinidis era tan inquietante, que se sentía un poco débil.

—Aquí tiene —le entregó una copa de vino—. Está muy pálida, mi niña, por lo que el vino le hará bien.

—Gra... gracias —la voz surgió débil y dio un largo trago del vino de una cosecha muy especial. Paris Konstantinidis quizá pasó su juventud viviendo con estrechez, pero, obviamente, pretendía vivir sus años adultos disfrutando de lo mejor que el dinero pudiera comprar... lo que desmentía a Justin, quien había asegurado que él gozaba haciendo dinero, no gastándolo. Era un débil rayo de esperanza que el dinero no fuera su dios.

— ¿Se siente mejor? —él se sentó en una esquina del gran escritorio y la miraba fijamente, y Brittany nunca había sido más consciente de todo su atractivo. ¿Cómo lograría convencerlo de que Justin era digno de su consideración cuando la verdad es que su hermano era un estafador que merecía ser castigado?

—El vino es muy bueno —logró decir, a pesar de que no era el vino, sino el estudio de que era objeto, lo que la habla dejado sin aliento. Una sensación de humillación la invadió al darse cuenta de que se había atrevido a venir aquí para pedirle que no castigara a Justin como debía hacerlo.

—¿Quiere que le facilite las cosas? —Paris Konstantinidis se inclinó y la obligó a mirarlo—. Usted está aquí por la insistencia del bribón de su hermano, ¿no es así? Él se esconde detrás de sus faldas, ¿no? La empuja a la arena con el león, esperando que yo atrape su cuello entre mis mandíbulas, mientras él se sienta en un bar, en alguna parte, confiando que

no se le castigará como un ladrón si yo encuentro que su hermana es de mi agrado, ¿no es así?

—No del todo, señor Konstantinidis—la mirada de él parecía atravesarle la carne hasta la médula de los huesos... la mirada del fiero turco en el cuerpo de uno de esos poderosos griegos que habían inspirado a escultores como Rodin. Un griego que se había abierto camino en el mundo, a fuerza de trabajo, no iba a perdonar una suma de dinero robada que se elevaba a muchos miles.

—Entonces, explíqueme un poco, señorita St. Cyr —había un tono sarcástico en su voz—. Hubiera jurado que su hermano la estaba entregando a los brazos de Baal, a cambio digamos, de su pellejo.

Brittany no pudo evitar sobresaltarse. Era cierto, parecía que hubiera venido a ofrecerse al millonario Konstantinidis, a cambio de la promesa de que Justin no sería llevado a juicio.

—Yo... yo vine a verlo —dijo—, esperando hacerle comprender por qué Justin es de esa manera. Él es un hombre sin carácter, así que, por lo tanto, para usted será difícil comprender su debilidad.

—Mi niña, no intente halagarme hablando de mi fuerza de carácter, más bien, es mi mal genio el que tendría que tomar en cuenta —hablaba en tono mordaz, comunicándole que la cortesía que le mostraba, era superficial y que, en su interior, estaba furioso, como ella había imaginado.

—No lo culpo por estar enfadado —sus dedos se crisparon alrededor de la copa de vino y no se opuso cuando él la llenó de nuevo—. Tiene... todo el derecho a estar furioso, pero, ¿le será devuelto su dinero si Justin va a la cárcel?

—Probablemente no —sus ojos centelleaban—, pero al menos tendré la satisfacción de ver a ese despreciable sujeto entre rejas. No te gusta que lo llame ladrón, ¿verdad, Brittany? Veo una sombra de dolor en tus ojos, pero él abusó de la confianza que le di y,

¿no esperarás que pase por alto su delito? Tendría que ser un tonto, o un santo, si lo hiciera y no soy nada de eso. Soy griego, con sangre turca, y casualmente creo en la ekthekissis.

Ella lo miró inquisitiva, después de apurar su copa de vino, él explicó:

—Se trata de la justa venganza que tengo el derecho de reclamar.

Brittany suspiró temblorosa al comprender que no había ninguna esperanza de que este hombre se apiadara de Justin.

—Mi hermano está horrorizado de pensar en la cárcel... ¿no puede comprender lo que le ocurriría al estar encerrado con esos criminales? Él no es un criminal al pensar en cometer un delito. Es un tonto y tiene el vicio del juego. Si de verdad fuera un ladrón, habría sido más cuidadoso para encubrir su robo, y usted lo sabe.

—El hecho de que sea un tonto aumenta mi desprecio —dijo desdeñosamente Paris Konstantinidis—. ¿Por qué te molestas por un hermano como ése? ¿Crees que él se preocupa por alguien, además de sí mismo? Al estar en prisión, tal vez deje de ser un joven estúpido, egoísta y engreído.

—Usted... es muy duro —Brittany tragó con dificultad—. ¿No tiene ningún hermano o hermana por el que se sienta responsable?

—Soy hijo único... hijo de una madre soltera —al decir esto, una expresión melancólica ensombreció sus rasgos, mientras sus ojos examinaban el cabello de Brittany, que lo llevaba recogido en la nuca al estilo griegos lo que tal vez le hizo recordar el peinado de su madre. —En Grecia, no es fácil ser hijo de una mujer que no tiene un anillo de oro en el dedo —continuó—. Mi madre cuidaba un rebaño de cabras en los montes donde los maquis esparcían su aroma silvestre. Allí conoció a un forastero, quien, así como llegó, se fue dejándole un niño. Temiendo la burla de los aldeanos, guardó el secreto; dio a luz allí, en los montes y me envolvió en una piel de cabra. Cuando conducía las cabras a pastar, me llevaba sobre sus espaldas. Crecí corriendo libremente con el rebaño.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios, y al momento desapareció.

—Tal vez pensé que era una cabra durante los primeros años de mi vida. Era una vida sana, aunque difícil. Aprendí a sobrevivir, a enfrentar el tiempo bueno y el malo, a endurecerme frente a las burlas de los niños de la aldea que sabían que no tenía padre. Mi madre era muy hermosa en aquel tiempo, pero nunca se casó. Un griego rara vez propone matrimonio a una mujer que ha perdido su virginidad con otro hombre. Durante mi infancia, sentí curiosidad por el forastero que me había engendrado, aunque mi madre nunca hablaba de él. Nunca supe quién fue.

Paris Konstantinidis hizo un gesto con la mano y prosiguió:

—Sospecho que mi madre nunca supo su nombre. Se conocieron, se gustaron, e hicieron el amor bajo las estrellas. Ahora, treinta y seis años después, estamos tú y yo, uno frente al otro, en las oficinas privadas de un club que me pertenece, e ingenuamente, o tal vez porque me desdeñas,

esperas que yo te diga que está bien que tu hermano me robe dinero... un montón de dracmas. ¿Te dijo la cantidad?

Brittany se sintió ruborizar por la humillación que le producía el comportamiento de Justin, que la hacía parecer como si ella justificara su actitud al interceder por él.

—Sí, Justin me lo dijo —las palabras parecían arrancadas de su garganta a la fuerza.

—Yo iba descalzo a la escuela, jovencita —contestó el griego con expresión de ira—. A los diecisiete años conducía camiones de carga en los muelles, y trabajaba veinte horas al día para tratar de mejorar mi suerte. Tuve éxito y nunca robé un centavo a nadie.

Brittany bajó la mirada, sintiendo que una profunda vergüenza la invadía. Ella nunca amonestó a Justin cuando hablaba mal de este hombre, tal vez porque abrigaba rencor contra él por lo de Cathlamet. No le gustaba que la casa St. Cyr, en York estuviera en sus manos... nunca olvidaría las lágrimas que había derramado cuando supo que él tenía todos los derechos sobre la casa donde ella había nacido. Ese sentimiento de amargura no disminuyó aun cuando, el día del funeral de su padre, el abogado de la familia había leído, para Justin y ella, la carta que aquél le entregara a su custodia.

En aquella carta explicaba que, debido a su insistencia, Paris Konstantinidis había aceptado los derechos sobre Cathlamet. La hipoteca era tan alta que era imposible que la familia St. Cyt retuviera la propiedad. A cambio de las escrituras, el padre de Brittany había recibido una cantidad suficiente para que sus hijos terminaran su educación.

¿Por qué, se preguntaba Brittany, tristemente, no los había sacado de esos colegios tan caros, explicándoles que su vida sería menos holgada y con menos privilegios, debido a que él ya no percibía los ingresos suficientes que les habían permitido vivir en una mansión como Cathlamet, con sirvientes, caballos en el establo, y la perspectiva de una vida cómoda en el campo?

¿Por qué los había humillado, educándolos a expensas de un extraño, que ahora tenía el derecho de juzgar su comportamiento? Pero, al menos, no podía decir que ella no se ganaba la vida.

— ¿Aún vive su madre, señor Konstantinidis? —se oyó preguntar. Nunca había sentido curiosidad por su familia. Él pertenecía al

grupo de hombres que habían triunfado por su propio esfuerzo, y que parecían hechos de roca, y no de carne.

—Sí, mi madre todavía vive —respondió con voz profunda, pronunciando con cuidado el inglés, como se lo habría enseñado algún maestro de idiomas. Su vocabulario era bueno y el acento griego añadía distinción a su manera de hablar. Brittany percibió la decisión que era la característica principal que regía su vida. Nació pobre, pero tenía una gran inteligencia. Su educación en la escuela de la aldea habría sido muy elemental, quizá de sus padres había heredado una mente astuta y ambiciosa.

—¿Su madre vive en... en Cathlamet? —Brittany trató de no mostrar el resentimiento que le provocaba la idea de que otra mujer caminara por las habitaciones donde ella había jugado de niña, que observara cómo crecían las rosas en el jardín rodeado por un muro de piedra, y escuchara el viento soplar en el campo.

Brittany adoraba el lugar donde habían vivido, amado y muerto muchas generaciones de la familia St. Cyr. Se le oprimía el corazón al enfrentarse a este hombre que tenía el derecho de hacer lo que quisiera en Cathlamet, y de tener viviendo allí a quien él eligiera.

Sus ojos ambarinos enfrentaron los suyos como si estuviera leyendo sus pensamientos.

—Mi madre prefiere vivir en su país donde puede sentir el sol de Grecia calentando su piel. No quiere ser la señora de una casona de piedra en el campo, donde siempre está soplando el viento.

Brittany entrecerró los ojos como lo hacen las personas que sienten dolor.

—Está usted cordialmente invitada a venir a Cathlamet cuando quiera —Paris Konstantinidis hablaba sin emoción—. Casi no ha habido cambios.

—La casa ya no tiene relación alguna conmigo —Brittany respondió fríamente, porque sentía frío y nunca más podría calentarse frente a los enormes troncos que ardían en las chimeneas de piedra en el invierno. Suspiró con tristeza, y se dijo que no debía pensar en Cathlamet. Con un esfuerzo apartó sus pensamientos de la casa cuyas paredes estaban hechas con la misma piedra resistente y porosa que conformaba la hermosa catedral de York.

Miró a Paris Konstantinidis, en cuya piel parecía estar grabado el sol de Grecia, haciendo que sus ojos dorados, se destacaran amenazadores. ¿Cómo convencer a un hombre así de ablandarse? Al preguntarse esto Brittany encontró una respuesta muy inquietante. Enfrentó los rasgados ojos del griego que había puesto un precio a la cabeza de su hermano, y los agitados y temerosos latidos de su corazón le confirmaron sus sospechas.

Siendo tan astuto en lo que se refería a las personas y al dinero, habría adivinado que Justin no podía trabajar en el Club Cassandra sin que un día tratara de apoderarse de las ganancias del club. Él sabía, al igual que ella, que su hermano no debía trabajar en un lugar donde escuchara el incesante tintineo de las monedas y el ruido de los dados.

—Usted sabía que lo haría, ¿no es así? —los ojos de Brittany resplandecieron como un cristal en su cara pálida y asustada.

—¿Hacer qué, mi niña? —preguntó tan cortésmente que ella estuvo a punto de lanzarle el resto del vino al rostro.

—Usted sabe a lo que me refiero.

—¿Ah, ¿sí?

—Usted lo tenía planeado.

—¿Qué estás insinuando, Brittany?

—El escuchar mi nombre en sus labios me asquea.

—Qué pena, moiya, porque el significado de tu nombre le sienta bien. Qué bien estaría con mi segundo nombre... empieza con A, Adamas, que en griego significa duro como diamante.

Brittany se puso de pie, pero cuando trató de lanzarle el vino, él ya no estaba en su sitio. De manera instintiva y con rapidez se había apartado y el vino salpicó el escritorio manchando los papeles que estaban sobre él, y un estuche de piel, con sus iniciales grabadas en letras doradas.

En el silencio, el corazón de Brittany latía con dolorosa fuerza y rapidez. Esta vez, él le propondría matrimonio con un tono cortés y distante... esta vez, le diría que, si deseaba la libertad de su hermano, ella tendría que renunciar a la suya.

Capítulo 2

—¿No te parece un gesto infantil? —se acercó repentinamente a ella y le quitó la copa vacía que apretaba en la mano. Brittany sintió que sus rodillas se debilitaban—. Pareces tan tonta e insensible como tu hermano, mi niña, y ese comportamiento tiene que ser castigado.

—Y... usted me va a castigar, ¿no es así? —retrocedió sintiendo que su cadera tocaba la esquina del escritorio. Lo desafiaba con la mirada en tanto su cabello resplandecía a la luz de la lámpara del escritorio.

Sus ojos la recorrían con lentitud, y ella se sentía atemorizada por su amenazante altura, y por los fuertes hombros que iban disminuyendo hasta unirse a unas caderas firmes, envueltas en la costosa tela negra que ceñía el cuerpo que el trabajo en los campos había llenado de fuerza. Era más alto que la mayoría de los griegos, tal vez debido al forastero que había seducido a su madre en los montes donde crecían los maquis silvestres.

Era distinto a todo lo que Brittany había conocido. Él había sufrido hambre, frío y burlas, así que, ¿cómo podía afectarle que Brittany, fuera fría y se burlara de él? Pero nada de esto revelaban los ojos que la cautivaban con sus destellos dorados, atrapándola en el siniestro brillo de sus profundidades.

—Las personas como usted —le dijo—, que dirigen lugares como éste, provocan a aquellos que no pueden resistirse al juego.

—¿De verdad? —preguntó aburrido—. Una vez oí a tu hermano refiriéndose a ti como su pedante hermana.

Ella se sonrojó.

—¡Alguien como usted sabe cómo tender una trampa!

—¿Así que has decidido pensar que yo tenté a tu hermano, como una serpiente?

—Es uno de los disfraces del diablo, ¿no es así? —replicó con tono desafiante.

—¿Entonces ya no soy el maldito griego que te despojó de tu hogar, y me he convertido en el diablo? —hablaba con sarcasmo, pero en los ojos dorados no había señales de que, al decirle eso, lo hubiera hecho perder el control.

—¿Por qué le pidió a Justin que administrara este club? No sería porque es usted magnánimo, ¿verdad? Usted sabía perfectamente que le gustaba jugar a las cartas, apostar a los caballos y hacer otras clases de apuestas. Justin no puede vivir sin jugar y usted lo sabía.

—Tal vez yo necesitaba probar algo, moiya, por ejemplo, que es el privilegio lo que corrompe, y no la pobreza.

—Si eso es lo que piensa de Justin, entonces no tiene sentido que usted quiera... —Brittany se interrumpió, pues no podía expresar con palabras lo que su cuerpo sabía con seguridad.

—¿Estás insinuando que lo que quiero es a ti? —tenía un aire burlón—. ¿Piensas que sólo he estado llorando por ti durante estos dos últimos años?

—No... —la burla en sus ojos provocó que un estremecimiento sacudiera el cuerpo de Brittany.

—Entonces, ¿qué estás insinuando?

—Que usted obtuvo Cathlamet y quiere que yo esté incluida en el trato porque soy una St. Cyr y nací allí —Brittany habló con firmeza, desafiándolo con su mirada—. ¿Es verdad o no, señor Konstantinidis? Usted ha hecho dinero, y ahora quiere convertirse en un caballero. No importa lo que piense de mi padre, él nació siendo un caballero, aunque muriera convertido en jugador.

—¿Piensas que estoy tratando de invertir el orden de los factores... o sea, que, habiendo nacido en la pobreza, ahora quiero convertirme en un caballero?

—Sí, eso creo.

—¿Haciéndote mi esposa?

—No lo conseguiré de otra manera.

—Así que, para alcanzar lo que ambiciono, ¿le tendí una trampa a tu hermano?

—¿No fue así?

—Digamos que... corrí un riesgo.

Un suspiro estremeció a Brittany. La verdad no siempre era agradable, pero al menos la sabía.

—¿Te parece muy alarmante la perspectiva? —mientras hablaba había colocado sus manos tibias y fuertes dentro de la chaqueta de Brittany, apoyándolas sobre sus caderas—. ¿No ves ninguna ventaja? No tendrás que trabajar para la clarividente, ni será necesario que uses la misma ropa hasta que pase de moda. En cambio, serás la señora de Cathlamet, y yo no tendré que informar a la policía del desfalco de tu hermano. Creo que la condena por ese delito es bastante severa... la tuya, conmigo, será mucho más benigna.

Con movimientos deliberados, le quitó la chaqueta de lince y la miró detenidamente con su vestido de seda color crema, que, al ceñirse a su esbelto cuerpo, parecía casi transparente.

—Tienes refinamiento y la apariencia de una dama, Brittany, y ya que soy un hombre rico, que puede permitirse lo mejor, te he escogido a ti. ¿Recuerdas la primera vez que nos conocimos?

—Sí —replicó—, lo confundí con el alguacil.

Sus ojos se entrecerraron cuando ella dijo eso y, como para castigarla de la manera más efectiva, la atrajo hacia sí rodeándola con sus brazos; su aliento ardiente rozaba su mejilla.

—Te lo advierto, moiya, cada golpe tuyo será recompensado con un beso, y no te gusta la idea de que te bese, ¿verdad?

Ella lo miró tensa y desafiante... desde el día que lo había visto en Cathlamet había estado oculto en las sombras de su vida, esperando con paciencia, planeando el momento, en que ella se encontraría presa en sus brazos.

—¿Tengo que... casarme con usted? —pronunció estas palabras con voz apenas audible.

—¿Sugieres alguna otra solución?

—Yo... yo no tengo experiencia en estos asuntos, señor Konstantinidis, pero si lo que quiere es... acostarse conmigo.

Las palabras salieron con esfuerzo para después permanecer en silencio durante un momento, el cual Brittany rompió cuando las manos de él parecieron romperle la cadera.

—Nunca —dijo, apretando los dientes—, nunca vuelvas a hablarme de esa manera.

Ella levantó la vista para encontrarse con aquellos ojos brillantes por fin había provocado su ira. Su corazón palpitó al darse cuenta de que este griego duro tenía los principios morales que hicieron que su madre abandonara su aldea cuando supo que estaba esperando al hijo de un desconocido.

—Justin y yo hemos vivido en un infierno desde que usted entró en nuestras vidas—le reprochó enfadada.

Su respuesta fue cumplir la amenaza que le había hecho y era inútil tratar de apartarlo de sí. Su fuerza la hacía sentir indefensa. Los músculos de sus brazos eran como cables de acero alrededor de ella y su boca fue el recipiente indefenso de un impetuoso beso. Brittany no sabía cómo responder a las caricias de un hombre, aun cuando hubiera querido responder a Paris Konstantinidis. Ninguno de los hombres que había conocido, y con los que había salido, la hicieron desear que sucediese lo que en este momento le estaba ocurriendo. Ninguno de esos jóvenes inexpertos se había atrevido a romper sus defensas.

En cambio, este hombre la había derrotado, manteniéndola muy cerca de él con una mano colocada al final de la espalda, apretándola contra los firmes músculos y el calor de su cuerpo. Soltó su boca y ahora sus labios buscaban las suaves curvas de su cuello, y cuanto más se esforzaba ella para evitar sus labios, más insistentes se volvían.

Bueno, que la bese... que la tome... nunca la hará sentir nada, excepto desprecio por la trampa que le tendió a Justin, por los trucos que utilizó con ella. No opuso resistencia sabiendo que el cazador disfrutaba del tormento de su presa.

La cara bronceada se apartó de ella. Sintió su aliento tibio en la piel.

—Pareces hecha de hielo —dijo él con voz baja.

—¿Esperaba que me rindiera a sus caricias? —lo provocó.

—Dame tiempo, moiya. Los griegos somos famosos por nuestra insistencia.

—¿Y por qué es famosa su ascendencia turca? —estando así, tan cerca, ella pudo apreciar los prominentes huesos de su cara bajo la piel morena. Con sólo mirarlo, y sentir su calor, se sentía debilitada. ¿Cómo podría impedir que un hombre así obtuviera de ella lo que quería? Como Justin había dicho... Paris Konstantinidis siempre obtenía lo que quería.

—¿Ha convertido a Cathlamet en un serrallo? —no pudo resistir hacer la pregunta.

—Lo sabrás cuando llegues a vivir allí, ¿de acuerdo?

—Está muy seguro, ¿no es así, señor Konstantinidis?

—Sugiero que me llames Paris, ahora que ya nos conocemos más íntimamente.

Los ojos de Brittany brillaron con rebeldía.

—Si conociera otro medio para liberar a Justin de sus garras, entonces usted no podría ponerme las manos encima.

—Sería una lástima —bajó las manos; acariciando sus costados cubiertos de seda—. Me gusta lo que siento, que eres una chica que ha protegido su cuerpo. Como te dije, los griegos no suelen casarse con mujeres que se han entregado a otro hombre. La vida de mi madre fue infeliz, porque no supo dominar sus deseos.

—Parece que la historia se repetirá —tembló al sentir sus caricias, y su pudor resultó ofendido por las libertades que él se permitía, como si ya estuviera tomando posesión de ella.

Paris arqueó una ceja, inquisitivo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque espero ser tan infeliz como su madre. ¿No se imaginará que siento algo por usted?

—Claro que no, pero sientes mucho afecto por Cathlamet, ¿no? Ya estarás viviendo allí cuando las rosas vuelvan a florecer en junio. Sin duda eso te hará feliz.

—¿Junio? —sus ojos revelaron angustia—. Tan sólo faltan algunas semanas.

—Así es —la soltó para inclinarse y estudiar el calendario sobre el escritorio—. Creo que tendré tiempo para casarme contigo en mayo, ¿te parece bien?

Brittany se quedó aturdida. Esto no era una broma, aunque lo pareciera. Era tan real como la lluvia que golpeaba las ventanas, tan real como el olor a humo, cuando Paris Konstantinidis encendió un puro y entreabrió las cortinas para contemplar la noche.

—Te llevaré a casa —dijo.

—No, puedo tomar taxi.

—Insisto —su silueta se proyectaba sobre la tela de color rojo oscuro, igual que cuando ella había entrado en su oficina, una hora antes. Había ocurrido tanto en esa hora. Se había adueñado de ella... no podía describirlo de otra manera.

—De verdad pretende que me case con usted, ¿no es así? —las palabras que pronunciaba parecían casi irreales y, sin embargo, eran más importantes que cualquier cosa que ella hubiera dicho alguna vez.

—Tienes otra alternativa —afirmó él.

—¡Eso es mentira!

Él se encogió de hombros. Por su nariz bien delineada salió el humo del puro.

—Para obtener lo que quieres en esta vida debes ser decidida, y nadie puede cambiar nuestra personalidad. Tu hermano sería un ganador, y no un perdedor, si se molestara en estudiar la manera de ser de su prójimo. En vez de ello, está encerrado en sí mismo y es egoísta hasta la médula.

—Tal vez es un rasgo familiar —respondió Brittany—. No esté muy seguro de que yo no lo estoy utilizando para obtener su fortuna.

—Si estuvieran persiguiendo mi fortuna, habrías aceptado mi proposición hace dos años.

—Tal vez en ese momento no sabía que rebajar para ganarse la vida puede ser aburrido. Tal vez no me había dado cuenta de que comprar un abrigo de piel de segunda mano, no es tan grato como si me lo regalara un hombre rico.

Los ojos de Paris recorrieron su chaqueta de lince.

—El único rasgo familiar que compartes con tu hermano, es el color. Estarás encantadora envuelta en un abrigo de visón color champaña. Volaremos a Grecia para casarnos, pues nunca lograría que mi madre viniera a Inglaterra. Bueno, el asunto está resuelto.

—¡Qué dominante es usted! —Brittany despreciaba cada parte de su poderoso cuerpo, cada cabello negro de su cabeza, cada pensamiento que cruzaba por su mente cuando la recorría con la mirada—. Supongo que comprar y vender personas es fácil para un griego. Veo que no le preocupa el hecho de que está comprándome.

Él sacudió la cabeza con lentitud.

—Vales cada dracma que he pagado, chiquilla. Eres una ganga por el precio.

—¡Miserable! —Brittany sintió temor al ver el cinismo que se reflejaba en sus ojos—.

¡Usted es una prueba viviente de que el diablo cuida de los suyos!

—Quién sabe, quizá él me engendró —Paris Konstantinidis rio con voz ronca—. Se dice que los antiguos dioses y los sátiros vagan por los montes griegos, y por la expresión de tu mirada, es obvio que estás preguntándote cuándo verás mis pezuñas.

—Yo... espero que cumpla su palabra en lo que se refiere a mi hermano.

—Un griego nunca falta a su palabra, Brittany. Un trato es un trato.

—¡Parece que habláramos de negocios!

—¿Prefieres que te diga palabras apasionadas? ¿Te gustaría oír que me recuerdas a esa planta extraña, de color blanco, que flota en el estanque del jardín en Cathlamet?

Brittany se quedó mirando esa cara que era muy semejante a la que los griegos habían acuñado en sus monedas en el pasado. El nudo perfecto de su corbata gris, resaltaba en el cuello de la camisa; su traje, que parecía una suave armadura sobre su cuerpo, hacía juego con ese mismo tono de gris. No era guapo, porque esa palabra melosa era la que usaban las revistas para las estrellas de cinc.

Paris Konstantinidis era un hombre impresionante.

—Quisiera irme a casa —murmuró—. Necesito estar sola.

—Te llevaré —pero no se movió durante algunos momentos y, de nuevo, Brittany se sintió atrapada en el ámbar de sus ojos. Su mirada la ponía nerviosa y se dirigió a la puerta moviendo el picaporte, pero sin resultado. —La puerta se abre sólo cuando oprimo un botón que está debajo de mi escritorio —ella se quedó en la puerta mientras él se dirigía a su escritorio, donde apagó su puro en un cenicero de cristal—. Te voy a llevar a casa, Brittany, así que deja de estar tan nerviosa, actuando como si quisieras escapar.

—¡Si tan sólo pudiera!

—¿Y dejar que Justin sufra en la cárcel? He apretado el botón, Brittany... puedes salir, no te detengo. Escapa y estarás libre de tus compromisos. Es muy sencillo.

Clavó los ojos en la puerta y su impulso fue hacer exactamente lo que él había sugerido. ¿Por qué no lo hacía? Justin no era digno de su sacrificio. Era un hombre egoísta y tonto y estaba muy seguro de que ella lo defendería hasta el final, a cualquier precio.

Pero, oculto en el adulto en que se había convertido, estaba el niño rubio con el que jugaba en el campo, paseaba a caballo y pescaba en los arroyos.

—¿No te vas?

—Usted... dijo que me llevaría a casa —Brittany levantó el cuello de la baqueta, que le cubrió la mitad de la cara, y precedió a Paris Konstantinidis; bajó por la escalera y salió a la calle donde el pavimento estaba mojado por la lluvia.

Tembló por el viento frío de la noche y sintió la lluvia en su rostro mientras observaba que un lujoso auto salía de la caballeriza que estaba junto al club. Se abrió la puerta y ella se deslizó al interior del coche entregándose a la lujosa sensación que daba la piel, al tiempo que se reclinaba en el asiento.

—El cinturón de seguridad —murmuró él. Lo sujetó, sintiéndose atada de muchas formas.

—¿Nunca se te ha ocurrido que algunas cosas son inevitables? —la miró brevemente antes de conducir el auto a la avenida—. Pregúntaselo a la adivina.

—Se llama madame Lilian, y no hay necesidad de ser irónico.

—¿Quién es irónico? ¿Por qué crees que le puse a mi club el nombre de Cassandra? Hay una fuerte tendencia entre los griegos a ser supersticiosos.

—Debió llamarlo: “Club Maquiavelo”.

Oyó su acostumbrada risa, breve y ronca, y no habló más del asunto. Brittany observaba los limpiadores del parabrisas que se movían sin cesar, apartando la lluvia que, al instante, volvía a cubrirlo.

Decidió que consultaría a madame Lilian... tal vez sus estrellas pudieran revelarle, en el último momento, alguna forma de ayudar a Justin sin que ella llegara a ser propiedad de Paris Konstantinidis.

Al igual que Cathlamet, ella sólo sería una más de sus posesiones, otro símbolo de categoría del empresario griego, hijo de una pastora.

—¡Qué suspiro tan profundo! —comentó él.

—Esta noche ha sido algo especial, ¿no le parece?

El Jaguar se detuvo frente al edificio alto donde Brittany tenía su pequeño apartamento.

—No... voy a invitarlo a entrar —no lograba soltar el cinturón de seguridad porque sus manos temblaban—. Necesito estar sola.

—Brittany —sus manos firmes se posaron sobre sus hombros—, tenemos que hacer planes para la boda, así que tendremos que vernos muy pronto. Cenaremos juntos; estoy libre el jueves por la noche.

—Parece muy seguro de que yo también esté libre.

—¿Y no es así? —sus ojos examinaron su palidez, y su boca en forma de corazón tenía un aspecto muy atractivo. De súbito, se inclinó hacia ella y su boca rozó la de ella—. ¡No tiembles tanto, chiquilla!

—Si espera pasión, va a sufrir un desengaño. Yo... yo no me siento así.

—Todo es posible —su voz tenía una nota burlona—. Te llamaré por teléfono para la cita del jueves por la noche, y me gustaría que estuvieras disponible. Si tu jefa te necesita, le dirás que ya tienes un compromiso.

Brittany sintió que estas palabras la herían.

—Por favor, déjeme ir, estoy cansada.

—Estás rendida por unas nuevas y extrañas emociones, ¿no es así? Bueno, por lo menos, podrás dormir tranquila en lo que se refiere a tu hermano. No lo voy a enviar a prisión.

Sus manos la soltaron y ella salió desapareciendo en la noche fría y lluviosa. Aún sentía sus brazos mientras subía corriendo por la escalera que conducía a la puerta principal del edificio. El auto no se alejó hasta que ella entró.

Capítulo 3

Brittany siempre había estado fascinada con la habitación donde madame Lilian consultaba la bola de cristal. El techo estaba decorado con los signos del zodiaco, predominando la balanza de Libra. Brittany le preguntó por qué era así y madame le respondió que la vida misma estaba sobre una balanza. En cada persona había una medida de lo bueno y de lo malo; en cada destino había fortuna y desgracia. A veces, la balanza se inclinaba claramente a un lado o a otro, y esto dictaba el curso de la vida de esa persona.

—Pero, ¿no es eso sólo una suposición? —preguntó Brittany en aquella ocasión—. ¿No somos nosotros los que labramos nuestras vidas, para bien o para mal?

—Nunca digas eso a una clarividente —contestó madame, altivamente—. Nosotros sabemos, mejor que la mayoría, que nuestras vidas tienen que seguir un curso determinado, aunque en el camino podamos tomar decisiones que se oponen a la fuerza magnética que nos controla, y sufrimos por haber elegido mal.

Brittany era más joven en aquel entonces, y nueva en el trabajo con madame Lilian, así que había escuchado con escepticismo estas cosas; pero después de dos años, había cambiado su opinión sobre aquellos que creen en la astrología, en la lectura de la mano y las cartas del Tarot.

Había una cosa que madame nunca usaba ni mencionaba, y eso era la Ouija.

Decía que era mala: un artefacto que conducía a lugares oscuros.

La bola de cristal de madame era de berilo, y no de cristal transparente y estaba colocada sobre una base especial en una mesa que cubría con un mantel blanco. El marco de la base era de marfil y tenía grabados unos nombres extraños y símbolos; la mesa era circular y estaba colocada sobre un pentáculo de cinco estrellas incrustado en el suelo. Sobre

la mesa, había un par de candelabros antiguos y en una esquina apartada de la habitación, ardía el incienso que tenía un efecto tranquilizador.

Estos eran, tal vez, los trucos de la magia, los que ayudaban a crear una atmósfera que ayudaría a los clientes a creer en las predicciones y que, al mismo tiempo, despertaban la curiosidad. Brittany no dudaba que su jefa poseyera poderes que impresionaban, quizá era una combinación de percepción extrasensorial y un don de persuasión.

Su figura le era de gran ayuda; era alta, y vestida con la toga larga de color verde jade, los collares de cuentas y amuletos que rodeaban su cuello, lograba la apariencia de una hechicera. Su cara alargada tenía un encanto extraño. Con el paso de los años, Brittany había llegado a apreciarla y disfrutar su trabajo con madame Lilian.

Sin embargo, nunca le había pedido a madame que le leyera su suerte en las cartas del Tarot, en cuya superficie aparecían unos dibujos extraños y hermosos. Estaba segura que nada en su vida podría ser más desastroso que enterarse de que

Cathlamet había caído en manos de un extraño y que ya no tendría el derecho de vivir allí.

Brittany nunca había conocido a ningún griego y por eso, él le parecía tan enigmático y misterioso. Cuando el abogado pronunció su nombre, le pareció el más extraño que jamás hubiera oído. Ahora le parecía un ultraje que el nuevo dueño de Cathlamet dijese que tenían que vivir juntos allí.

—¡No puedo! —exclamó en voz alta.

—¿Decías algo, querida? —madame Lilian entró en la habitación, sus collares hacían ruido al golpear contra su pecho de pequeños senos.

Brittany se volvió para enfrentar a madame. Su rostro tenía una expresión distraída. En el momento en que oyó sonar las campanas del Big Ben a través de la ventana, decidió poner a prueba los poderes de percepción de su jefa. Se quedó de pie, con la barbilla en alto, mientras los ojos verdes de la clarividente recorrían la pálida luminosidad de su piel, y descubrían las manchas violáceas que rodeaban sus ojos.

—Querida, parece que algo te amenaza.

—¿Por qué dice eso, madame? —Brittany necesitaba ayuda y consejo, aunque en otros tiempos, su timidez le habría impedido bus curios. Ella había enfrentado y vencido otras preocupaciones y angustias, en

cambio ahora sentía que estaba frente a una situación que no podía resolver por sí misma.

—Lo percibo claramente, Brittany —madame se acercó a ella y tomó sus manos—. Tu piel está tan fría como el hielo, y eso es señal segura de una profunda angustia. Tiene que ver con tu hermano, ¿no es así?

—Sí —Brittany se estremeció—. Temo que sí.

—Y es algo que necesitas aclarar sin demora. Ese hermano tuyo es el “bribón” que sale en tus cartas, querida Brittany. El día en que lo conocí, supe que atraería al demonio.

Brittany tomó aliento, y no se resistió cuando madame la condujo a la mesa donde estaba la bola de berilo cubierta de seda blanca. Se sentó mientras madame encendía las velas en los candelabros dorados y corría las cortinas para ocultar el sol primaveral.

—No está por demás consultar mi bola; esto me ayuda a pensar, y debo tratar de darte el consejo apropiado.

Madame Lilian se sentó y descubrió la esfera que cada noche lavaba con una infusión de hierbas y vinagre, para que resplandeciera a la luz de las velas.

La clarividente nunca engañó a Brittany diciéndole que veía imágenes en la bola; lo que hacía cuando la miraba era crear una atmósfera de autohipnosis. Era una forma de meditación, y Brittany había sido testigo de algunas revelaciones curiosas que muchas veces enviaban a los clientes a casa en un estado de euforia. Ella no esperaba euforia, pero necesitaba que le dijeren cómo hacer frente al demonio que Justin había conjurado. Se había posesionado de ella y necesitaba que le dijeren cómo liberarse de él.

—Como has trabajado conmigo durante algún tiempo —dijo madame con su mirada fija en la bola—, sé muy bien que tu hermano, Justin, te ha causado otras angustias que tú has resuelto en silencio. Pero esto es diferente, ¿no? Háblame de este hombre tan extraño.

Brittany se sobresaltó tanto, que sintió que el corazón le golpeaba violentamente el pecho.

—¿Cómo... lo sabe?

—Basta con decir que lo sé, querida niña. Describe al hombre.

—¿Se refiere a su aspecto físico?

—No, dame una idea de su personalidad.

—Bueno, madame, digamos que, si le diera una patada en el corazón, ¡me rompería el pie!

—Entiendo —madame le lanzó una mirada—. ¿Es tan malo?

—Creo que sí —respondió Brittany.

—No tiene ningún punto bueno, ¿es eso lo que me quieres decir, Brittany?

—Bueno, no del todo.

—¿Quieres decir que es alguien a quien llamarías malo?

—¡Oh, no! —por alguna causa, Brittany sintió que esa sugerencia era muy desagradable.

—Pero, obviamente, tiene algún poder sobre ti, ¿estoy en lo cierto?

Brittany inclinó la cabeza. Supuso que sería más fácil contarle todo a madame Lilian, aunque, curiosamente, deseaba continuar con la farsa de esta lectura. Empezó con el encuentro en el Club Cassandra, la audacia de Paris Konstantinidis al decirle que tenía que casarse con él. Ella sentía como si estuviera viviendo un sueño extraño... uno de esos sueños en los que una está perdida y no puede encontrar la salida para volver a la realidad.

—Déjame ver —madame dirigió sus ojos color jade a la esfera centelleante, y su cara pareció quedar sin expresión al dejar que su mente vagara. Reinaba silencio en la habitación. El apartamento de madame estaba tan cerca de Westminster, que el Big Ben era su reloj. Brittany la observó, y sintió los latidos de su corazón. Ahora comprendía por qué la gente venía a exponer sus problemas a alguien como madame. Un poco de magia ayudaba cuando uno no sabía adónde ir.

—Tu hermano tiene una deuda con este hombre —afirmó madame—. Tú tienes que pagarla.

Brittany se llevó las manos a la cara.

—¿Cómo lo sabe, madame? —gimió.

—Deberían llamarme Shirley Holmes, ¿no lo crees? —respondió madame, con tono divertido.

Brittany sonrió.

—Después de dos años con usted, no debería estar tan sorprendida, sin embargo, nunca me había leído la suerte antes.

—Querida, quizá sea porque la suerte de las jóvenes atractivas, está en sus caras, a la vista de todos. ¿Cómo quiere ese hombre que le pagues?

—¿Cómo lo... adivinó, madame?

—Es muy sencillo, mi querida Brittany. Tienes un hermano encantador, pero débil, que trabaja en un negocio de juego de azar. Sin

duda, las cartas lo iban a meter un día en serias dificultades, pero él siempre supo que tú lo rescatarías. Al intentarlo, te has encontrado con un problema que te ha hecho pasar una noche sin sueño. Se nota claramente en los jóvenes cuándo no han dormido bien, los viejos siempre parecemos decrepitos. A las mujeres jóvenes, por lo general los hombres jóvenes son los que les roban el sueño y por eso no tuve que pensar mucho.

Madame hizo una pausa y miró fijamente los ojos de Brittany.

—¿Qué quiere de ti... hacerte el amor?

—Más que eso —contestó Brittany con voz ronca—. Dice que tengo que casarme con él, de otra manera, Justin iría a la cárcel. Justin está aterrorizado y yo no sé qué hacer... estoy volviéndome loca.

—¿Se trata de una cantidad muy grande?

Brittany dijo a madame la cantidad del desfalco que Justin había hecho al club, pero, por alguna razón misteriosa, no podía decirle el nombre del hombre que había fijado el precio del rescate en su oficina, arriba del club, inmovilizándola con esos ojos dorados cuyas miradas expresaban la seguridad de que ella no podía hacer otra cosa que acceder a su proposición.

—¿Así que, está usando chantaje emocional?

Brittany asintió.

—Y, sin embargo, afirmas que no es una mala persona.

—No. Él cree en el castigo justo, y puede darse el lujo de perdonar la cantidad que Justin le robó, siempre y cuando me obtenga a mí a cambio.

Madame Lilian se quedó pensativa jugueteando con sus anillos de grandes piedras preciosas.

—¿Es un desconocido para ti, querida mía?

—No del todo —Brittany evocó la distinguida cara morena, la camisa blanca, la corbata gris, las muñecas fuertes cubiertas de vello negro, contrastando con los puños blancos y los óvalos de oro puro de los gemelos. Por su mente enrutaron sus puntos buenos: era cortés, tenía mucho estilo y había doblegado la vida a su voluntad. Se había abierto camino en el mundo sin volverse presuntuoso, y sin haber adquirido, como otros, ese tonto aire de grandeza... pero todas esas cualidades salvadoras, no podían contrarrestar una destructiva, forzarla a casarse con él, cuando el amor no tenía cabida en el contrato.

—Dices que no del todo —madame interrumpió sus pensamientos—. ¿O sea no te es completamente desconocido?

Brittany negó con la cabeza.

—¿No me vas a explicar un poco más el asunto, querida niña? ¿No quieres revelarme su nombre?

—Preferiría no hacerlo.

—Reconocería su nombre, ¿no es así?

—Tal vez, madame Lilian.

—Muy bien, Brittany. Respetaré tu deseo de mantener su nombre en secreto; eso quiere decir que es, quizá, un personaje... importante.

—Su nombre aparece a veces en los diarios —reconoció Brittany.

—¿En relación con negocios?

—Sí.

—Entonces, es mayor que tú, ¿verdad? ¿Es por eso que no te agrada la idea de casarte con él?

—No es que sea muchos años mayor que yo, lo que ocurre es que no me gustaría casarme con un hombre, sin amarlo.

—¡Ah! Llegamos al corazón del problema —madame Lilian se reclinó en su silla y su cara quedó oculta en la penumbra, sólo se veía el brillo de sus penetrantes ojos—. Querida, todo tu ser indica que eres una romántica, y es por eso que tu débil hermano se aprovecha de tu sensibilidad. Sin duda lo recuerdas cuando era un niño travieso con la cara sucia; pero lo que debes aceptar ahora, es que se ha convertido en un joven sin principios, que debería ser enviado a las colonias, si es que todavía las tenemos, donde puede caer en la deshonra sin involucrar a su familia. Eso hacían antiguamente y, a veces, daba resultado.

Madame guardó silencio durante algunos minutos, y Brittany observó la llama de las velas que lanzaban su luz sobre la bola de berilo. Empezó a filtrarse en su mente lo que madame Lilian iba a sugerir, pero, ¿de dónde obtendría ella el dinero del pasaje para sacar a Justin del país?

—Lo pides prestado, Brittany —dijo madame, leyendo sus pensamientos—. Vas a una casa de préstamo conocida y solicitas un préstamo en efectivo. Firmas un contrato y pagas un interés por el dinero. Muchas personas lo hacen, querida niña. Es sólo dinero y... ¡no tendrás que casarte!

—No podría—Brittany se sobresaltó al recordar las enormes deudas que tenía su padre al morir.

—Si no quieres pedir un préstamo, Brittany, entonces ya conoces la otra alternativa.

—Lo... lo podría desafiar, ¿no? —Brittany, lo dijo sin creer, por un momento, que podría salirse con la suya con ese hombre.

—¿A un hombre que te rompería el pie si le das una patada en el corazón, querida?

Brittany se mordió el labio hasta hacerse daño.

—Yo conozco un banco que te tratará justamente —continuó madame Lilian—. No tienes por qué avergonzarte. Yo también lo hice cuando empecé a trabajar como clarividente, y estaba decidida a hacerlo a mi manera. No soy una embaucadora, ya lo sabes, pero los clientes se quedan impresionados con un poco de misticismo, y yo quería establecer mi negocio con todos los requisitos que exigía la clase de clientela que yo deseaba. Era un procedimiento caro y yo no disponía de un solo centavo. Un amigo me recomendó la casa de préstamo que le mencioné. Los encontré discretos, justos en extremo en cuanto a las condiciones de pago del préstamo, y no fueron abusivos con los intereses.

Se inclinó y observó a Brittany con detenimiento.

—Sería el menor de los dos males, ¿no?... este hombre con el que no te quieres casar, y el hermano que te causa tanta angustia. Tú tienes que vivir tu propia vida, y ninguno de ellos estará en posición de darte órdenes.

—Pero es que nunca he pedido prestado dinero en toda mi vida —protestó Brittany, un poco convencida y muy atemorizada—. ¿Suponga que no pueda hacer los pagos?

—Bueno, esas son tonterías, Brittany —madame parecía un poco ofendida—. Tienes un excelente trabajo aquí, y te pago un buen sueldo; claro que puedes hacer frente a los pagos. Como te he estado diciendo, esta casa de préstamo, en particular, tiene una reputación intachable. Además, yo estoy registrada allí como cliente, y mi nombre apoyará tu solicitud de préstamo.

—¿Una mujer no tiene que estar casada para poder acudir a uno de esos lugares? —preguntó Brittany.

—Ya no, querida niña. Las mujeres, en estos tiempos son consideradas personas y no un complemento de los hombres, aun cuando algunos continúan imaginándose que todavía existen esas ataduras. ¡Qué audacia tan cruel! Tu juventud e inocencia a cambio de la maldad de tu hermano. Debe ser un monstruo, a pesar de que tú, generosamente, lo niegues.

—Es un hombre que está acostumbrado a negociar —observó Brittany viendo en su mente la amenazadora imagen de la cara con los ojos de color ámbar; el rostro del guerrero que adquieren los hombres de negocios, especialmente los del tipo que disfrutaban de las batallas, y son vencedores que no conocen la misericordia.

—¿Y él piensa que ha hecho un buen negocio en lo que a ti concierne?

Brittany hizo un gesto de desprecio.

—No soy un buen negocio... él sabe lo que siento por él y que no hay nada de qué vanagloriarse.

—Eso no le importará, si es tan duro como dices —madame contempló sus manos sobre la mesa—. En esta situación te va a convertir en una esclava y él látigo que usará es recordarte que te compró con el dinero que tu hermano le robó. Nunca más te vas a sentir orgullosa, ¿te das cuenta?

—¡Claro que me doy cuenta! —Brittany deslizó la mano sobre el cabello que parecía pesarle en su dolorida cabeza—. Siento como si estuviera atrapada en una pesadilla, como si todo esto no fuera real, sin embargo, lo es.

—Es por eso que, sin alarmarlos, nunca les quito a mis clientes la creencia de que el diablo está entre nosotros, siempre listo a desencadenar un infierno. Percibo muy claro que este hombre es un forastero, porque veo que te envuelve un aura oscura, Brittany, la de un ser que proyecta una sombra larga y negra. No debes caer en su poder,

¿me oyes? Estarías perdida.

—Por favor —Brittany estaba asustada—, no me diga eso.

—Es por tu bien, querida niña. Eres una joven que necesita ser amada, no “poseída”. La esclavitud desapareció del mundo occidental con Abraham Lincoln.

—Entonces, ¿qué debo hacer? Él quiere mi respuesta el jueves por la noche.

—Esto es lo que harás —madame se puso de pie y se dirigió al mueble grande y viejo donde guardaba su bolso. Lo abrió, y tomó su cartera donde guardaba una serie de tarjetas de presentación con nombres, direcciones y teléfonos. Por fin, encontró lo que buscaba y llevó a Brittany una tarjeta que tenía las puntas un poco dobladas y olía al polvo facial de color melocotón, del que siempre había un poco, regado en el bolso grande de piel.

—Busca a esta persona —le indicó madame—. Toma la tarde libre, Brittany, y pide suficiente dinero para que puedas pagar el billete del barco que lleve a tu hermano a Australia. Ese es un país duro, y tal vez le ayude a hacerse hombre. Ve tú misma a sacar el billete, de lo contrario él podría gastar el dinero. Que sea en barco, pues el avión llega a su destino muy pronto y por lo que me has dicho, este magnate podrá hacer que vigilaran varios aeropuertos para sorprender a tu hermano al llegar. Lo volvería a atrapar y eso es lo que quieres evitar, ¿no es así, querida niña?

Brittany asintió y se quedó mirando la tarjeta con el nombre de la casa de préstamo. Le disgustaba la idea de pedir dinero prestado; sin embargo, lo que madame Lilian había sugerido podría ser la solución para salvar a Justin y a ella misma. A Justin le entusiasmaría. Haría cualquier cosa para evitar ser arrestado y encarcelado y aunque era probable que Paris Konstantinidis revisara las lista de pasajeros de los barcos que zarparan, y pidiera al capitán que arrestara a Justin, Brittany tenía el presentimiento de que no lo haría.

Sabía por instinto que no era que él quisiera ver a Justin detrás de las rejas, sino que le interesaba ella y el mal comportamiento de Justin le había proporcionado la oportunidad de atraparla.

—Estás dudando, Brittany —murmuró madame.

—No tengo alternativa, ¿verdad? —Brittany apretó la tarjeta entre los dedos.

—Matarás dos pájaros de un tiro, querida.

Brittany asintió. Si Justin se iba a Australia tal vez tendría buena suerte, pero, sobre todo, ya no le podría causar más angustias, como lo hacía ahora. Estaría muy lejos de Inglaterra, y así, ella al fin podría decirle a Paris Konstantinidis lo que podía hacer con su proposición de matrimonio.

Sintió nostalgia y dolor al pensar en Cathlamet que, después de todo, sólo era una casa, un edificio de ladrillo y piedra, sería una prisión, si volvía allí con un esposo que la consideraba una adquisición. Brittany se puso de pie decidida.

—Voy a hacerlo —dijo—. Es mejor estar empeñada con esta gente, que... con el hombre del que le hablé. No podrán ser más despiadados que él.

—Así se habla, Brittany —dijo madame Lilian asintiendo con la cabeza—. Ahora prepara un poco de café mientras llamo a P & O para

preguntar si hay algún barco que salga a Australia o a otro lugar lejano y cuánto costaría un camarote sencillo. Ese hermano tuyo te ha causado demasiados problemas.

—¿Estaré haciendo lo correcto? —Brittany aún parecía preocupada.

—¡Así está escrito en tu destino! —exclamó la clarividente.

Capítulo 4

EL teléfono sonaba con insistencia y Brittany sintió que sus nervios respondían al sonido poniéndose tensos. Acababa de salir de la bañera, y corrió al teléfono mientras se ceñía el cinturón de la bata de baño.

—¡Diga!

—Hablamos de “Elias Mercantile”, señorita St. Cyr. El director general desea hablar con usted.

Brittany sintió que su corazón latía con violencia en su pecho. “Elias Mercantile” era la casa a la que ella había pedido prestados algunos cientos de libras esterlinas, préstamo que le fue concedido por haber dado el nombre de madame Lilian como fiador. El contrato que firmó estipulaba que pagaría mensualmente y, para su tranquilidad, los pagos no eran muy gravosos.

—¿Pasa algo?... —Brittany sintió de repente un escalofrío y envolvió más estrechamente la bata de baño alrededor de su cuerpo.

—Pareces nerviosa —la voz parecía grave, áspera y tenía un acento extranjero. Sintió que sus piernas se debilitaban y buscó apoyo en el borde de la mesita del teléfono. — Espero que no te hayas desmayado.

Brittany contempló el auricular... no era posible que dos hombres pudieran hablar con el mismo tono y de la misma manera. Pero la empleada le había dicho con claridad que el director general de “Elias Mercantile” deseaba hablar con ella.

—¿Con quién estoy hablando? —preguntó, casi sin aliento.

—No me siento muy halagado de que no reconozcas mi voz, Brittany, sobre todo, teniendo una relación tan especial.

¿Paris Konstantinidis? ¡No podía ser!

—El mismo —dijo él, adivinando sus pensamientos.

—¿... usted es el director de “Elias Mercantile”? —pudo preguntar al fin.

—Jamás lo dudes, como se dice en este país.

—¡Oh, no!

—Elias, querida mía, traducido al griego significa Apolo y si hubieras estado más interesada en la literatura clásica en ese colegio tan exclusivo en Bucks, podrías haberlo adivinado. No es que crea que me parezco al dios griego Apolo, pero es parte de mi nombre. Es una ironía del destino que hayas escogido mi compañía para pedir prestado el dinero que necesitas para evitar que tu hermano caiga en mis manos, ¿no te parece?

Por lo menos Justin estaba fuera de su alcance porque por fortuna hubo una cancelación en un barco de la compañía P & O con destino a Singapur, y Justin aceptó con gusto esa oportunidad para dejar sus problemas y escapar. No le había importado en absoluto que Brittany hubiese tenido que humillar sus principios al pedir prestado dinero para él. La abrazó con tanta fuerza que la dejó sin aliento, luego metió sus pertenencias en una maleta y tomó el tren para Southampton.

—Te enviaré una postal —le había dicho, dejándola abandonada a su suerte. Brittany se percató de que su hermano sabía, desde el principio, que “Elias Mercantile” era una de las compañías de Paris Konstantinidis que él mismo administraba.

Era la misma compañía de prestigio y seriedad que tanto le había recomendado madame Lilian, quien no había descubierto en su bola de cristal la trampa que la esperaba.

—¿Se imaginó —dijo Brittany, tratando de recobrar su compostura—, que iba a aceptar mansamente la proposición de matrimonio bajo sus condiciones?

—La imaginación no tiene nada que ver en esto —contestó—. Creo que te advertí que, cuando un griego cierra un trato, su palabra vale tanto como su firma. Admito que es algo irritante para ti que fuera mi compañía la que te concediera el préstamo para ayudarte a sacar a tu hermano del país. Trabajaste rápido, niña. Admiro tu valor, pero tienes que aceptar con honradez que ahora estás más en deuda conmigo que antes.

¡Maldito sea! Brittany quería arrojar al suelo el auricular y huir con Justin, mas su carácter era diferente al de su hermano y comprendió que Paris Konstantinidis tenía razón.

—Te doy mi sincero pésame, Brittany. Es una desilusión que la adivina para quien trabajas no viera mi nombre escrito en su bola de cristal. Me doy cuenta de que es cliente de “Elias Mercantile”, así que pienso que

fue ella quien te sugirió que acudieras a una casa de préstamo. No creo que se te hubiera ocurrido a ti.

—Sí —reconoció Brittany—. Madame Lilian pensó que esa sería una solución.

—¿No leyó las cartas del Tarot? —se burló.

—Usted es un demonio —exclamó—. Su suerte es realmente diabólica, ¿no cree?

—Si tú lo dices, Brittany —se rio de una manera que expresaba un sarcástico humor—. Tú y yo tenemos asuntos que discutir, así que estaré en tu apartamento en una hora para llevarte a cenar. Estarás lista, ¿verdad?

Se oyó un chasquido y luego el sonido que indicaba que había colgado. Brittany volvió a su lugar el auricular y se dirigió tambaleante al sofá donde se dejó caer y tomó un cojín entre sus manos, pues necesitaba algo a qué aferrarse mientras asimilaba la realidad... todavía estaba atrapada en la red que su despreocupado hermano había tejido.

Desde el principio tuvo el presentimiento de que no podría escapar de Paris Konstantinidis y ya no le sorprendía enterarse de que poseía una casa de préstamos, además del casino de juego. Era fácil ver que no era un hombre común y que disfrutaba involucrándose en negocios arriesgados. Ganar dinero en tales negocios añadía emoción al juego.

Brittany pudo imaginar con cuánto sarcasmo se rio al enterarse de que ella se convirtió en cliente de su casa de préstamos. ¡Era una ingenua!

Este rudo griego ahora tenía la sartén por el mango; a él no le importaba que lo estimaran, pero sí que lo temieran. Se había endurecido al descubrir que la gente podía ser cruel con un niño, sólo porque ese niño no tenía padre.

Su armadura creció y se endureció, centímetro a centímetro, hasta que también envolvió el corazón. Nada podía conmoverlo y de eso se encargaba él.

Es impenetrable, pensó Brittany... ¡pero ella no lo era! Había dicho que en una hora estaría en su apartamento. Él ya había decidido que se casarían, sin importar su opinión.

Y tal como él había dicho, ahora su deuda era más grande que antes. Había caído en sus manos y su única arma era conservar la dignidad. Siempre se enorgulleció de su compostura y dignidad, así que lo recibiría con la cabeza erguida y no con la actitud sumisa que, probablemente, él esperaba encontrar a su llegada.

Se dirigió a su habitación y estudió los vestidos en el armario. Eligió uno negro, plisado con una escarola blanca alrededor del cuello. Se pondría éste para que él entendiera el mensaje. No tenía nada que celebrar al contemplar un matrimonio con un hombre que sólo pensaba en términos de dinero y ganancia y no conocía el amor.

El negro le quedaba bien, por ser tan blanca su piel. Tomó su larga cabellera de color rubio platinado y la peinó con cuidado, haciendo un moño en la nuca. Se pintó un poco los labios y se puso unos pendientes de perlas. Estudió su imagen y vio que la preocupación había agrandado y oscurecido las pupilas de sus hermosos y expresivos ojos verdes.

Comprendió lo que Paris Konstantinidis quería... la blancura que contrastaba con su color bronceado, el linaje para compensar su desconocido origen y aun su rebeldía con matices de temor, que hacía brillar sus ojos sobre la nariz refinada, sus labios en forma de corazón y la barbilla ovalada.

Hacía mucho tiempo, un caballero normando que construyó Cathlamet en los terrenos que le fueron concedidos por su participación en el Sitio de York, había forzado a la hija de un caballero sajón a casarse con él. Cuando Brittany era una niña, su padre la llevó a una iglesia en York donde le mostró el vitral en que aparecía la mujer sajona, esposa del conquistador normando, arrodillada en su reclinatorio. Aun entonces, Brittany descubrió su parecido con ella en la perfecta blancura que había heredado; la sangre sajona que luchaba contra la herencia normanda producía de vez en cuando algunos descendientes con cabello rubio plateado y ojos verdes. Brittany no era vanidosa, pero tampoco le gustaba fingir modestia; sabía muy bien que Paris Konstantinidis admiraba su aspecto y que estaba decidido a conquistarla para sí.

Contuvo la respiración al pensar que, posiblemente, él conocía la historia de la joven sajona que llevaron a Cathlamet montada en el corcel de un caballero normando. Esa era la clase de historia que fascinaría a un hombre que se había propuesto salir de la pobreza en que nació y que ahora por medio de manipulaciones de dinero, obligaba a la gente a acudir a él, suplicante.

Brittany llegó a la conclusión de que por eso él disfrutaba ser el dueño de una casa de préstamos con facilidades de crédito. Le gustaba tener a las personas en su poder, como ella lo estaba. Fue esta idea la que hizo que su sangre corriera precipitadamente por sus venas, por lo que, al sonar

el timbre anunciando su llegada, sus mejillas estaban encendidas al abrir la puerta.

Lo condujo al salón. Su figura alta, esbelta y oscura, siempre le producía un estremecimiento. Sus ojos la recorrieron como si ya fuera suya... lo que en parte era cierto.

—Estás muy atractiva, moiya —permaneció de pie, junto a ella, estudiando su esbelta figura envuelta en el vestido negro con cuello de escarola blanca. Brittany retrocedió por instinto, temiendo que, con un beso, quisiera denotar que le pertenecía.

—No te asustes —murmuró—. No te descompondré el maquillaje, ni te desarreglaré el pelo... por ahora. Prende esto a tu vestido.

Le entregó una caja con tapa transparente y vio un ramillete de pequeñas y hermosas orquídeas.

—Gracias... —levantó la tapa, feliz de poder concentrarse en las flores sin tener que ver sus ojos. Sacó las orquídeas y lanzó un grito sofocado al encontrar sujeto a ellas un broche enjovado en forma de mariposa.

Su mirada buscó la cara de él.

—No debió.

—No es muy caro —la interrumpió—, y es perfectamente normal que una joven acepte un obsequio de su prometido. Porque eso no ha cambiado, ¿te das cuenta?

—Yo esperaba... —gimió, mordiendo su labio al pincharse el dedo con el alfiler del broche.

—Te lo mereces —dijo poco amable—. ¿Es éste tu abrigo? —levantó la chaqueta de lince que llevaba la otra noche y la miró, frunciendo el entrecejo—. Te compraré un visón, como te lo prometí.

—Me gusta mi chaqueta—repuso con tono defensivo—. La vi en una tienda de segunda mano y me encantó. No quiero tener abrigos de visón.

—Ya veremos —tomó las orquídeas y broche de las temblorosas manos de Brittany y los prendió en la chaqueta. Las joyas del prendedor despedían centelleos azules, con destellos dorados y verdes. Las gemas relumbraron cuando Paris colocó la chaqueta sobre sus delicados hombros.

—¿Acaso nunca aceptará una respuesta negativa? —preguntó Brittany, levantando la barbilla para mirarlo a la cara. Por su mente cruzó la idea de que era muy... varonil.

—No, si puedo evitarlo —contestó—. Seguramente estás de acuerdo en que un marido rico es mejor que uno pobre, porque el amor en una buhardilla es hermoso en una novela, mas en la realidad, significa tener frío y hambre la mayor parte del tiempo y así, el amor pronto muere.

—Estoy... segura de que el amor verdadero puede superar muchas dificultades — dijo, aunque frunció la nariz al imaginar la tristeza y los malos olores que tendría que soportar al vivir en mi sitio como el que Paris describía.

—En teoría, muchas cosas son posibles, pero en la práctica el amor, como las rosas, sólo florece con el calor del sol. Hablo de la pobreza por experiencia propia —de repente, sus palabras tenían una extraordinaria dureza—. Yo vi cómo el lado amable y cariñoso de mi madre se fue endureciendo a causa de una vida dura. Era tan sólo una niña cuando cometió el error de gozar el calor de los brazos de un hombre y nunca pudo olvidar ese error, porque yo fui la consecuencia de sus actos.

—¿Es por eso, que mucha gente no le simpatiza? —preguntó Brittany, sintiendo compasión por el niño, aunque no por el adulto endurecido y cruel en el que se había convertido. No llevaba visible la armadura del normando, pero sí tenía una piel dura y una opinión muy mala de las personas.

—¿Es necesario que me simpatice la gente? —inquirió sarcástico—. Hay algunos que respeto por su cerebro, a otros los admiro por su apariencia y a otros los desprecio por sus mentes estúpidas. Sólo soy un ser humano, moiya, lo que pasa es que las circunstancias me han enseñado a ser menos hipócrita. No sufro de esa enfermedad social que hace decir cosas amables a las personas para después hundirles un cuchillo cuando te dan la espalda. En resumen, Brittany, no llevo una máscara de amabilidad mientras pienso cosas desagradables de los demás.

—Para ser griego, tiene usted un amplio vocabulario en inglés, señor Konstantinidis— su acento teñía sus palabras con diferentes significados y Brittany estaba segura de que se ocultaba detrás de una máscara, aunque reconocía que no era una de ésas que sonreían con falsedad.

—Insisto en que me llames por mi nombre —de súbito la tomó por los hombros y ella sintió la fuerza que era capaz de levantarla en vilo—. Si quieres la verdad, te diré que te considero tan mía como a Cathlamet. Allí perteneces, siempre has pertenecido a ese lugar, no a esta pensión vieja y

descuidada en Earls Court, que huele a comida y donde se oyen la radio y las discusiones de los vecinos.

Sus manos la apretaron con más fuerza, en un gesto posesivo.

—¡Dios mío, pequeña tonta! ¿No sabes que prometí a tu padre que siempre habría una habitación para ti en Cathlamet? Quizá era un tonto e irresponsable, pero a ti te quería y le dolía que perdieras tu hogar. ¿Crees que me quedaría con esa casona de piedra en el campo, si no fuera por ti?

Brittany contempló la cara bronceada y severa y su corazón empezó a latir con violencia.

—Sabía... que por eso me propuso matrimonio antes. Sabía que era un peso para su conciencia.

—¡Al diablo la conciencia! —la estrechó en sus brazos hasta hacerle daño y sus labios se apoderaron de los de ella salvajemente, su aliento la penetraba, ardiente, haciéndola saber que era un triunfador, un conquistador, un hombre igual al primero que puso un pie en el umbral de Cathlamet, como amo y señor de sus dominios.

Cuando Paris al fin soltó sus labios, Brittany estaba muy aturdida, incapaz de decir algo, se quedó sin aliento para pronunciar palabras, sintiéndose atrapada y prisionera de un hombre que, esta vez, no le permitiría rechazar su proposición.

—No es mi conciencia —murmuró él—, son mis sentidos. Tú eres la esposa que quiero y tú eres la esposa que voy a tener.

—¿Aun cuando yo no lo ame? —se lo dijo sin rodeos.

—¿Hablas del amor de novela rosa? —se burló—. ¿De la pasión de dos almas gemelas? Lo que sentimos, Brittany, lo sentimos con el cuerpo y no con algún órgano místico que los investigadores de laboratorio no han logrado encontrar dentro de algún hombre o mujer. Nuestras necesidades vienen de la carne, ¿qué hay de malo en eso?

Mientras hablaba, pasaba la mano sobre el cabello de Brittany, las yemas de sus dedos se deslizaron rodeando su cuello, atrapándola con delicada firmeza.

—No me digas —dijo con tono más profundo—, que no sientes nada cuando te acaricio. En este instante mis dedos perciben el acelerado latir de tu pulso.

—El corazón late precipitadamente cuando tenemos miedo —y en esta situación, tan cerca de él, Brittany se dio cuenta de su falta de experiencia con los hombres en general, sin mencionar a otros como Paris

Konstantinidis, cuyo temperamento y pasión eran encendidos por la mezcla de sangre griega y turca. Lo podía ver con claridad en sus rasgos, la piel tensa y quemada por el sol.

—Entonces, te causo temor, ¿no? —pareció agradarle la idea; en sus ojos apareció una sonrisa malévola—. Tal vez sólo tienes hambre; he reservado una mesa para dos en el Ruby Tower, un restaurante griego-turco, donde las chuletas de cordero son exquisitas. Ven, vamos a cenar.

Frente al edificio estaba un Jaguar, estacionado cerca de la entrada. Su carrocería era oscura y su interior muy lujoso, tapizado con piel gris.

—Es mi color favorito —dijo Paris mirando profundamente los ojos de Brittany.

Su corazón dio un vuelco porque comprendió que la estaba cortejando a su manera, diciéndole las cosas que a un inglés le habría incomodado decir.

Hasta ahora no había pensado en cortejos y campanas matrimoniales.

¿Tañerían las campanas para una boda en Grecia? Estaba segura de que Paris Konstantinidis insistiría en una ceremonia griega.

¡Me voy a casar con este hombre!, la frase resonó en su mente y envió precipitadas señales de peligro por todo su cuerpo. Él cree que el cariño que siento por Cathlamet, compensará la falta de amor entre nosotros.

—¿Te gusta la comida griega? —el coche se detuvo con suavidad frente a un semáforo, la luz roja iluminó el interior del Jaguar.

—Nunca la he probado —contestó. Sus dedos asían fuertemente el cinturón de seguridad que la sujetaba.

—Entonces te has perdido de algo bueno —el coche avanzó hacia una parte más tranquila del West End. Paris conducía con habilidad y sin nerviosismo, igual que hacía todas sus cosas. Brittany no sentía mucha hambre, ni aun cuando llegaron al restaurante donde el aire estaba impregnado de aromas deliciosos.

El jefe de camareros los condujo a una mesa apartada, iluminada por lámparas de luz tenue y situada frente a un llamativo mural griego que mostraba un conductor de carroza que sostenía con firmeza y gracia las riendas de un grupo de briosos caballos.

Brittany miró fijamente la cara en el mural y vio los mismos rasgos definidos, el poder y la confianza que se reflejaban en el rostro del hombre que compartía la mesa con ella.

—Te sugiero que pidas platillos griegos —le dijo con tono persuasivo.

—Entonces, será mejor que ordenes tú por mí —ni siquiera intentó ver el menú—. Será tu decisión... ya que gobiernas mi vida.

—¡Qué frase tan dramática! —se burló—. Hay muchas jóvenes que estarían encantadas al recibir una invitación para beber y cenar en un lugar como éste.

—Pues es una lástima que no te acompañe una de ellas —replicó—. No me van a deslumbrar ni tú ni el restaurante, si eso es lo que esperas.

—Yo no espero nada que no pueda obtener por mí mismo, moiya —fijó su atención en el menú y cuando vino el camarero, ordenó sus platillos en griego. Las consonantes guturales y poderosas le resultaban más naturales que el inglés, donde ponía más atención.

—Bueno, ¿qué clase de travesura supones que hará tu hermano cuando llegue a Singapur?

Brittany miró a su prometido y pudo imaginar cómo se sentía una presa cuando había caído en la trampa del cazador.

—Creo... que tienes un pacto con el diablo —contestó.

—Niña mía, ¿acaso no soy el hijo del dios-cabra? —Paris la miró con un brillo burlón y divertido en sus ojos—. ¿No es eso lo que quieres creer en vez de la verdad?

—¿Conoces el significado de esa palabra? —preguntó.

—Hay dos clases de empresarios, ¿sabes? —rompió un palito de pan con un movimiento rápido —, los que usan trucos para ganarse la confianza de alguien y los que poseen tanta confianza en ellos mismos, que no necesitan usar trucos. Yo tengo acciones en varias compañías, tengo muchos asuntos que atender, pero todos son negocios limpios. Tú me odias por lo de Cathlamet, pero te aseguro que la hipoteca llegó a mis manos legalmente —hizo una pausa y prosiguió diciendo—: Tu padre necesitaba dinero y yo podía dárselo. Por desgracia, gran parte del dinero se quedó en la mesa de la ruleta, obligando a tu padre a pedir dinero prestado de nuevo a fin de pagar sus deudas de juego. Le permití asistir a mi club porque, de lo contrario, habría visitado otro, administrado con menos honestidad.

La observó fijamente y le impuso su voluntad con aquella mirada profunda y dominante.

—Si yo tuviera una hija, Brittany, trabajaría para ella, no la dejaría sin hogar; así que culpa un poco a tu padre; fue él quien perdió tu hogar en el juego.

—Porque hombres como tú tienen negocios donde otros hombres pueden perder sus vidas, apostando.

—Por lo general, no estimulo a la clase de clientes como tu padre.

—¿De verdad? —Brittany sintió que enrojecía bajo su mirada. No podía negar la adicción febril de su padre a los juegos de azar—. ¿Por qué le permitiste la entrada, si te disgustaba tanto su comportamiento?

—Creo que conoces la respuesta.

—Ah, ¿sí? —se defendió.

—Vi a tu padre perder sus bienes en una mesa de juego y me preguntaba cómo podía hacer una cosa así. Lo observé, casi fascinado. Noche a noche venía al Club Cassandra, era todo un caballero y cada vez, dejaba un poco más de su historia entre cartas y dados. Los hombres como yo no creamos jugadores, ellos necesitan lugares a donde puedan ir a perderse, y yo era hombre sin propiedades, decidido a conseguir dinero.

Paris enlazó los dedos, observándola.

—¿Quieres saber cómo me convertí en el dueño del casino?

—Si quieres contármelo... —la voz de Brittany no denotaba interés, pero sentía una gran curiosidad, ya que el Club Cassandra había sido un segundo hogar para su padre.

—Tenía un cargamento de piel destinado a China, y cambié esta mercancía por el club. Cuando tomé posesión, encontré que Geoffrey St. Cyr tenía una enorme deuda allí. Pensé que era un tonto, no obstante, me simpatizó. Es muy sencillo aprender a estimar a los caballeros ingleses.

—A diferencia de los griegos —murmuró.

—Me pregunto si algún día vas a decir algo agradable al hombre con quien vas a casarte.

—Quieres decir... al hombre que me obliga a casarme con él.

—¿Chasqueando un látigo como el de ese conductor de carreta? —dijo, señalando el mural—. ¿No se te ha ocurrido que, al casarte conmigo, vas a recuperar todas las cosas que tu padre perdió?

—Qué mente tan mercenaria tiene, señor Konstantinidis—los ojos de Brittany tenían una expresión de desprecio—. Usted adora el dinero.

—Lo respeto —sus ojos y sus rasgos parecían de bronce. Metió la mano en su chaqueta y sacó algo del bolsillo interior. Lo deslizó sobre la

mesa hacia ella—. Pruébatelo para saber si es la medida correcta. Una vez que te lo pongas, podrás empezar a usar mi apellido.

—¿Qué es? —miró la pequeña caja cuadrada, sabiendo muy bien lo que contenía.

—Ábrela y averígualo.

—No... no quiero.

—Entonces permite que yo la abra —tomó la caja y le mostró el anillo en el estuche de satén: dos rubíes motilados en oro reluciente—. Los diamantes son fríos, las esmeraldas son algo ostentosas y se dice que los ópalos atraen la mala suerte, así que elegí rubíes que resplandecen como llamas. Dame tu mano izquierda.

Ella cerró el puño sobre su regazo, desafiándolo con los ojos. No podía obligarla a aceptar el anillo en un restaurante, con tanta gente mirando... ¿O sí? Brittany no lo conocía tanto para estar segura.

Capítulo 5

Las gemas del anillo brillaban como el fuego en la palma de su mano; eran perfectas, contrastando con lo imperfecto de su relación.

—Hay ciertas cosas que debemos hacer, Brittany, y una de ellas es que debes llevar mi anillo. Hará un estupendo contraste con tu piel blanca; toda mujer que sea femenina, tiene algo de vanidoso. Vamos, obedece.

—No... no soy una chiquilla.

—Entonces deja de actuar como si lo fueras.

—No me gusta llevar anillos, me molestan.

—Vas a tener que usar éste, así que ya puedes empezar. ¡Dame la mano!

Su voz y su gesto se hicieron más insistentes y no parecía importarle que las personas en la mesa contigua hubiesen interrumpido su conversación para escucharlos. No fue el deseo, sino la vergüenza lo que hizo que Brittany le obedeciera; Paris tomó su delicada mano y deslizó el precioso anillo en el dedo.

—Ya está. ¿Te hice daño?

—Lastima mi orgullo —respondió.

—Siento mucho que pienses así —se encogió de hombros. Su atención se dirigió al camarero que acababa de traer la botella de Bollinger ordenada por él. El camarero sacó la botella del cubo de hielo y envolviéndola en una servilleta, le mostró a Paris la etiqueta. Paris dio su aprobación. —El vino tiene la misma edad que mi prometida

—subrayó.

El camarero miró a Brittany y sonriendo, contestó a Paris en griego. Después de sacar el corcho y llenar las copas alargadas, Brittany sintió curiosidad por lo que el hombre había dicho y se lo preguntó a Paris.

Él levantó su copa y observó con atención el brillo del vino a través del cristal y las diminutas burbujas que subían hasta el borde de la copa.

—Dijo que era un hombre afortunado si mi prometida era tan dulce como el vino.

Ella se sonrojó.

—¡Qué desgracia para ti que no lo sea!

—Eso es cuestión de opiniones.

—¿Acaso parezco muy alegre? —preguntó, sarcástica—. Yo hago todo esto porque no tengo alternativa. Estoy aquí sentada contigo y usando tu anillo, porque estoy atrapada y ninguna criatura que está atrapada desea besar la mano del cazador.

—Interpretas mal mis deseos, Brittany. No quiero que me estés halagando constantemente.

—¿Qué quieres entonces? —se atrevió a preguntar, mirándolo a los ojos y exigiendo una respuesta.

—Sólo lo que tengo.

—¡Ah!, ¿Y qué es eso?

—A ti —repuso simplemente—. ¡Yasas! —se llevó la copa de vino a los labios, tomó un trago largo y Brittany sintió como si él estuviera bebiendo con avidez de sus labios y de su cuerpo. Lo miró con fiereza, observó la línea fuerte de sus hombros bajo la chaqueta oscura y de corte perfecto, el frente de su camisa muy blanca, contrastando con la piel que, desde su infancia, había estado expuesta al sol ardiente de Grecia. No sólo el sol había dejado su marca en él, cuando bajó su copa. Brittany pudo ver que sus labios estaban apretados, tal vez por el sabor de muchos recuerdos amargos. —Los sentimientos nunca influyen en mis decisiones —añadió—. Eso debes saberlo.

—Estás dominado por la necesidad de venganza —nunca había estado tan segura de algo y eso hacía que los sorbos de vino le dejaran un gusto acre en la boca.

—La venganza puede ser mala —concedió él—, pero el impulso es muy natural.

—¿Aunque yo no haya tomado nada tuyo? —preguntó.

La contempló, sentada frente a él bajo la luz de la lámpara con pantalla dorada que estaba en su mesa; su cabello era el marco plateado de su rostro delicado y pensativo donde brillaban unos ojos verde-gris que parecían dos enormes esmeraldas llenas de luz.

—No estés tan segura de no haber tornado nada mío, moiya.

—¿Qué podía haber tomado? —le miró asombrada—. Nos hemos visto menos de media docena de veces.

—¡Calla! —exclamó cortante, su mirada estaba dirigida hacia una mujer en la mesa vecina; su vestido tenía un escote que permitía ver el

surco entre sus senos, como un valle que cualquiera podía recorrer con los ojos.

—El cuerpo de la mujer está hecho para la intimidad, no para mostrarlo públicamente —aunque Paris hablaba en inglés, su entonación era griega cuando sus ojos volvieron a Brittany, recorrieron su vestido con la aprobación de un griego en el que latía en sus venas la sangre de un turco.

Llegó su primer plato, de pescado ahumado con berenjenas en escabeche, corazones de alcachofa rebanados, aceitunas grandes y jugosas, y pan de ajonjolí en forma de aros trenzados.

—A este pan lo llamamos kalouria —Paris cortó un pedazo, lo puso entre sus dientes duros y blancos y lo masticó con aprobación—. Se hornea todos los días y no se vende en bolsas de plástico que se guardan en la heladera. No es sorprendente que los occidentales se estén volviendo tan artificiales como sus emociones y actitudes. Un buen pan es la esencia de la vida.

Brittany comió y una vez más se dio cuenta, de que el griego que había entrado en su vida, a pesar de sí misma, tenía una manera muy personal de expresarse y no le interesaba la reacción de los demás sobre sus opiniones. Nunca se le ocurriría hablar en el idioma común, decir las cosas que la gente esperaba oír sería ir contra su propia naturaleza. Caminar en fila, invitar a los demás, sentirse frustrado si a alguien no le simpatizaba, eran cosas que no le interesaban a Paris Konstantinidis.

Brittany tomó un sorbo de vino para tranquilizarse.

—¿Supongo que insistirás en una ceremonia griega?

—Eso nunca fue tema de discusión, pedhi mou —chasqueó los dedos y ordenó más de ese delicioso pan al camarero, quien acudió al momento.

—Espero... —Brittany cortó su pescado, nerviosamente—. Espero que no sea una ceremonia larga y complicada.

Él negó con la cabeza.

—Es una ceremonia hermosa y, naturalmente, se llevará a cabo en Grecia.

—Grecia —Brittany lo miró con un destello de rebeldía en sus ojos—. Pero, ¿acaso no hay iglesias en este país, donde podamos casarnos?

—Sin duda —agregó—, pero deseo que mi madre esté presente en mi boda y ella jamás vendría a este país. Te gustará mi patria, por lo menos, el sol brilla.

—Lo quieres todo a tu manera, ¿no es verdad? —los ojos de Brittany se llenaron de resentimiento—. Tienes un ego monumental.

—Ah, ¿sí? —encogió los hombros—. ¿Hay alguien en Inglaterra a quien de verdad le intereses, además de unos cuantos parientes lejanos? A mí me importa mucho mi madre y le voy a dar la satisfacción de que esté presente en nuestra boda; la compensará un poco por lo que nunca ha tenido, creo que comprendes eso, ¿verdad? Vamos, tú no eres una persona egoísta, Brittany.

—No —estuvo de acuerdo—. No estaría en este lío si hubiese pensado más en mí y menos en los demás.

—Le dices cosas tan halagadoras a tu prometido —se burló—. Así que estás en un lío, como quien dice, te encuentras en una situación de la que no puedes escapar.

—Es obvio que no me dejarás, escapar.

—¿Te sientes como una heroína que está amarrada a las vías del tren? —lanzó una risa que era más bien áspera—. Siempre la rescatan en el último momento, ¿no? No seré un héroe con sombrero blanco, moiya, pero tampoco soy un villano, ¿no lo crees?

—Yo no soy la heroína —contestó—. Pero resulta que lo desconocido me pone nerviosa.

—Vamos, si eso fuera cierto, no trabajarías para una clarividente tan famosa como madame Lilian.

—Eso te parece divertido, claro. ¿Crees que son tan sólo tonterías, porque ella me envió a tu dichosa casa de préstamo?

—No creas que estoy hecho de bronce, Brittany. Los griegos somos una raza muy supersticiosa y tenemos nuestro propio oráculo en Delfos; hay jóvenes aldeanas que todavía guardan algunas tradiciones curiosas respecto al amor. A las jóvenes les gusta saber si aparecerá un hombre dominante que llene sus vidas de emoción.

¿Madame Lilian tiene clientes de ese tipo?

—A veces —admitió Brittany—. Al principio era escéptica en cuanto a sus poderes, si bien ahora no tanto.

—¿A pesar de su error al no ver mi rostro reflejado en su bola de cristal?

—Probablemente tu influencia la estaba controlando en aquel momento —al pronunciar Brittany esta frase, pensó que podía haber algo de verdad en ella. Una clarividente, a causa de su sensibilidad, está expuesta a

toda clase de influencias y Brittany descubría que el hombre sentado frente a ella en el restaurante, envuelto en una penumbra dorada tenía un aura muy poderosa. Esto no sólo se percibía en sus rasgos y en su figura, sino también en sus ojos, sus pupilas y pestañas eran muy oscuras y contrastaban con el color de su mirada.

Los platos vacíos fueron retirados y trajeron la mesa de servicio donde crepitaba un gran trozo de carne de cordero en su jugo, acompañado por una variedad de verduras. La vista succulenta de carne aumentó repentinamente el apetito de Brittany y no objetó cuando el camarero le sirvió una porción generosa de carne, riñones, patatas al horno, coliflor y zanahorias.

—¿Salsa, señorita?

—Sí, por favor —y observó cómo le servían la salsa caliente y oscura sobre el plato. Brittany era consciente de que su anfitrión la miraba, quizá gozaba, a su manera sarcástica, de su repentino apetito.

—Por favor empieza —le dijo él—. La comida se debe disfrutar mientras está caliente... como algunos de nuestros otros apetitos.

Pero ella esperó a que le sirvieran, haciendo gala de su innata cortesía, su cara fría y sin emoción, disimulaba cualquier señal de que su observación había penetrado a ese centro profundo cuya existencia no había advertido, por completo, hasta la reciente aparición de él en su vida. Brittany sabía que no tenía experiencia con los hombres, pero sus instintos le advertían que Paris Konstantinidis era un hombre cuya sensualidad estaba, sin duda, a la altura de sus ambiciones.

Al cortar la carne, los rubíes despidieron destellos en su mano; era otra señal de que Paris estaba dispuesto a que su matrimonio fuera real y no una simple farsa legal.

—¿Te gusta el cordero? —preguntó.

—Cuando no es para el sacrificio —se oyó responder.

—¡Ah! Eso se refiere a ti, sin duda.

—Soy un cordero para el sacrificio, ¿O no?

—Servido de manera apetitosa, con cabello casi plateado, ojos soñadores y un cuerpo muy atractivo —aceptó, mirándola a los ojos mientras se llevaba un trozo de cordero a la boca.

Brittany sintió su insinuación como un calor que la hizo ruborizar y de inmediato bajó los ojos, fingiendo concentrarse en su plato. Ahora, Paris

le decía, con franqueza, que pretendía recuperar el monto total de la deuda que Justin tenía con él. Oh, si tan sólo fuera más mundana, si fuese una de aquellas chicas que habían tratado a muchos hombres y habían adquirido esa apariencia insolente que Paris pronto detectaría con su experiencia. Pero él sabía que era inexperta. Él lo podía leer en sus ojos, de otra manera no insistiría en casarse, sino que habría sugerido un acuerdo menos respetable.

Cuando llegaron los postres, Paris no pidió el servicio de los dulces, sino que el camarero trajo unos platos con pastas cubiertas de arándanos calientes, recién salidas del horno.

Sirvieron sobre los pastelillos una crema espesa que presentaron en una jarra de plata. El postre resultaba muy apetitoso, y Brittany lo comentó.

—Me alegro que te guste —sonrió Paris—. La mayoría de nuestra cena han sido platillos griegos, pero este postre no lo es. Lo conocí por un amigo americano y el cocinero del Ruby Tower siempre me lo prepara cuando vengo a cenar. Por fin, moiya, tenemos algo en común: a ambos nos gustan los arándanos con crema. Te alegrará saber que el cocinero de Cathlamet también hace el postre de arándanos a la perfección; fue uno de los requisitos para darle el empleo.

—¿Qué pasó con Sara, la cocinera de mi padre? —Brittany sintió pesar y dolor al hablar. Recordó la enorme cocina, acogedora y tibia, con los gabinetes que llegaban al techo, llenos de platos y sartenes; la larga mesa, muy limpia y con grandes cajones, la vieja estufa y las lámparas colgando del techo blanco, sostenidas por ganchos.

Cómo le gustaría ver la casa de nuevo, pero cuando lo hiciera, sería convertida en la esposa de un hombre que casi no conocía. No era fácil conocerlo... presentía que extraños impulsos corrían por las venas de él.

—No quiso trabajar conmigo —Paris encogió los hombros—, así que le di una pensión y supongo que se fue a vivir con su hija. Por supuesto, vas a encontrar algunos cambios, es inevitable. Tengo un empleado nuevo a cargo de los establos y hay nuevos caballos en las caballerizas. Algunas partes de la casa han sido remodeladas, sin cambiar su estilo. Tengo muy buen gusto, ¿sabes?

Mientras Paris hablaba, sus ojos recorrían el cabello y la cara de Brittany, dándole a entender, sin rodeos, que la consideraba un ejemplo de su buen gusto. Supuso que debería sentirse halagada, pero siempre que él la miraba sentía que la consideraba tan sólo como un buen negocio. Ella encajaba con su concepto de pertenencia. Ella era parte de Cathlamet, era

parte del lugar como las paredes de piedra que la lluvia mantenía siempre limpias, las torres que coronaban sus techos negros de pizarra y sus ventanas divididas por montantes.

De pronto, ocurrió algo muy desagradable en el elegante comedor del restaurante... un hombre, en una de las mesas cercanas, empezó a sofocarse con algo que había tragado, mientras su compañera lo miraba horrorizada. El hombre producía terribles sonidos y su cara se puso morada.

Paris lo vio, retiró su silla y se dirigió hacia el hombre en apuros. Rápida y firmemente le inclinó la cabeza hacia atrás, metió un dedo en su boca y sacó aquello que lo estaba ahogando. En pocos minutos, el hombre respiraba con más facilidad y el color morado desaparecía de su rostro, dejando en su lugar una gran palidez.

Brittany observaba todo, conteniendo la respiración. La acompañante del hombre se puso de pie, corrió hacia Paris y lo abrazó. Él inclinó su cabeza, dijo algunas palabras y luego la retiró. Al regresar a la mesa, Brittany se preguntó cómo pudo hacer algo semejante. Todos los demás habían permanecido sentados, mirando al hombre, sintiéndose impotentes y asustados, pero Paris actuó sin dudar un momento.

Su seguridad la había dejado sin aliento y lo único que pudo hacer, fue mirar cómo se sentaba y continuaba bebiendo su café.

—Fue un pedazo de fruta —le dijo—. Un trozo de naranja. Mira, ya se marchan. Le dije a la esposa que lo llevara al hospital, por si le había arañado la garganta con una uña. En mi salón de clases, hace muchos años, un niño casi se ahoga con un pedazo de naranja y al sacárselo, el maestro le rasguñó y sufrió una infección que le provocó un absceso.

—Es... —la había desconcertado—. Eres un hombre imprevisible, Paris.

—¿Eso crees? —sonrió—. Por fin me has llamado por mi nombre, es algo que no esperaba que ocurriese durante algún tiempo.

Brittany no notó que se le había escapado su nombre y al momento emprendió el ataque de nuevo.

—Tú das las órdenes —replicó—. Creo que no te preocupa estar apoderándote de mi vida, como si yo no tuviera que renunciar a cosas que, para mí, tienen el mismo valor que tus deseos. Prefiero trabajar para ganarme la vida, no quiero ser tu animal doméstico.

—Tonterías —empujó hacia ella el plato conteniendo dulces turcos—. Toma uno, moiya. Creo que a tu edad no necesitas cuidar la figura y si es

así, no permitas que eso te preocupe. A mí sangre turca le gustan las formas redondeadas.

—Lo imagino —sus ojos recorrieron su cara, buscando con desesperación algo que le indicara que podía convencerlo de que aceptara la devolución del anillo y liberarla de lo que ella sólo consideraba como una especie de cautiverio. Su indiferencia al rechazar sus súplicas, demostraba que ella no significaba nada para él. No tenía interés en complacerla... sólo quería poseerla.

—Para ti, una mujer sólo significa placer —acusó.

—Exacto —puso un dulce entre sus dientes blancos y lo mordisqueó con placer.

—Ni siquiera te molestas en negarlo —comentó, horrorizada.

—Nunca me tomo la molestia de negar la verdad, pedhi mou.

—¡Oh! —Brittany no pudo decir más. Tomó su bolso de mano, retiró su silla y se puso en pie—. Voy al tocador, ¡y espero que te ahogues con tus malditos dulces!

Llegó al baño, temblando por una mezcla de ira y lágrimas. Limpió las lágrimas con disgusto. No parecía existir ninguna manera de escapar de sus manos; aunque saliera del Ruby Tower y escapara en la oscuridad de la noche, en algún momento tendría que volver a su apartamento y sabía que allí estaría él, esperándola para reclamar su propiedad.

En eso se había convertido... en la propiedad de un hombre que confiaba en lo que el dinero le podía dar. Había observado, pacientemente, cómo se arruinaba su padre y luego se presentaba para apoderarse de los despojos de los St. Cyr: Cathlamet y ella.

Brittany miró con amargura su imagen en el espejo, recorriendo con ojos desesperados su figura. Era todo lo que Paris Konstantinidis quería de ella. No le importaba que, dentro de ese cuerpo, ella tuviera sus propios deseos.

¡Maldita sea! Se apartó del espejo y salió precipitadamente del tocador. Allí estaba su figura alta, esperándola en el vestíbulo y sosteniendo su chaqueta de lince para ponérsela.

Fuera del restaurante, el aire de la noche era suave y el cielo estaba cubierto de estrellas. Él se detuvo en la acera, junto al coche y aspiró el aire que anunciaba la llegada del verano.

—Cada vez me gusta más tu país, Brittany, tiene mucho que ofrecer.

—Y tú estás interesado en tomar tu parte, ¿no es así? —dijo con frialdad.

Él apartó la mirada de las estrellas para contemplar su cara y luego, frunciendo el ceño abrió la puerta del coche.

—Sube —dijo, cortante. Ella obedeció y se acurrucó en su asiento para no sentirse tan cerca de él. Se alejaron del Ruby Tower y, después de algunos minutos, Brittany se percató de que no se dirigían a Earls Court, sino al centro de Londres. ¿A dónde irían ahora? Esperaba que no fuera a algún centro nocturno. No quería estar en sus brazos bailando con él.

Paris dio vuelta al auto, en una pequeña calle, junto a Piccadilly Circus y lo detuvo.

—Quiero dar un paseo —le informó—, acompáñame.

Brittany no discutió. Un paseo a pie era preferible a un centro nocturno y aunque era tarde, había mucha gente en la calle, atraída por las luces de Piccadilly que resplandecían en las marquesinas de los negocios, en las galerías y en las fachadas de los teatros y cines.

Paris le tomó la mano y la pasó por su brazo sujetándola para impedir que lo rechazara.

—Escucha las aves —le dijo, pues al ir paseando, oían sobre sus cabezas los chillidos inquietos y el arrullo de miles de pájaros que se habían adaptado a tan extraño modo de vida, porque así encontraban su sustento. Arriba, en los tejados de los edificios, se paraban a descansar. Las brillantes luces de la ciudad los mantenían activos y despiertos.

Brittany escuchaba, embelesada. Los tejados estaban tan llenos de pájaros, como los riscos de alguna playa de recreo.

—Lo ves —murmuró Paris—, es posible adaptarse a una situación sin que se rompa el corazón.

—Es posible —dijo—, pero, de cualquier forma, me entristece escuchar a esos pájaros, inquietos y sin poder dormir, cuando en el campo sus primos descansan apaciblemente. No es natural.

—No lo es —estuvo de acuerdo—, pero la vida en la ciudad les proporciona la comida, así que no sufren mucho. Varias generaciones de estas aves han pasado su vida en los tejados de Piccadilly; no han conocido otra clase de vida, así que no es extraña para ellos. Pero, en los dos años que has pasado en Londres, muchas veces te habrás sentido como una extraña, ¿no es así?

—A veces —admitió—, pero me estoy adaptando.

—No —contestó Paris—. Sospecho que nunca has dejado de pensar en Cathlamet, allí, en el límite del campo donde, cuando eras niña, solías pasear a caballo. Cathlamet espera tu regreso.

Su corazón dio un vuelco cuando él dijo eso. Así que era por eso por lo que la había traído a Piccadilly Circus, para escuchar a las aves nocturnas y así poder despertar en ella la nostalgia por el hogar que tantas generaciones de su familia habían habitado... y amado.

—Como dijiste —la voz de Brittany tenía un tono frío de nuevo—, nunca haces nada por motivos sentimentales.

Él no respondió; elevando el rostro al cielo estrellado, escuchaba a los pájaros nocturnos. Ella vio en su rostro un gesto semejante a la tristeza que ella sentía por esas inquietas criaturas, gorjeando y batiendo sus alas en el resplandor de las luces que mantenían alejada la noche.

Sintió un escalofrío y él lo notó.

—Es hora de volver a casa —dijo y volvieron sobre sus pasos al coche. El interior era cálido y agradable y la tensión de Brittany empezó a desaparecer.

—Supongo... que empezarás a hacer los trámites —dijo, tentativamente.

—¿Para nuestra boda?

—Sí, espero que no pretendas que sea un acontecimiento muy suntuoso.

—Ninguno de los dos queremos eso —afirmó Paris—. Nos casaremos en Atenas y después iremos en barco a Dovima, una isla de mi propiedad, en el mar Egeo. Pasaremos nuestra luna de miel allí.

—Comprendo —Brittany fue muy consciente de él, cuando escuchó esa frase que, para una pareja enamorada, sería muy emocionante, pues contenía una promesa, de dulzura y romance—. Supongo que yo no tengo nada que opinar en este asunto.

—Puedes escoger tu vestido —dijo secamente.

—¿Nos vamos a casar en una iglesia?

—¡Claro!

—¿Tu madre no tendrá alguna objeción a que te cases con una inglesa?

—No lo creo.

—Oh, Paris, por favor —la voz de Brittany tenía una entonación de súplica—. ¿Cómo podríamos ser felices?

—La felicidad es algo en lo que no he pensado mucho —el coche se detuvo frente al edificio donde vivía Brittany y en el momento en que cesó el ruido del motor, ella se quitó el cinturón de seguridad, abrió la puerta y subió corriendo por la escalera que conducía a la puerta del edificio. Estaba buscando las llaves en su bolso, cuando Paris la obligó a volverse para quedar frente a él, rodeándola con sus fuertes brazos. Ella lo miró, desesperada, la luz del farol junto a la puerta iluminaba su hermosa cara, revelando su aflicción.

—Sólo piensas en ti —dijo, ahogando un sollozo—. ¿Qué pasa si yo deseo encontrar un poco de felicidad? ¿Eso no cuenta?

—Podrías encontrarla conmigo.

—¿Contigo? —lo miró sin comprender cómo podía imaginar esa posibilidad—. Yo sólo soy un negocio, ¿recuerdas? Yo he sido comprada y pagaste un precio.

—Sí, así es —metió los dedos entre el pelo de Brittany, atrapando su nuca y la besó con fiereza, era un hombre que en toda su vida no había conocido la ternura. Brittany se sometió, porque no podía oponer resistencia, pero no respondió al calor de su boca. Aceptó sus besos con deliberada pasividad. Él la soltó de repente, murmurando una maldición en griego.

—Voy a derretir el hielo de tu corazón —le advirtió; sus ojos relucían amenazantes.

—Cuando el hielo se derrite, Paris, sólo queda un charco de agua —con la cabeza inclinada hacia atrás, lo desafió con la mirada.

—Siempre tienes una respuesta, ¿no? —su boca se torció en un gesto burlón—. Ve a la cama, pedhi mou. Te llamaré —tomó su mano y posó sus labios sobre el anillo; se volvió, bajó por la escalera y se dirigió al Jaguar. Brittany pensó que tenía la flexibilidad de cuerpo y la tenacidad de uno de esos grandes felinos de la selva, cuando perseguían a su presa y que también podía tener la misma crueldad cuando convenía a sus propósitos.

Entró y cerró la puerta en el momento en que oyó alejarse el coche rumbo a su apartamento, situando en el piso superior del Club Cassandra, donde hombres débiles, como su padre y Justin, caían víctimas de la astucia de otros como Paris Konstantinidis.

¿Qué haría, si ella no accedía, a sus deseos?, se preguntó.

¡Oh, Dios!, conocía muy bien la respuesta... haría que Justin sufriera la humillación de ser arrestado y traído a Inglaterra.

Para ella la decisión ya estaba tomada. Sabía que tendría que casarse con Paris y así evitar que el escudo de armas de la familia St. Cyr fuese manchado por su hermano, que era un insensato y no un delincuente.

Ahora mismo estaría en alta mar, perdiendo el dinero de sus gastos en el casino del barco, mientras ella subía penosa y desanimadamente por aquella escalera que rechinaba y olía a col hervida, que la conducía a un par de habitaciones que eran su pequeño reino.

Recorrió todo con la mirada, sabiendo que, en un futuro cercano, diría adiós a Earls Court para volar a Atenas y allí se uniría, en un matrimonio impío, a un hombre que nunca había pronunciado las palabras que el tiempo había consagrado... te amo.

Capítulo 6

LA perfección de su vestido de novia hizo que Brittany se sintiera más triste, porque era la clase de traje que cualquier novia usaría, feliz y orgullosa, el día de su boda.

No era el traje tradicional de novia, largo, hasta el suelo y con cola; era de encaje blanco, corto, con un corpiño en forma de corazón que resaltaba el cuello largo y delicado de Brittany. Sin discutir, había visitado a la modista, en la calle South Moulton, adonde la había enviado Paris. Ya habían elegido los accesorios... no sólo para el vestido, sino también para el resto de su ajuar.

Se había sometido porque intentar discutir con Paris, era tan difícil que resultaba imposible, no había forma de hacer que aceptara sus decisiones. No solamente era griego, convencido de que el hombre era la cabeza de la familia, sino tenía un don natural de mando y él había ordenado la mejor ropa para la chica que sería su esposa.

Brittany se colocó el tocado de encaje que formaba parte de su atuendo; luego abrió la pequeña caja que le habían entregado, una hora antes, en su habitación del hotel. Sobre un forro de satén, descansaba un collar de dos hilos de hermosas perlas, con un broche de rubíes resplandeciendo con destellos rojos y oscuros, contrastando con la palidez de las perlas. Rodeó su cuello con el collar, ya que Paris había adjuntado una nota que decía: “Deja que las perlas sean tus lágrimas y reserva tus sonrisas para mí. No te preocupes si ves por la ventana que la lluvia cae sobre los tejados. Aquí, en mi país, creemos que la lluvia, el día de la boda, trae buena suerte y fertilidad”.

El significado de esa palabra final la puso tan nerviosa, que hubiera roto los hilos de perlas al tomarlas en sus temblorosas manos, pero el hermoso collar estaba hecho con hebras de seda muy resistentes.

Estudió varias veces su imagen al espejo, oyendo cómo caía la lluvia en las ventanas del hotel situado frente al Monte de Marte, donde el apóstol Pablo había predicado la bondad amorosa de un Dios que no vivía en un templo, ni se vengaba cuando sus deseos eran contrariados.

El golpeteo de la lluvia le recordó aquella noche, cuando fue a visitar a Paris al Club Cassandra, para suplicarle que no se vengara de su hermano. En vez de ello, él había vuelto su ataque contra ella. Se llevó la mano a un costado, donde sentía un extraño dolor desde hacía varios días.

Era un dolor que a veces le anudaba la garganta, haciendo que deseara llorar para sentir alivio. Eran nervios, miedo, resentimiento, una combinación de todo; cada latido de su corazón, cada ruido del reloj en su muñeca le recordaba que el tiempo se acortaba y pronto aparecería el coche que la conduciría a la iglesia.

Ella y Paris habían llegado a Atenas la noche anterior y lo único que Brittany pudo ver fue el Partenón iluminado desde la ventana del taxi que habían abordado en el aeropuerto, y los llevaba a la ciudad.

—¿No les parece extraño a tu madre y a tus amigos el hecho de que no me conozcan? ¿Que nunca hayamos sido presentados? —preguntó Brittany, haciendo un intento desesperado para aplazar la boda.

Paris negó con la cabeza.

—En Grecia se acepta que se casen los desconocidos. Para mi madre y mis amigos, basta con que me case. Creo que ya habían perdido la esperanza de que lo hiciera alguna vez.

—¡Oh! ¿Por qué? —por un momento sintió curiosidad sobre este aspecto de su vida. No dudaba que hubiera conocido a muchas mujeres, porque era muy varonil, sin embargo, era sorprendente que no se hubiese casado, a pesar de su éxito financiero y de la necesidad que sentían los griegos por tener un hijo que continuara el apellido.

—Porque no tengo hermanas —respondió Paris—. En Grecia, es una cuestión de honor y orgullo familiar que el varón se asegure de que sus hermanas tengan un hogar propio, antes de buscar esposa para sí. Aún ahora, muchos de mis compatriotas continúan con esta tradición. Trabajan mucho para dar una dote a sus hermanas y así, conseguir un pretendiente y después, al verse empobrecidos, buscan una novia que cuente con una buena dote. En las aldeas, la dote puede consistir de un rebaño de ovejas o cabras, o un par de buenos caballos, pero en la ciudad se prefiere el oro.

—El mercado del matrimonio —dijo Brittany amargamente—. Si tú no fueras rico, yo no hubiera sido una mujer adecuada para ti, pues sabes que no tengo dote.

—¿No? —estaba sentado en un extremo del taxi y ella vio brillar sus ojos—. Como dices, soy un hombre lo bastante rico como para poder elegir.

Sin duda, muchas de nuestras costumbres te van a parecer raras. Aun yo, siendo griego, me sorprendo de que en muchas aldeas sean las matronas ignorantes, vestidas de negro, las que condenan las costumbres modernas y amargan la vida de las mujeres que han caído en desgracia, obligándolas a vivir al margen de la sociedad. Sí, ahora soy rico, moiya, y puedo comprarme buenos trajes, comer buenas comidas, poseer casas y casarme con la mujer de mi elección. Sin embargo, no olvido mi origen.

El brillo de sus ojos mantuvo inmóvil a Brittany mientras lo escuchaba hablar en el taxi que avanzaba por la carretera rumbo a la ciudad, hacia la Plaza de la Constitución.

Paris dejó escapar una exclamación típicamente griega para expresar lo que sentía cuando hablaba de sus primeros años.

—No olvido al niño a quien prohibían jugar con otros chicos porque era un marginado, al igual que mi madre, gracias a las malas lenguas de esas viejas sentadas frente a las puertas de sus casas para vigilar, con brillantes ojos, a las mujeres más jóvenes. Algunas veces, los chicos me tiraban piedras y las niñas repetían en coro el apodo que se les da a los niños como yo y que oían en las cocinas de sus padres. Cuando me llamaban por ese nombre, yo solía patear el barro, apretar los dientes y me juraba que un día... un día regresaría a Grecia para casarme con la chica que otros hombres envidiarían.

Se rio de esa manera áspera, tan peculiar en él; una risa mojada con el vino amargo de sus recuerdos

—Esa chica eres tú, Brittany, y mañana, frente a una congregación, te convertirás en mi esposa.

Ahora, en su habitación del hotel, Brittany miraba su imagen al espejo y estudió la mirada de sus ojos, que no era de esperanza y emoción, sino la de una criatura atrapada, una especie de dolor y desesperación.

Se sobresaltó cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. Cobró ánimos y se dispuso a abrir. Cuando lo hizo se encontró con una mujer algunos años mayor que ella; sin duda era griega, vestida con un traje sastre de seda azul y un bonito sombrero de paja con flores.

—Hola —dijo en inglés, su atractiva y alegre cara se iluminó con una sonrisa—. Soy Kara Savidge, una amiga de tu prometido. Mi esposo y yo hemos venido para llevarte a la iglesia de San Nicolás.

—¡Oh! —Brittany retrocedió un paso, porque la llegada de la joven griega había sido inesperada. Paris no había mencionado su nombre; todo lo

que dijo fue que, un poco antes de las once de la mañana, iría un coche por ella, para llevarla a la iglesia.

Kara Savidge miró su reloj de pulsera.

—Tenemos unos minutos, así que, ¿podría pasar para hablar contigo? Sin duda estarás nerviosa por el hecho de que vas a casarte en una iglesia griega. Estás un poco pálida.

—Sí, adelante —Brittany abrió más la puerta para que entrara la joven griega al salón.

—Mi esposo, Lucan, nos espera en la recepción —explicó Kara con una amable sonrisa—. Lucan es de ascendencia irlandesa, pero veo que tú eres inglesa. Tienes un cabello hermoso, thespinis, y ya que, de cierta forma Paris me recuerda a mi hermano, no me sorprende que haya escogido una esposa tan rubia. Mi hermano Paul se casó con una inglesa; a algunos griegos les fascinan las rubias.

—Mi cabello no es fácil de peinar —observó Brittany con una, sonrisa forzada—. Envidio a las mujeres griegas, como tú, que tienen el cabello rizado natural.

Kara Savidge tenía el pelo muy oscuro y llevaba unos pequeños pendientes de oro en las orejas. No era muy bonita, pensó Brittany, pero tenía algo cautivador; sus ojos grandes y oscuros reflejaban una preocupación profunda y sincera por todos los que parecían estar en dificultades.

—Es típico de Paris traerte de inmediato a Atenas, sin darte tiempo para adaptarte al clima y a las costumbres —Kara puso la mano con gentileza sobre el brazo de Brittany—.

¡Estos griegos! En público son tan hoscos y distantes, pero, en privado son tan apasionados. ¡Con cuánta intensidad pueden odiar y amar! Aunque no siempre comprenden lo que necesita una mujer, o, mejor aún, ni siquiera se percatan de que las mujeres pueden tener otras necesidades, distintas a las de ellos. Lo sé, thespinis... el amor de un griego puede ser una especie de cautiverio porque, como te dije, Paris es muy semejante a mi hermano.

Cuando Kara Savidge habló de pasión y cautiverio, Brittany podía sentir que sus nervios se ponían tensos. Esas eran las palabras que describían la actitud de Paris hacia ella... era la cautiva de su pasión, sin amor.

Como si adivinara los pensamientos reflejados en sus ojos, Kara dijo con voz muy baja.

—Supongo que no has conocido a la madre de Paris, si este es tu primer viaje a Grecia.

Brittany negó con la cabeza, sin darse cuenta de que jugueteaba con el anillo de rubíes que adornaba su mano izquierda.

—Paris me ha hablado de ella, pero él es su hijo y, naturalmente, todos pensamos bien de nuestros padres. ¿La conoces, Kara?

—Sí, Lucan y yo la conocimos una vez, cuando nos invitaron a pasar unas vacaciones en Dovima, la isla de Paris.

—¿Qué clase de persona es? —Brittany trató de hablar con serenidad, pero estaba creando la imagen mental de una mujer posesiva y dura, que no la iba a aceptar por no ser griega, como Paris—. ¿Te agradó?

—La admiro —respondió Kara—. La vida no la trató muy bien, hasta que Paris se convirtió en un hombre de éxito y le pudo dar todas las cosas que nunca tuvo. Vive en la isla, pero no en la casa grande. Sin duda, Paris te dijo que mandó construir dos casas cuando compró Dovima.

—No me ha contado mucho de la isla, todo lo que sé, es que allí pasaremos nuestra luna de miel.

—Creo que te va a gustar —Kara sonrió, infundiéndole confianza—. Todo lo que había allí, cuando Paris la compró, eran las ruinas de un viejo castillo veneciano, una especie de atalaya que se usó hace mucho tiempo, para avistar barcos piratas y poder encender fogatas de alerta en las laderas y disparar los cañones desde las murallas. Esas altas murallas venecianas, ahora rodean la residencia. Paris construyó la casa dentro de ellas y el resto de las ruinas se utilizó para crear jardines rocosos y veredas. En las murallas, verás grabado el León de San Marcos, que dice Lucan que es un buen escudo de armas para Paris.

—¿De verdad? —Brittany sonrió brevemente—. ¿Por qué supones que tu esposo dice eso?

—Primero, porque él todavía es irlandés, a pesar de que nació en las Indias Occidentales y segundo, porque dice que Paris es un hombre con corazón de león. Tú sabes que él ha tenido que luchar para abrirse paso en el camino que lo condujo al éxito. No tenía nada, excepto su cerebro y su valor, y ahora, ha conquistado a una chica como tú.

—¿Yo? —dijo Brittany, asombrada—. Estoy muy nerviosa al pensar que su madre me rechazará porque no soy griega.

—Es verdad que los griegos son muy nacionalistas, cuando se trata del matrimonio

—contestó Kara—, pero si lo amas, vas a triunfar sobre ella.

El corazón de Brittany dejó de latir un instante al oír la palabra amor y, para esconder lo que podría asomar a sus ojos, miró su reloj de pulsera.

—Es hora de irnos, ¿nos vamos?

—Sí —Kara se acercó a Brittany y tomó sus manos—. No te preocupes, una boda griega es mucho menos formal que las demás. La gente que pasa por la calle entra cuando ven que se está celebrando una boda y los novios no están solos en el altar, porque a los invitados se les permite permanecer cerca de ellos a fin de que sean testigos de la ceremonia. Es casi una fiesta.

—Paris dijo que sería una ceremonia íntima, ¿cuántos invitados habrá?

—Unas dos docenas —Kara le apretó las manos—. Tienes que comprender que Paris tiene amigos personales y de negocios en Atenas y ellos esperan estar presentes en su boda; es un asunto de *philotimo*, una palabra griega que combina el orgullo y el honor que se ostenta ante los demás para ser admirado. Tener *philotimo* es importante para un griego, tanto como el hecho de que la joven con quien se casa sea virgen. ¿Qué me dices de tu familia y amigos?

—Mi único hermano está de viaje en el extranjero —Brittany sintió el calor de las manos de Kara sobre las suyas—. Tengo algunos amigos en Londres, pero, por razones de trabajo, es de esperarse que no vengan a un lugar tan lejano, como Atenas, a mi boda.

—Entonces te sentirás muy sola —señaló Kara, comprensivamente—. Me alegro que Lucan y yo te acompañemos. Creo que mi esposo te simpatizará. Ahora, déjame verte para comprobar que todo esté en orden.

Examinó a Brittany de pies a cabeza e hizo un gesto de aprobación.

—Tu vestido es precioso y el sencillo estilo de sienta bien, así como el color magnolia, que hace resaltar tu cabello. ¡Y qué perlas tan hermosas!

—Son un regalo de Paris —Brittany pasó la mano, acariciando su sedosidad—. En Inglaterra, tenemos la superstición de que las perlas traen mala suerte.

—Calla, no debes mencionar la mala suerte el día de tu boda.

Brittany observó que Kara se persignaba... todavía conservaba muchas costumbres griegas, aunque no estuviese

casada con un griego.

—¿Vas a llevar flores? —preguntó Kara, mirando a su alrededor, buscándolas.

—Orquídeas —contestó Brittany—. Paris pidió que las pusieran en el refrigerador aquí, en el hotel y debo pedir las en la recepción. ¡Todo esto... oh, es tan extraño! En Inglaterra, el ramillete se entrega la mañana de la boda, con una bandeja de claveles para los invitados. Hay damas de honor, vestidas con preciosos trajes, se escucha música y sirven bocadillos y café —se le escapó un suspiro tembloroso—. Casi... no puedo creer que, en media hora, estaré casada.

—Una vez que estés en la iglesia con Paris, te sentirás más tranquila. Ven —Kara la condujo a la puerta—, vamos a reunirnos con Lucan.

Brittany sintió un temblor en las piernas mientras ella y Kara se dirigían al ascensor. Había tomado una taza de café, pero no pudo comer y pensó que el frío que sentía, se debía al vacío en su estómago. Pedía a Dios que no se fuera a desmayar en el altar, con esos griegos amigos de Paris, mirándola. Dirían que era una tonta al desvanecerse por casarse con un hombre rico, poderoso y con philotimo.

¿Sentiría Paris verdadero orgullo por haber logrado traerla a Atenas para casarse con ella, después de haberla comprado con el dinero que a su hermano se le había escapado de los dedos como polvo de oro?

En la recepción, conoció al alto y atractivo esposo de Kara, quien abandonó su búsqueda en cuanto las vio y se dirigió hacia ellas fijando en Brittany sus ojos grises con destellos verdes, resaltando en su cara tostada por el sol y coronada por una abundante cabellera de color rojizo.

No era guapo, pero llamaba la atención, tal vez no siempre fuera amable, pero, sí un caballero.

—Aquí están al fin —dijo con voz grave—. Empezaba a creer que se pasarían el día charlando.

Las presentaciones fueron hechas y enseguida Kara le dijo.

—Querido, ve a la administración y pídele al empleado el ramillete de novia que está guardado en el refrigerador.

Él arqueó una ceja del mismo color que su pelo.

—Brittany, espero que sólo sea tu ramillete el que se conserve hermoso, frío y distante el día de tu boda.

Se dirigió a la administración mientras Kara rio brevemente.

—Lucan tiene un sarcástico sentido del humor y por eso se lleva bien con Paris, pero, al mismo tiempo, conserva algo del misticismo irlandés. Lo quiero con toda el alma, pero es imposible mantenerlo callado... tú quieres a Paris, ¿no?

Allí en la recepción, las dos mujeres se miraban de frente y súbitamente un gesto de dolor cruzó por el rostro de Kara.

—¡Lo sabía! —exclamó—. Paris, como mi hermano Paul, inició su propia Guerra de Troya para encontrar a su Helena, ¿no fue así?

—Temo que sí —susurró Brittany.

Lucan regresó con el ramillete, sin importarle que la gente lo mirara con una divertida sonrisa. Brittany tomó las exquisitas orquídeas blancas, con un pálido color rosado en sus bordes; estaban sujetas con listones de satén y se agitaban con el viento y la lluvia al salir a la calle. Kara, Lucan y Brittany se apresuraron al lujoso auto que los llevaría a la iglesia de San Nicolás.

Ya era un hecho, se dijo Brittany, todavía sentía frío a pesar de estar usando el precioso abrigo de visón de color pálido que Paris le había regalado. Sostenía con cuidado las orquídeas, escuchando la voz grave de Lucan Savidge quien le hablaba de la isla donde él y Kara vivían con sus hijos gemelos, los cuales habían quedado con su aya, una nativa de las Indias Occidentales, mientras él y Kara asistían a la boda de Paris.

—¿Cuándo conocieron a Paris? —se oyó a Brittany preguntar.

—Hace algunos años, cuando mi plantación estaba en ruinas y yo necesitaba que alguien me respaldara para empezar a reconstruirla. Hubiera podido pedir ayuda a mi cuñado, pero preferí que el asunto se resolviera de manera impersonal. Acudí a “Elias Mercantile” y conocí a Paris, quien siempre me ayudó, a pesar de correr el riesgo de perder dinero. Pero no fue así y ahora Dragon flay está floreciente, la herencia de mis hijos asegurada y todo gracias a un hombre que nunca tuvo un centavo cuando era niño.

Brittany sentía los ojos de Lucan fijos en su perfil, mientras hablaba. ¿Acaso sospechaba que Paris la había comprado como si fuera un juguete, para compensar su niñez carente de ellos?

—Me alegro por Kara y por ti —dijo, deseando con tristeza que esa alegría fuera sincera al tiempo que el auto se aproximaba a la hermosa iglesia de paredes blancas, con una cúpula azul y vitrales redondos.

Su corazón latía rápidamente. En unos minutos, estaría unida a Paris Konstantinidis para siempre. Y cuando las campanas lanzaron al viento sus

sonidos graves y metálicos, Brittany aceptó su destino.

Capítulo 7

EN el pórtico de la iglesia, Paris la esperaba acompañado de una mujer y de inmediato Brittany supo que era su madre. Alta, con la cara maltratada por el trabajo, pero que aún conservaba algo de la esplendorosa belleza que debió tener su juventud. Sus ojos no miraban a Brittany con el desprecio que esperaba; eran oscuros y de expresión distante, casi triste y se quedaron fijos en Brittany mientras ésta se acercaba con su pálido vestido de encaje sin el abrigo de visón, que había dejado en el coche. No se había mojado con la lluvia porque un ayudante la estaba esperando a la puerta del auto con un paraguas grande para cubrirla.

Al detenerse frente a la madre de su prometido, Brittany no supo si debía sonreír o no. Tuvo una rara sensación, casi como si estuviera soñando y, aun cuando Paris le habló, su voz no logró disipar esta emoción.

—Permíteme presentarte a mi madre. Hace unos momentos, me decía que, si me iba a casar con una extranjera, al menos esperaba que fuese encantadora —compartió una grave sonrisa entre las dos mujeres que, en unos momentos, serían sus únicos parientes; una vestía un fascinante traje de novia confeccionado en encajes y la otra usaba un vestido negro, sobrio, su cabello canoso recogido en un moño sobre la nuca y unos pequeños pendientes de azabache en su orejas.

Había un gran contraste entre las dos; eran como luz y sombra a ambos lados del hombre.

Entonces, con un movimiento brusco, debido a su timidez, Magda Konstantinidis se adelantó hacia Brittany, tomó su cara entre las manos y la besó en las dos mejillas.

—Haz feliz a mi hijo —le dijo en imperfecto inglés.

—Lo... intentaré —contestó la joven sin atreverse a mirar a Paris. Un momento después, caminaban tomados del brazo hacia el altar y Brittany se daba cuenta, casi como en un sueño, de que la gente los miraba... ojos oscuros brillando en rostros de piel bronceada... desde la penumbra fría, donde iconos de oro y plata estaban iluminados por la luz de muchas velas.

Brittany percibió el olor de la cera, el aroma del incienso y de los claveles que adornaban las solapas de los hombres presentes. Adivinó la presencia de la madre de Paris, parada detrás de ellos junto al padrino, que vestía tan sobriamente como el novio, el cual estaba muy erguido y su color moreno contrastaba con la blanca delicadeza de Brittany.

Los invitados empezaron a rodear a la pareja y el sacerdote comenzó a cantar, en griego, las frases de la ceremonia nupcial. Paris le había dicho en el avión, mientras volaban a Atenas, que, durante la ceremonia, el sacerdote entonaría la frase: “La mujer debe temer al hombre” y, entonces, Paris le haría una seña con la cabeza para que ella le pisara un pie. Esta era una broma griega que causaría regocijo entre los invitados.

Llegó el momento, Paris hizo una señal con la cabeza de cabello oscuro y ella obedeció sus indicaciones. Al instante, una ola de risas se escuchó en la iglesia. Esto aligeró un poco el corazón de Brittany, pero sintió un frío mortal en su mano al intercambiar, tres veces, los anillos de oro antes que, finalmente, fueran colocados en sus manos derechas para permanecer allí si el destino así lo quería.

La sorprendió que la iglesia griega no se opusiera al divorcio, ya que aceptaba que no había ninguna garantía de que los esposos llegaran a enamorarse, debido a la costumbre de arreglar los matrimonios. De hecho, a un griego se le permitía casarse tres veces, si así lo deseaba.

Aparecieron entonces las diademas nupciales, hechas de piel fina, imitando ramas y botones de flores, unidas por largas y delicadas cintas. El padrino las sostuvo sobre sus cabezas mientras cantaban los ritos finales de la ceremonia; al igual que con los anillos, las coronas fueron intercambiadas tres veces, antes que el sacerdote hiciera un recorrido por el altar conduciendo a los novios. Este acto se llamaba la danza matrimonial.

Durante ese ritual los invitados lanzaban arroz, pétalos de rosas y almendras dulces. Brittany comprendió por qué Paris había dicho que las bodas griegas eran menos formales que las inglesas.

Con pétalos de rosas adheridos en el encaje y granos de arroz prendidos al cuello de su vestido, Brittany bebió, muy nerviosa, el vino nupcial que le ofreció el sacerdote, quien luego les presentó una Biblia plateada para que Paris y ella la besaran.

Ya estaban casados y, aturdida, se dirigió a la puerta de la iglesia, tomada del brazo de su esposo donde los invitados los rodearon abrazándolos, besándolos y felicitándolos; algunos de ellos trataban de

contener lágrimas de emoción mientras los novios corrían bajo la lluvia hacia el coche que los conduciría al puerto, donde les esperaba la lancha de Paris.

Mientras atravesaban Atenas hacia el puerto de El Pireo, Paris cubrió los hombros de Brittany con la suave piel de su abrigo y, al instante, ella adivinó su posesividad en ese gesto.

—Estabas encantadora —dijo.

—Espero que tus amigos hayan quedado muy impresionados —se envolvió en el abrigo, recordando que, frente a la puerta de la iglesia, él había entregado las diademas nupciales a su madre, quien las apretó contra sí, como si buscara consuelo en ellas.

—Le agradaste a mi madre —murmuró.

—A mí también me agradó ella —respondió Brittany; había sido un alivio descubrir que su madre era introvertida y no una mujer dominante y celosa, como lo eran muchas madres cuando su único hijo se decidía a tomar esposa.

—¿No puedes ofrecer un poco de esa simpatía a tu esposo? —preguntó cortante—. Soy el único hijo de mi madre y tú viste la clase de mujer que es.

Brittany lo miró sin expresión, permitiéndole tomar su mano derecha para admirar el reluciente anillo de oro en su dedo.

—Cuando lleguen los invitados a la lancha, para ir a la recepción, trata de parecer una novia y no una viuda.

—Tú sabías que yo no quería el alboroto y las molestias de una fiesta de recepción.

—Vamos, sería una incorrección no compartir pastel y champaña el día de nuestra boda con las personas que vinieron a desearnos felicidad. Sé razonable, niña.

—Mis deseos siempre son niñerías —replicó—. Tu palabra es lo único que importa.

Paris apretó sus dedos y no negó la acusación.

—¿Temes que tus amigos se enteren de que soy tu novia porque me obligaste? —lo provocó.

—Prefiero que piensen, aunque sólo sea por mi madre, que eres mi esposa por tu voluntad... no soy tan desnaturalizado para disfrutar que digan que te tengo contra tu voluntad.

—¿Sugieres que eso podría lastimarte? —Brittany sonrió ante esta idea—. Comenzaba a pensar que tu dura y fría coraza era impenetrable.

—No soy invulnerable en lo que se refiere a mi madre —su expresión se endureció—. Si la lastimas de alguna manera, sufrirás por ello; que esto te sirva de advertencia.

Brittany bajó la vista, resintiendo la facilidad que Paris tenía para atemorizarla, cuando su expresión se tornaba dura y sus ojos brillaban con la ira que le había provocado el haber sufrido con su madre, los insultos y el dolor de nunca ser invitados a compartir el calor del hogar con algún vecino. Esa orgullosa mujer había luchado sola para alimentar y vestir a su hijo y, ahora, a él le tocaba el turno de cuidar que su madre jamás volviera a padecer hambre y frío.

Kara Savidge había mencionado que los griegos podían ser muy apasionados y Brittany intuyó la pasión protectora que Paris sentía por su madre.

—Nunca pensaría en lastimar a tu madre —le aseguró—. No era necesario que fuera gentil hoy, pero lo fue. Yo soy la extranjera que se ha casado con su hijo y no tenía que haberme aceptado.

—Te acepta por mí. Soy todo lo que tiene y ahora que tú eres una parte mía, como uno de mis brazos —su voz era fría y dura cuando dijo eso y también su mano, cuando la tomó de la barbilla y la forzó a mirarlo—. Un griego no le pide a una mujer que lo tema, pero sí espera que comprenda que le pertenece, una vez que están casados. Tú me perteneces, Brittany. Cada uno de tus cabellos es mío, cada centímetro de tu blanca piel, cada gota de tu sudor y cada lágrima de tus ojos. No lo digo por el dinero, lo digo porque es así.

Despacio, llevó la mano de Brittany a su boca y ella sintió la presión tibia de los labios sobre su piel.

—Hay muchos guijarros en la playa y muchos son atractivos. El hombre pasa parte de su vida actuando como si el mundo fuese una playa y las mujeres, guijarros que él se siente impulsado a recoger, para acariciar durante un tiempo y después desecharlos. De pronto, hay un guijarro que no puede dejar escapar, y decide retenerlo para convertirlo en su posesión... tú eres mi posesión. Al diablo con los tontos juramentos sentimentales que hace tanta gente para, después, romperlos.

—La gente no sólo rompe juramentos —le recordó Brittany.

—¿También corazones, querida? —preguntó burlón, mientras presionaba su mano contra su mandíbula dura afeitada esa mañana sin jabón o agua para demostrar su masculinidad, según la tradición griega—. ¿De verdad crees, moiya, que el corazón es el asiento de las pasiones?

Ella se sonrojó por la sarcástica sonrisa que iluminó sus ojos.

—Yo... hablaba de amor.

—¿Amor? —arqueó una oscura ceja—. Esa es una palabra provocativa y me pregunto, qué quieres decir con ella.

—Sabes muy bien lo que quiero decir —Brittany retiró con brusquedad la barbilla. Las manos de Paris se deslizaron hacia su cuello, que era más sensible al tacto, más vulnerable en su suavidad a las caricias deliberadas de sus dedos; los dedos delgados, pero endurecidos, de un hombre que trabajó con ellos por muchos años, realizando un trabajo duro, de la clase que ella ni siquiera podía imaginar y que hubiera dejado destrozada a una persona como Justin.

Con sinceridad, podía comprender los motivos que lo empujaban hacia ella, pero parecía no importarle que ella se resistiese a ser suya, sin amor.

—Acepto que nuestra relación no sería un buen material para una historia romántica—dijo pausadamente—. Todo el romanticismo que te puedo ofrecer, es un viaje en lancha a Dovima; es una lástima que esté lloviendo, pero tal vez escampe esta tarde y podrás contemplar la belleza del mar Egeo... el mar de las islas de donde zarpan algunos hombres y nunca regresan a casa. Cuando el sol está sobre el Egeo, es como si arrojara oro en el mar. Te va a encantar, moiya.

Mientras hablaba, Brittany se sentía empequeñecida al advertir su amplio pecho y la piel bronceada de sus manos y cara. Su sola apariencia era una amenaza. A diferencia de otra gente, ellos no se habían unido por mutuo deseo. Él la obtuvo a cambio de dinero y ella se sentía muy humillada por esta situación.

—Nuestra historia sería tema para una novela de suspenso.

—¡Te doy lo que puedo! —exclamó Paris—. No estoy acostumbrado a considerar a una mujer como una reliquia sagrada a la que debo adorar.

—Nunca imaginé que fuera así, Paris.

—¿Pero, es lo que esperas? —cuando estaba molesto, su rostro bronceado se volvía casi feroz, sus ojos brillaban, quemándola con su intensidad en la penumbra del coche.

—Sería inútil —se encogió de hombros.

—Entonces, por Dios, ¿de qué estamos hablando?... Somos dos novios que se dirigen al banquete de bodas. Mírate, usas visón y perlas y tu esposo tiene una isla propia y el respeto de personas como los Savidge y el hermano de Kara, que es el gerente de la línea mercante Stephanous. No soy un don nadie. ¿Es eso lo que piensas, que has perdido tu categoría al casarte conmigo?

—No.

Su mano apretó la garganta de Brittany, como si deseara estrangularla, pero al no emitir ella ningún sonido y mirarle, como esperando que lo llevara a cabo, aflojó sus dedos y la apartó de él con violencia.

—Los griegos somos orgullosos, pero tú lo eres mucho más, muy bien, como decimos en Grecia, la castidad es el premio reservado para una pareja sin amor tú puedes darme eso, aunque sea lo único que tengas.

—Estás muy seguro de eso, Paris —sólo la tortura física habría impedido que Brittany pronunciara esas palabras, como un desesperado intento por plantar la semilla de la duda en su mente.

—Estoy seguro —dijo con arrogancia.

—Quizá podrías estarlo si yo fuera una griega —respondió Brittany —, pero soy inglesa y a nosotros nos parece muy anticuado esperar que las mujeres sean puras como la nieve que cae, mientras que los hombres disfrutan todo lo posible antes de casarse. Esa doble moral ya no se practica en mi país.

—Supongo que sí, Brittany, y no dudaría que muchas inglesas disfruten todo lo posible, pero no necesito ser clarividente para saber cómo eres. Eres desdeñosa, mi niña. Es eso lo que te hace odiarme por haberte obligado a casarte conmigo. Eres la clase de chica que aún disfruta al pensar en el príncipe del caballo blanco, con una armadura plateada y resplandeciente y una apariencia de gallardía.

—Me estás tomando por una ingenua —protestó.

—No —movió la cabeza—, por una idealista.

No discutió con él porque, hasta cierto punto, tenía razón. Su arrogancia era muy aparente en la gracia exquisita de sus pómulos y en el color de sus ojos al permanecer allí, sentada, con la cara casi escondida en el gran cuello de visón de su abrigo, color champaña.

En un rincón oculto de su mente, deseaba que Justin pudiera ser como Paris, un hombre de éxito, arrojado, muy serio y formal en los negocios.

—Eres la chica más indefensa que he conocido —le dijo Paris—. Eres como la nieve que un hombre podría pisotear y manchar —su mirada parecía penetrar en las profundidades de sus ojos—. Estar juntos, tú y yo... es así como debe ser.

—Eso es lo que te repites sin cesar, Paris, para aliviar tu culpa.

—¿Mi culpa? —exclamó.

—Sí, porque eres griego y te gusta pensar que tienes philotimo.

Paris entrecerró los ojos, amenazante, y un terrible brillo dorado escapó de ellos, a través de las negras pestañas.

—Ten cuidado con lo que dices cuando me hables de philotimo —le advirtió—. Estás pisando terreno peligroso, Brittany.

—He pisado terreno peligroso desde que te conocí, Paris. Pisé arenas movedizas desde que estuviste en Cathlamet, para aceptar las escrituras de las propiedades de mi padre. No lo supe hasta que él murió y el abogado nos comunicó la noticia a Justin y a mí; y cuando recordé tu aspecto peligroso y la rapidez con que te alejaste en tu Jaguar, no me sorprendió que nos tuvieras en tus manos. Eras diferente a cualquier otra persona que yo había visto en Cathlamet. Tú no eras un jinete con pantalones y botas de montar, ni uno de esos hombres sencillos de Yorkshire con quienes mi padre solía reunirse para charlar y beber. Ese día debí adivinar que tu terrible sombra iba a proyectarse sobre mi vida, robándome la luz.

—¡Dios mío, ayúdame a dominarme! —murmuró Paris, apretando los dientes—. Yo no arruiné a tu padre; él lo hizo solo. Yo recogí los despojos de tu vida que él había dejado en las mesas de juego. Ya hemos hablado de esto antes, ¡y empiezo a sentirme molesto! ¡Estás arruinando el día de nuestra boda!

—¡Qué bien! —respondió ella—. Oírte decir eso, es lo único que he disfrutado hoy.

—Efharisto —dijo con sarcasmo, dándole las gracias en griego—. Estás pidiendo que te dé una lección cuando nos encontremos solos en Dovima.

—Pero allí estará tu madre.

—Mi madre permanecerá en Atenas, con unos amigos, durante las dos semanas de nuestra luna de miel.

—Ya veo —Brittany sintió que su corazón daba un vuelco al darse cuenta de lo que significaba estar a solas con Paris. Miró sus hombros cubiertos por la costosa tela de su traje y se sintió amenazada. Sus manos,

eran fuertes y llenas de vida; el anillo de oro proclamaba el derecho que esas manos tenían para acariciar su cuerpo.

Ella lo miró a los ojos y supo que estaba leyendo sus pensamientos, como si estos estuvieran escritos en su frente.

—Sí —murmuró—, estaremos solos, excepto por los pocos sirvientes que atienden la casa y cuidan de los jardines. Nuestros vecinos son unas cuantas cabras y los delfines que nadan cerca de la playa. Prepárate para recibir tu merecido, querida.

Y no lo dijo fríamente, sino que pronunció las palabras entre dientes, con una sensualidad deliberada, inclinándose hacia ella y acercándose lo suficiente para así poder aspirar el aroma de su piel y su cabello. Sintió que su masculinidad la envolvía, dejándola indefensa al caer en su embrujo cuando él tomó su cara entre las manos y besó sus ojos, descendiendo con lentitud por su rostro, hasta que, al fin, movió los labios hacia su boca.

Después, al apartarse un poco, Brittany contempló sus ojos y vio su palidez reflejada en las pupilas oscuras, agrandadas por la sensualidad.

Ella permanecía impasible, porque no había nada profundo en los sentimientos de Paris, tan sólo deseaba su cuerpo. La ceremonia en la iglesia, con sus brillantes colores y el incienso, no había sido la culminación de sus románticos sueños. Un suspiro escapó de sus labios y tocó los de él.

Al instante, Paris entrecerró los ojos y la pequeña imagen de Brittany quedó atrapada entre sus negras pestañas.

—Piensa que eres afortunada —le dijo—, que tengo un caudal inagotable de paciencia, que a muchos de mis compatriotas les hace falta. No puedo imaginarme de dónde la obtuve, pero debes estar agradecida por ello; otro hombre sujetaría tus hombros y te sacudiría por convertirte en una muñeca de trapo con sus besos. Los besos, moiya, son sólo el preludio de la pasión.

—¡Pasión! —lo miró con desprecio—. Eso es todo lo que soy para ti, el objeto de tu pasión.

—Cierto —replicó mordaz y cortante—. Ahora te muestras valiente con tus insultos, pero no olvides que soy muy vengativo.

—Sé exactamente qué clase de hombre eres —replicó Brittany, con actitud retadora—. Tienes lo mismo que todos los hombres que alcanzaron el éxito por sí mismos: nervios y sentimientos de acero.

—También tengo algo del Oriente en mis venas, heredado de mi madre y no permito insolencias en una mujer y mucho menos si es mi

esposa.

Esas palabras la estremecieron con violencia; eran posesivas y le recordaban aquellas otras palabras en la iglesia: “La mujer debe temer a su marido”.

—No puedes impedir que diga lo que pienso —replicó Brittany—, a menos que pienses cortarme la lengua; creo que eso se hacía, hace mucho tiempo, a las mujeres de un harén y después, eran arrojadas al Bósforo.

—Sin duda —él se rio brevemente—. Qué imaginación tan viva tienes, mi querida niña... ¿es por eso que tu hermano logró convencerte de que yo había estado decidido a tomar tu virtud!

Paris se reclinó en su asiento y en el silencio que siguió a sus palabras, Brittany escuchó la lluvia que caía en el techo del lujoso auto.

—Por ti, señora Konstantinidis, nunca tuve la intención de entregar a tu hermano... ¿eso sólo habría servido para lastimarte! —arqueó una ceja—. Pero tú viniste a mi club creyendo su historia de que, a cambio de ti, yo lo dejaría escapar. Me acusaste de tenderle una trampa, cuando todo lo que hice fue darle el único trabajo que es capaz de desempeñar... estar entre jugadores que gustan del estilo elegante y suave de Justin. Mi querida ingenua, yo nunca traté de tomarte a cambio de la libertad de tu hermano, pero te convenció de ello. Yo no tendí trampas a ninguno de ustedes... tú te ofreciste inocentemente y yo no era un griego que fuese a rechazar un regalo de los dioses. Tú eres muy atractiva, niña mía, y yo estoy cansado de estar solo. Estoy conforme contigo, aunque no me quieras.

Chasqueó los dedos con desprecio.

—Esto es lo que pienso del amor: el amor es un enigma.

—¿Quieres decir —Brittany lo miró con incredulidad—, que hubiera podido salir del Club Cassandra en libertad, sin obligaciones que me ataran a ti?

Paris asintió con la cabeza, la mirada de sus ojos era burlona.

—¿Esa noche... habría podido volver a casa para llamar a Justin y decirle que no tenía nada que temer? —su corazón latía con fuerza y hablaba entrecortadamente, respirando con dificultad.

—Así es.

—Pero me hiciste creer que tomarías represalias si no me casaba contigo.

—Sí —confesó sin vergüenza. Brittany sintió deseos de hacer algo que la liberara de la tensión que envolvía todo su cuerpo. Se quitó el anillo

del dedo y lo arrojó a Paris. La argolla de oro golpeó su hombro, para caer en el doblez de su brazo, donde él lo atrapó.

—Tú sabrás lo que haces con él —dijo furiosa—. ¡Nunca me quise casar contigo y no voy a seguir casada!

—Lo harás, querida —de pronto sus ojos adquirieron un destello mortal—. No me harás quedar en ridículo frente a nuestros invitados. Hazlo y no dudaría en enviar un telegrama al barco en que viaja tu hermano, para informar al capitán que lleva un ladrón a bordo y que debe arrestarlo.

—No lo harías —aunque Brittany pronunció las palabras, sabía que era en vano, porque su cara se había vuelto dura y sus ojos tenían un brillo siniestro.

—Inténtalo —dijo con una voz fría—. Escapa al llegar al puerto y verás muy pronto que tu querido hermano ha sido enviado tras las rejas. Esta vez, Brittany, cada palabra que he dicho es muy seria, esta vez no estamos jugando. Te casaste conmigo y no permitiré que una chiquilla como tú me deje plantado. Sé que no lo harás... por Justin.

—Estás fanfarroneando, Paris. Él negó con la cabeza.

—No, ya no, pedhi mou. Cuando fuiste al Club Cassandra, eras Brittany St. Cyr. Ahora eres la señora Konstantinidis y si aprecias a tu hermano, y yo sé que así es; vas a abordar el Stella Maris conmigo y sonreírás a mis amigos como una novia obediente, ¿has entendido?

Mientras decía eso, tomó su mano derecha y le puso de nuevo el anillo de oro, que a Brittany ahora le parecía un grillete. Su mano fría temblaba y todo su cuerpo se estremecía al ritmo de los violentos latidos de su corazón.

—Maldito seas —murmuró.

Él encogió los hombros.

—Esa es la deducción que sacaste en el Club Cassandra y por eso te encuentras aquí, conmigo, en este momento. Tendiste tu propia trampa.

Los ojos de Brittany estaban llenos de lágrimas. Apartó el rostro, tratando de contenerlas para que no arruinaran su maquillaje.

¡En qué situación estaban! Dos personas recién casadas y ya era tan palpable su enemistad, como el ruido sordo de la lluvia en el techo del coche nupcial.

Capítulo 8

Cuando abordaron la lancha, los invitados ya estaban allí para recibirlos y Brittany descubrió por qué el viaje había sido tan largo; el conductor recibió la orden de tomar el camino más largo al puerto para que los amigos pudieran llegar antes al Stella Maris.

Brittany representó su papel en la farsa; se puso una máscara que sonreía y ocultaba la terrible angustia que embargaba su corazón y que sólo había sido calmada de momento por el excelente champaña que sirvió en abundancia durante las dos horas que duró la recepción.

Kara Savidge abrazó con cariño a Brittany y con una expresión comprensiva, la miró a los ojos y dijo:

—Brittany, debes venir a visitarnos a Lucan y a mí a nuestra isla. Hay muchas hectáreas de árboles para hacer muebles de madera y la playa es un sueño. Me gustaría mucho que conocieras a nuestros gemelos, Terence y Shaun... y si vienes sola por alguna causa, puedes estar segura de que tu estancia en Dragon Bay hará que las cosas parezcan menos deprimentes.

Cuando se hizo el silencio y la lancha empezó a navegar hacia Dovima, Brittany permaneció junto a la barandilla y recordó la invitación de Kara. ¡Si en ese momento pudiera estar a kilómetros de distancia, en aquella otra isla! Muy lejos de este matrimonio que sólo ofrecía ventajas materiales, pero estaba desprovisto de las riquezas del amor.

Había cesado de llover y el sol volvía a cubrir el mar con su luz dorada. El agua se agitaba y ondulaba al paso del caique que, por haber sido hecho sobre pedido, era más largo que las otras embarcaciones griegas semejantes a ésta; era más ancha, con más espacio para dormitorios bajo cubierta; la pintura relucía y en un costado se veía una estrella resplandeciente representando su nombre, que significaba Estrella de Mar. El caique tenía incrustaciones de caoba y su mobiliario era una perfecta combinación de mullida comodidad y la belleza de las líneas clásicas que Brittany había notado en los adornos del Club Cassandra.

Sus manos se aferraron a la barandilla de madera y sintió el torbellino de emociones que se agitaba en su interior. Ningún detalle de aquella noche en el club escapaba a su memoria. Vio a Paris de nuevo, de pie, frente a las cortinas color rojo oscuro, alto y resuelto... permitiéndole que tendiera su propia trampa al dejar que pensara que él pretendía lograr que pagara con su cuerpo lo que Justin le había robado.

Curiosamente, era muy difícil aceptar que Paris le había permitido engañarse a sí misma. Ella quería... necesitaba creer que tenía un corazón tan negro como su cabello, que era sólo un griego tramposo dueño de un casino de juego. Ahora estaba en la cubierta de su caique en aguas griegas y la verdad era como un dolor que casi asaltaba su cuerpo.

Todo giraba en su mente... escenas de la ceremonia nupcial aparecían vívidamente ante sus ojos y de pronto, estaba cayendo y no podía evitarlo. Caía en el vacío, hacia el agua, su grito se desvanecía al chocar contra el mar, penetrando en un tumulto de fragmentos de jade líquido.

La violenta sorpresa le cortó la respiración y todo se volvió negro... volvió en sí cuando el sol jugueteaba en su cara y sobre ella había un rostro masculino muy serio, mojado. Involuntariamente, su esbelto cuerpo giró sobre el suelo de la cubierta y vomitó agua salada. Unas manos fuertes la sujetaron mientras que, mareada y con asco, escupía el agua, casi ahogándose y yacía exhausta en su vestido empapado.

Paris lanzó un juramento mientras la observaba.

—No imaginé —dijo ceñudo—, que tu infelicidad rayara en la desesperación.

Brittany parpadeó y su agotamiento la dejó sin fuerza, convertida en un pesado fardo en los fuertes brazos, cuando él la levantó para llevarla al camarote principal; ella sintió que descendía y después, reinó la oscuridad en su cerebro y perdió el conocimiento. Revivió al contacto del coñac en su boca y sintió que un brazo la sostenía con firmeza.

Mientras el licor devolvía el calor a su cuerpo frío, se dio cuenta de que estaba desnuda y cubierta con varias mantas.

—¿Tú... me quitaste la ropa? —preguntó aturdida.

—No creerás que iba a llamar a un miembro de la tripulación para que lo hiciera, ¿verdad? —sus ojos tenían una expresión de amenaza; el disgusto que reflejaban era más peligroso que cualquier arranque de furia—. ¡Pequeña tonta, tirarte al mar, desde esa altura, pudo haberte provocado un paro cardíaco!

Como en cámara lenta, Brittany reflexionó en sus palabras, luego le vino todo a la memoria y volvió a sentir la brutal impresión y el impacto al golpear la superficie del agua.

—Debo haberme desmayado —dijo débilmente—. Sólo sé que me sentí mareada.

—No —al sacudir la cabeza, unas gotas de agua salpicaron su pálida cara—. Tú te tiraste por la borda.

—No —Brittany negó con firmeza, moviendo la cabeza—. Yo jamás haría una cosa semejante.

—¿No lo harías? —él fijo sus ojos en su blanco rostro, sus dientes estaban apretados—. Por fortuna, oí tu grito y me lancé al mar para ayudarte... me encantó tirarme al agua, el día de mi boda, para rescatar a mi tonta esposa. Por todos los dioses, ¿qué es lo que pretendías... matarte?

Brittany movió la cabeza negativamente, con cansancio.

—¿Crees que habría gritado? —dijo pensativa pero no podía estar segura de lo que había sucedido. Se sentía muy confundida... y había estado absorta en sus pensamientos junto a la barandilla mientras él se encontraba al timón, discutiendo con un miembro de la tripulación.

Sintió que había salido de un remolino y, cansada, se frotó el hombro que le dolía, tal vez por la fuerza con que Paris la sujetó para sacarla del agua.

—¿Estás herida? —le apartó la mano del hombro y al mirar, contuvo la respiración. Tienes moretones; debo haberte lastimado cuando te sacaba del agua.

—¡Hablas como si yo fuera un pez! —rio de forma repentina, casi como si sollozara—. Lo siento Paris, tal vez bebí demasiado champaña y se revolvió con... con todo ese incienso en la iglesia. Ha sido demasiado para mí.

—¿Demasiado para ti, señorita? —deslizó sus dedos en el cabello sucio—. ¿Cómo crees que me siento? Es imperdonable que hayas hecho una cosa así.

—Paris —su mirada estaba clavada en su rostro—, no recuerdo haberlo hecho a propósito.

—Yo sé lo que querías —contestó con serenidad, apretando los dientes—. Querías escapar de las cadenas de nuestro matrimonio, pero no es tan sencillo. Aunque tu cerebro dirigía las acciones, tu cuerpo lo

rechazaba y gritaste pidiendo ayuda. ¿Qué habría ocurrido si hubiera permitido que desaparecieras en las profundidades del Egeo?

Brittany sintió pánico al pensar en esto. Aunque no pudiera explicarle cómo había caído al mar, ella sabía que no había saltado por su voluntad.

Paris se puso de pie apartándose de ella. Un escalofrío recorrió su poderoso cuerpo.

—Estás muy mojado —comentó Brittany—. Ve a cambiarte de ropa, chorreas agua por todas partes.

—Tal vez me muera de un resfriado, querida —replicó con crueldad, hablando sobre su hombro—. ¿No sería esa una mejor solución para ti? Así heredarías toda mi fortuna.

—Paris, por favor, no digas esas cosas —suplicó—. Es como si yo quisiera verte muerto.

—¿No es así? —se volvió hacia ella y sus rasgos fueron iluminados por la luz de un rayo que penetró a través de la portilla. La lluvia había ocultado el sol de nuevo y venía acompañada de una tormenta. El rayo brilló y se desvaneció y Brittany se acurrucó en las mantas, su pálida cara estaba enmarcada por el cabello mojado.

—¿Qué hiciste con mi vestido de novia? —preguntó.

—¿Tu vestido de novia? —repitió con ironía—. ¿Por qué te interesa?

Un suave rubor cubrió la palidez de su rostro.

—Era un vestido bonito, debe haberse estropeado.

—Completamente —asintió—, como todo lo demás.

Brittany lo miró en silencio mientras se dirigía hacia la puerta.

—Trata de dormir —dijo él—, y no te preocupes por la tormenta. El Stella Maris puede soportar los embates. Yo te despertaré cuando llegemos a Dovima.

—Paris...

—¿Quieres decir algo? —no se volvió a mirarla. Era un hombre alto, erguido por el orgullo, vestido con el traje oscuro que ahora estaba empapado con agua de mar y la camisa blanca que ya no parecía tan impecable.

—Lo siento —fue todo lo que Brittany pudo decir.

—Duerme —ordenó—, y olvida.

Se marchó después de decir esas palabras, cerrando la puerta con firmeza al salir. Brittany permaneció acostada, sin importarle que su cabello todavía estuviese mojado. Se acurrucó, observó la luz intermitente de los

rayos, y escuchó los truenos que resonaban en el mar. La lancha comenzó a balancearse con el movimiento del agua, agitada por la tormenta y como una enorme cuna, la arrullé hasta que, al fin, se quedó dormida.

Paris la despertó como prometió; las lámparas del camarote estaban encendidas y el caique ya no se balanceaba. Paris se había puesto un jersey negro de cuello alto y pantalones oscuros y tenía en la mano un tarro de café caliente.

—Vamos, siéntate y bebe esto, después vístete. Ya se puede ver la isla, así que llegaremos en quince minutos.

Brittany se sentó y aceptó el café. Le dolía la garganta probablemente debido al agua de mar que tragó y agradecida, bebió el café caliente y dulce.

—Sube a la cubierta cuando estés lista —indicó Paris y se fue de nuevo; Brittany notó que actuaba como si fuera un extraño. De todas maneras, el café la volvió a la vida y cuando bajó del camastro, descubrió que las debilitadas piernas recuperaban su firmeza. Sus maletas estaban a bordo del caique; alguien las recogió en el hotel de Atenas, mientras ella se encontraba en la iglesia con Paris, así que no hubo problema en cuanto a ropa interior, una blusa y un traje sastre para ponérselo en vez del arruinado vestido de novia. Fue al baño a lavarse y poner en orden su cabello. El vestido y la delicada ropa interior, de la misma tela y color, no estaban allí.

Mientras se peinaba frente al espejo, pensó que en su furia Paris los había arrojado por la borda. Al mirar sus ojos reflejados en el espejo, tuvo de nuevo la sensación de que ella no se había lanzado al mar a propósito.

De medio perfil, frente al espejo, pudo ver su hombro derecho, que aún le dolía. El moretón era bastante grande y de un color violáceo oscuro. Recordó que, con cualquier golpe, aparecían en su piel grandes moretones y por eso supuso que Paris la había lastimado, involuntariamente, al rescatarla.

Un temblor la sacudió. Era alarmante descubrir que fuera capaz de realizar una acción que su cerebro se rehusaba a recordar. Madame Lilian le explicó, en una ocasión, que los humanos estaban, a veces, a merced de impulsos que ellos no entendían muy bien; eran empujados a cometer acciones que no tenían relación con su comportamiento normal, debido a algún acontecimiento doloroso en sus vidas, que aún no habían podido solucionar.

Brittany sujetó su pelo sobre la nuca, se maquilló un poco, para ocultar su palidez y cinco minutos después subía por la escalera que conducía a la cubierta del Stella Maris. Se encontraba a muchos kilómetros de distancia de aquellas habitaciones en Westminster, donde madame Lilian leía las cartas del Tarot y trataba de rasgar los velos que cubrían el destino de las personas.

Allí, sobre la cubierta, estaba el destino de Brittany en la figura alta y oscura de Paris y se acercó con lentitud a él, mientras la lancha navegaba hacia los acantilados de Dovima. Después de la tormenta, el sol se estaba ocultando, dibujando en el cielo una telaraña de colores rojos y dorados, con destellos morados como el moretón en el hombro de Brittany. Esos acantilados parecían haber sido sacados de una llama petrificada. La salvaje belleza del paisaje, la dejó sin respiración.

La proa del caique rompía la superficie dorada del agua y Paris la miró de reojo, indiferente.

—Estas islas —le dijo—, eran los centros comerciales de los venecianos y también sus bases navales. Durante el día, Dovima se baña con el sol y el mar, como un gran león dorado; es una isla solitaria que siempre me atrajo.

Él ya había usado la palabra solitario alguna vez y Brittany percibió que era una descripción adecuada de Paris, a pesar de los éxitos financieros que le permitían codearse con la gente que disfrutaba de una agradable vida social. Esta isla en el Egeo era su verdadero mundo y no el club de la calle Curzon, o la casa en los campos de Yorkshire, donde Brittany deseaba estar.

El caique rodeó un promontorio en la bahía de la isla y allí ancló. Bajaron un bote para que ella y su esposo pudieran llegar a la playa, resguardada por los poderosos riscos que parecían proteger a la isla.

Un teleférico, a un costado de los riscos, los subió al promontorio donde los esperaba un Range Rover para llevarlos a la mansión. Un sirviente de pelo negro y rizado conducía el vehículo; de vez en cuando, mientras cruzaban el terreno áspero, el hombre lanzaba miradas de curiosidad a Brittany. Así que ésta era la esposa inglesa de su jefe griego, parecía decir su mirada... una chica pálida, acurrucada en un costoso abrigo de visón, como si tuviera frío.

¿En dónde estaba su sonrisa y por qué se sentaba tan lejos de su esposo, cuando debería estar muy cerca de él?

Brittany adivinó las preguntas que bullían en esa cabeza griega. Había visto a un marinero en el caique, que la observaba de la misma manera, casi con hostilidad, mientras servía el champaña a los recién casados, como si esta gente no estuviera de acuerdo con aceptarla como su kyria.

Ella comprendía sus sentimientos, porque estaba tan orgullosa de su origen inglés, como ellos de ser griegos. Naturalmente, ellos hubieran preferido que su jefe se casara con una de sus compatriotas, con el cabello oscuro y la piel morena que formaba parte de la salvaje belleza del paisaje y del mar.

Al tiempo que Brittany pensaba esto, se sentía resentida por la manera como la juzgaban. Deberían verla montando a caballo por el campo, con su cabello flotando al viento, los ojos brillantes, disfrutando del momento y la libertad. En su propio ambiente, ella estaba tan llena de vida y era tan alegre como cualquier griega. Le encantaban los veranos largos e idílicos, cuando el tojo crecía alto en las laderas de los brezales. Salía de la casa al amanecer, para no perder ni un minuto del día, rebosante de juventud y despreocupada, sin percatarse de la febril pasión por el juego, que hacía que su padre dilapidara su herencia y la de Justin.

Se sobresaltó cuando sintió que Paris tomaba su mano.

—En un momento, verás los antiguos muros venecianos que rodean la villa; todavía se conservaban intactos y hubiera sido una lástima derribarlos. Pedhi mou, ¡qué fría está tu mano! Espero que no te hayas resfriado; eso echaría a perder nuestra luna de miel.

Brittany sintió que la miraba y el hecho de que su preocupación estaba en relación con sus propias expectativas de placer, la hizo apretar los dientes. Le era casi imposible soportar lo que ella significaba para él, un objeto de deseo que ya consideraba como suyo, lo mismo que le pertenecían esta isla y la villa que había construido en ella.

De pronto, el Range Rover pasó sobre altos pilares de piedra de donde partían enormes muros empedrados que rodeaban la propiedad.

—Hemos llegado—dijo Paris—. Estamos en casa.

Era él quien llegaba a casa. Brittany sintió la lejanía de todo lo que le era familiar. Ansioso salió del auto tan pronto como éste se detuvo. Oyeron el ladrido de un perro lanudo, con aspecto fiero, que se lanzó hacia Paris, poniéndole las patas en el pecho, mientras su cola se agitaba de un lado a otro.

—Ajax, viejo amigo, yo también te he extrañado —Paris se volvió a Brittany, mostrando su blanca dentadura—. Es un gigante viejo y amable, así que no le tengas miedo.

—Nunca he temido a nada que camine en cuatro patas —contestó y, sin ningún temor, acarició al enorme perro y le permitió olfatear su abrigo de piel, al cual empezó a golpear con el hocico y estuvo a punto de derribarla.

—No seas grosero, o te convierto en alfombra —Paris pasó un brazo, rodeando la cintura de Brittany y señaló la villa—. Tal vez no sea Cathlamet, pero es bastante agradable, ¿no crees?

Ella sonrió forzosamente. Las lámparas en los muros dibujaban misteriosas sombras en las paredes y ventanas de la enorme casa de estilo griego y el aire nocturno olía a pino. Brittany respiró profundo, para calmarse y se sintió mejor.

—Mi kastello —murmuró Paris—. Mi castillo marino, construido sobre las ruinas de un antiguo fuerte veneciano, pero, por dentro, tiene detalles modernos y cómodas camas.

A Brittany le pareció que él enfatizaba estas últimas palabras y aunque se abstuvo de mirarlo, casi adivinó que estaría sonriendo con sarcasmo. Entraron en la casa por la puerta principal, construida de forma que resultaba empotrada en el gran espesor del muro, lo que era una precaución griega contra los temblores. Alfombras de colores alegres adornaban el suelo de piedra color pizarra y en el centro había una enorme roca angular que, según le dijeron a Brittany, era un símbolo de bienvenida.

El pasillo era tan largo que el extremo se perdía en la penumbra, pero en el centro había una estufa en forma de minarete, adornada con hierro forjado y recubierta con losetas de mosaico.

—Esas estufas turcas me fascinan y dan mucho calor en invierno —dijo Paris, pasando su mano por los azulejos.

Brittany miraba a su alrededor, con los ojos muy abiertos. Debajo de las ventanas y las lámparas con vidrios de colores que imitaban joyas, vio una enorme piel que cubría un sofá, tan grande, que se podían sentar en él media docena de personas. De hecho, parecía el sofá de un bárbaro... su corazón dio un vuelco al darse cuenta de que había tendencias orientales en el hombre que construyó y amuebló esta casa de acuerdo con su propio gusto. La dureza de su carácter estaba disfrazada por capas de una personalidad más rica y sensual.

¡Qué diferente a Cathlamet, con la atmósfera sombría que le proporcionaba el roble, dentro de los muros de piedra de York! Brittany quería encontrar defectos en esta casa, en la isla de Dovima, pero sus sentidos la traicionaban. Estaba fascinada con el efecto general de los iconos, enmarcados en plata y colocados sobre una mesa lateral que hacía juego con otras piezas de madera sólida, labrada a mano.

Observó el parpadeo de la luz plateada y el enjoyado de las lámparas, y el reflejo purpúreo que la madera de los muebles proyectaba en las paredes muy blancas, cuyas ventanas estaban empotradas tan profundamente en ellos, que en los antepechos habían colocado cojines, de manera atractiva, enmarcados por lujosas cortinas oscuras.

Seguidos por los sirvientes que llevaban el equipaje, subieron por la escalera; la mano de Brittany se deslizaba sobre el hierro pintado del hermoso barandal. Al final de la escalera Brittany miró hacia abajo al pasillo, observando de nuevo el conjunto con toda su exótica apariencia.

Era una belleza casi bizantina, como si Paris necesitara compensar la fría pobreza de su niñez.

—¿No estás impresionada? —le preguntó con cierta ironía.

—Bueno, tú dijiste que este lugar es tu castillo —respondió—. Es tuyo para decorarlo a tu entero gusto, para que sea un reflejo de tu personalidad. Los hombres del Oriente siempre han guardado sus tesoros dentro de simples muros, ¿no es así?

—Bueno, ¿ahora me comprendes? —ella fijó la mirada en su cara, dándose cuenta de que su color moreno y su ropa conservadora acentuaban todas las diferencias que había entre ellos: origen, cultura... y sexo. Una ola de debilidad la inundó, lo que debió ser muy aparente en su rostro porque de pronto él la tomó en sus brazos y la condujo en ellos el resto del camino hasta la enorme habitación que se ocultaba detrás de las hermosas puertas, dignas de una capilla.

Capítulo 9

ASI que, ya estaba en la villa donde pasaría su luna de miel; esos días románticos de descubrimientos que, a veces, eran de alegría y otros, de desilusión para los recién casados que estuvieran muy enamorados.

Brittany refrescó su piel con colonia y por el espejo del tocador vio la cama enmarcada por un transparente velo de punto, que adornaba las maderas incrustadas con nácar. Una cama turca, le había informado su esposo; una mirada burlona brilló en los ojos de Paris, cuando ella no pudo controlar el impulso de mirar a otro sitio.

—Traída directamente de un harén, supongo —comentó Brittany, desdeñosa.

Quitó el brillo de sus labios con un papel para que no resaltaran mucho en su pálido rostro y fue a descolgar su vestido color verde plateado que despedía destellos, debido a sus bordados de pedrería. Metió los pies en el vestido y lo subió cubriendo su cuerpo y después cerró la cremallera oculta en un costado. Pequeños broches plateados en forma de hojas, recogían su cabello en un moño grueso y suave y, luego de un momento de duda se puso las perlas que había usado el día de su boda... perlas que semejabán lágrimas, pensó, acariciándolas.

Ese collar era todo lo que quedó en su cuerpo, después de que Paris le había quitado la ropa mojada en el Stella Maris y las llevaba esa noche, casi como un gesto de fatalismo.

Aspasia, la doncella, entró en la habitación con la taza de té que Brittany había ordenado. Ella misma había puesto un paquete de té inglés en la maleta, sintiendo que no podía sobrevivir dos semanas sin su bebida favorita. El café le gustaba, pero siempre la dejaba sedienta, y por eso prefería una buena taza de té. Aceptó la taza humeante, expresando su agradecimiento en un murmullo.

Había descubierto que Aspasia hablaba un poco de inglés, así podían charlar, con un poco de dificultad. La joven le había dicho que ella normalmente trabajaba con la madre del kyrios, pero que en las próximas semanas atendería a Brittany.

Era muy atractiva, tenía el cabello oscuro, trenzado y sujeto en lo alto de la cabeza; llevaba un vestido con mangas anchas y un delantal blanco, escarolado.

Allí, en el baño que parecía una gruta de mármol ella entraba y salía mientras Brittany se relajaba en la bañera, y tal vez lo hacía con la intención de ver a la inglesa de piel blanca cuando saliera del agua, cubierta de aromáticas burbujas, color melocotón.

Brittany la había engañado. Le pidió el té, sabiendo perfectamente que, en una casa griega, no sería fácil para el cocinero encontrar un recipiente adecuado para prepararlo. Sonrió mientras bebía el líquido. Como era una persona que trabajaba, estaba acostumbrada a bañarse y vestirse con rapidez, para poder alcanzar el autobús, cada mañana.

Notó que Aspasia la miraba. Su vestido verde plateado, como el resto de su guardarropa, tenía un corte perfecto, en el estilo y color que acentuaban la palidez de Brittany.

Disfrutó de la libertad del baño. Paris le había informado que tenía un sauna propia y una cancha de squash, donde sería bienvenida si deseaba reunirse con él, por las mañanas. Había dado unas palmadas a su vientre plano al hablar, dando a entender que pretendía permanecer así.

—Tiene ropa muy bonita, kyria —Aspasia revisaba el armario empotrado y las telas crujían al mover los vestidos y trajes. Se volvió de nuevo para mirar a Brittany, y sus ojos oscuros se entrecerraron, pensativos.

—Nadie sabía que el kyrios iba a casarse, fue una gran sorpresa para su madre — Aspasia pronunciaba cada palabra en inglés, de forma deliberada, lo que parecía añadir un significado que Brittany no dejó de notar.

—Espero... que la señora Konstantinidis no estuviera muy disgustada —contestó. Aspasia encogió los hombros y se llevó una mano a su cabello trenzado.

—El kyrios es todo lo que tiene. Lloró esa noche, cuando recibió la noticia que traía el caique, que hace viajes constantes para traer las provisiones y la correspondencia.

—¿Ah, sí? —Brittany removió las hojas de té en el fondo de su taza y deseo poder leerlas, como madame Lilian, y encontrar algún mensaje de esperanza en relación con este matrimonio que Paris obligaba a aceptar, tanto a su madre, como a ella.

—Siento mucho que esa noticia le haya causado un disgusto. Me doy cuenta de que debió ser inesperado, pero fue muy gentil conmigo en la iglesia. Tengo la impresión de que es buena mujer.

—Es una mujer muy griega —Aspasia dijo deliberadamente.

—Eso quiere decir que hubiera preferido que su hijo se casara con una griega — observó Brittany, esperando que sus rasgos estuvieran más serenos que sus sentimientos, los cuales la habían mantenido en un estado de gran inquietud todo el día—. Entiendo cómo debe sentirse la señora Konstantinidis. Se enteró de la noticia de manera muy brusca.

Ahora lo sabía y deseaba con fervor no haber juzgado tan rápido a Paris durante su entrevista en el Club Cassandra, cuando el incesante ruido de la lluvia parecía haber alterado sus nervios, tan tensos desde que Justin le informara lo que había estado haciendo en los libros del club, hundiéndose cada vez más en la deuda, al tratar de recuperar lo perdido, hasta que la suma del fraude alcanzó tales dimensiones, que Justin ya no podía seguir alterando las cifras.

Justin estaba tan seguro de que Paris lo haría arrestar. Le pidió a Brittany que hiciera algo, cualquier cosa que detuviera la implacable furia de Paris.

Brittany miró su mano derecha, donde brillaba el anillo de oro; era tan nuevo y tan ancho, como si estuviera destinado a exhibirse.

La voz de Aspasia interrumpió sus pensamientos.

—Sabemos que en Inglaterra las personas se casan sin que la duración del compromiso sea muy prolongada.

—Sí —Brittany miró a la doncella y, de pronto comprendió lo que quería decir... Paris era un griego rico, un hombre muy codiciado como marido para vivir bien, tener mucha ropa bonita, sin mencionar las costosas joyas.

La suposición provocó que un relámpago de ira iluminara sus ojos, que brillaron como esmeraldas; una respuesta con tantas palabras iracundas temblaba en sus labios, cuando se abrieron las altas puertas de la habitación y apareció Paris, alto e imponente con un traje de etiqueta, la camisa reluciendo y acentuando su tez morena.

—Vine por ti para ir a cenar... ah, veo que ya estás vestida y lista.

Sus ojos examinaron a Brittany desde el dorado cabello hasta las puntas plateadas de sus zapatos, asomándose bajo el vestido verde plateado.

—Espléndida —le tendió una mano—. Te pareces a Afrodita, la diosa del mar.

El relámpago de ira había animado a Brittany. Se dio cuenta de ello al cruzar la habitación para reunirse con Paris. La pedrería en su vestido lanzaba destellos, al bajar por la escalera junto a él, sintió un temblor en su cuerpo y piernas.

Sin duda, Aspasia estimaba a madame Konstantinidis y estaba acostumbrada a su compañía, pero Brittany se dijo que no tenía por qué defender su derecho a estar en esta casa. No quería enemistarse con Aspasia, pero tenía que darle a entender que no quería que fuera su doncella personal.

Era verdad que Brittany había crecido en un hogar donde había sirvientes, pero eso era parte del pasado y sólo a Nanny Davis se le había permitido cierta libertad para expresarse.

—Paris —le dijo—, no necesito una doncella. ¿Por qué no le das unas vacaciones a Aspasia, para que vaya a Atenas?

—Eso ofendería a mi madre —la miró con curiosidad, deteniéndose junto a la gran piedra angular en el centro del pasillo, sobre la cual pendía una enorme lámpara que los bañaba con su luz—. Aspasia se quedó para servirte y, como puedo verlo en tu apariencia, lo ha hecho muy bien.

—Yo me vestí sola —dijo Brittany, agriamente—. No necesito una doncella y, además.

Él frunció el entrecejo cuando Brittany se interrumpió, mordiéndose el labio inferior.

—¿Aspasia ha dicho algo fuera de lugar? —preguntó Paris.

—No me gustan las habladurías —Brittany irguió la barbilla, y un relámpago de ira resplandeció en sus ojos—. Tu gente piensa que me he casado contigo por tu dinero.

¡Si supieran la verdad!

—¿Eso es todo? —sugirió burlón—. ¡Qué golpe para mi orgullo! Yo había esperado que la gente pensara que te casaste conmigo por mis encantos.

—Paris, está bien que tú lo tomes en broma, pero a mí no me gusta que me crean una cazafortunas.

—No importa por qué te tomen, pedhaki mou, tu apariencia compensaría cualquier molestia —tomó una de sus manos con la presión justa para que comprendiera que allí acababa la conversación—. Ven,

cuando hayas cenado, te vas a sentir más relajada y darás menos importancia a lo que la gente diga sobre cualquiera de los dos.

—Aspasia me dijo que tu madre tuvo un gran disgusto cuando se enteró de que te ibas a casar conmigo... con una inglesa.

—Sin duda —la condujo al comedor—, pero se mostró amable contigo en la iglesia, ¿no es así? Mi madre es griega, por lo tanto, es fatalista y acepta lo que el destino le depare.

—Lo que ocurre ahora, Paris, es lo que tú mismo provocaste —replicó----. Estoy aquí, porque así lo ordenas, y tú lo sabes muy bien.

—Tal vez —retiró una silla de respaldo alto de la mesa que estaba preparada para dos y la invitó a sentarse. Al obedecerlo, Paris inclinó la cabeza y rozó su perfil con los labios. —Tienes unos pómulos obsesionantes, ¿lo sabes? —su aliento tibio acarició la piel de Brittany; ella trató de permanecer en calma, fijando su mirada en un hermoso ramo de flores, en el centro de la mesa. — ¿No te gusta que te halague? —añadió y se sentó en una silla frente a ella; el arreglo de flores no le impedía mirarla directamente.

—Me parece que tú consideras que debes hacerlo —replicó, con voz baja y distante—

. Creo que tienes mucha práctica en el arte de conquistar a las mujeres.

—¡Ah! ¿Es eso lo que estoy haciendo, Brittany? Creí estarme portando como cualquier hombre lo haría en su luna de miel.

Sintió que el rubor le recorría la piel, haciendo resplandecer sus mejillas, pero eso no se reflejaba en su interior. No pudo evitar mirar a Paris; no había duda de que poseía esa cualidad indefinida llamada presencia. Dominaba el arte del mundo sofisticado. Nadie podría reconocer en él al niño miserable del que otros chicos se habían burlado, y al que incluso le habían arrojado piedras. Brittany trató de pensar en ese chico delgado, de cabello oscuro y ojos tristes. Esta noche, era el hombre el que estaba sentado allí, mirándola con ojos posesivos.

—Mañana —dijo—, te enseñaré Dovima. Los venecianos dejaron sus huellas en todas estas islas, eran cruzados y piratas, comerciantes e invasores. Se puede decir que el León de San Marcos dejó sus huellas durante casi trescientos años en las islas griegas. En todos nosotros hay rastros de razas olvidadas, si te pones a pensar en eso, un momento.

Durante la cena, Paris habló sin cesar y Brittany lo escuchaba con interés. Se dio cuenta de que era un hombre que había leído mucho, alimentando su astuta mente con sabiduría. Conocía la historia de York y todos los rincones de la bella catedral adonde, a veces, fue a escuchar la misa de la tarde, lo que también Brittany había hecho en muchas ocasiones.

El vino servido en la cena tenía un color rojo oscuro. Su efecto hizo que Brittany se sintiera más relajada. Reconocía que Paris lograba capturar su imaginación, aunque no podía comprender el motivo. Cuando terminaron el postre, un delicioso helado de café, servido con nueces tostadas, fueron a tomar el café al salón dorado y blanco que Brittany no pudo dejar de admirar. El suelo estaba cubierto con una alfombra con delicadas flores y en el techo, había candiles de cristal en forma de flores y frágiles ramas. Los muebles eran de madera dorada, en tono claro, los sillones tapizados con terciopelo marrón y ricas cortinas de color marfil, revestían las ventanas por las cuales penetraba un aroma muy familiar para Brittany.

Respiró profundo y se sintió transportada a Cathlamet, donde muchas nicosianas crecían bajo las ventanas del salón, impregnándolo con su aroma cuando las noches eran templadas y las ventanas permanecían abiertas.

—No puede ser —murmuró—. ¿Las nicosianas crecen en Grecia?

—Ahora sí —replicó Paris—. Mandé traer algunas del jardín de Cathlamet y las plantamos aquí, en tierra griega, detrás de esos árboles cercanos a las ventanas, para que el sol no quemara las raíces. Parece que resultó, ¿no?

Brittany lo miró asombrada.

—¡Es sorprendente!

—¿Sorprendente? —arqueó una ceja—. ¿Me crees tan duro y con tan poca imaginación?

—Pues das esa impresión —se sentó casi de espaldas a él. Su nariz aspiraba ese aroma que le recordaba Inglaterra, su perfil, que parecía un camafeo, se proyectaba en el respaldo alado del sillón.

—¿También doy esa impresión esta noche? —preguntó. Tenía las largas piernas estiradas sobre la alfombra de lana gruesa, con diseño de flores de distintos colores y formas; era una obra maestra del sutil arte oriental.

Brittany rehusó mirarle, aunque podía sentir los ojos de Paris demandando su atención.

—Es parte de tu personalidad... no serías Paris Konstantinidis si permitieras que tu corazón dominara tu cabeza.

—Así que, por fin admites que tengo corazón.

—¿No lo tenemos todos? —hizo un esfuerzo por dar un tono frío y desapasionado a su voz; quería conservar la apariencia de la mujer de hielo que siempre había mantenido alejados a los amigos de su hermano, esos jóvenes alocados que iban a Cathlamet, sin dejar huellas en su corazón. Prefería montar en su caballo favorito y cabalgar sola por el campo. No, esos jóvenes no la inquietaban... a diferencia del griego alto y moreno que la había convertido en su propiedad, en esa iglesia dorada, donde humeaba el incienso y las llamas de las velas resplandecían en los iconos de plata.

El exótico ritual de su matrimonio, todavía estaba adherido a sus sentidos; ni siquiera el aroma de las flores de nicosiana lo había podido disipar... esas flores que echaron raíces en esta isla griega, donde ella se sentía aislada, a pesar de las personas que trabajaban en la propiedad. Para ellos, su hermosa palidez era extraña y ajena... ella era la mujer de hielo que debía derretirse en los brazos morenos y la piel ardiente de su kyrio.

De pronto Brittany se dio cuenta de que Paris había cruzado la habitación y estaba de pie detrás de su silla. Tenía la agilidad silenciosa y casi invisible de los felinos; probablemente la adquirió en su niñez, cuando corría con las cabras por los montes y se acurrucaba junto a ellas para compartir su calor, bajo las estrellas.

Se puso tensa cuando él acariciaba su cuello y tocó las perlas con los dedos.

—Me alegro de que las lleves puestas esta noche —se inclinó sobre ella y su aliento hizo flotar su cabello—. Me recuerdan tu belleza, esta mañana, en la iglesia, ¿te sientes como una mujer casada, moiya?

El pulso en su cuello latió con rapidez bajo la presión de sus manos... la presión posesiva de un marido.

—No hagas eso —sin poder controlar su pánico, Brittany se puso de pie de un salto y apartándose de él, como si fuera un animal el que la amenazara. Las pupilas de sus ojos estaban dilatadas, llenas de esa sombra amenazante que proyectaba Paris.

—¿Me estás diciendo que no me acerque a ti? —habló con un tono de decepción y permaneció allí, callado, desilusionado, con la mirada fija en un rostro tan pálido como las perlas que rodeaban su cuello—. Vamos, Brittany, ¿no te parece que es pedir demasiado a un recién casado?

—Tú sabes lo que siento por ti —no quería suplicar, ni humillarse, así que hizo lo único que podía y eso era huir, cruzando las puertas que permanecían abiertas para dejar entrar la brisa de la noche, bañada de luna y el fuerte aroma de las flores de nicosiana. Atravesó de prisa la terraza de piedra, elevando la falda larga del vestido al bajar los escalones que conducían al jardín. No tenía posibilidad de escapar, pero, por lo menos, le podía demostrar que no quería estar cerca de él. Si tenía algo de orgullo, entonces tal vez no la forzaría a aceptar su presencia.

Sin conocer el jardín, no sabía a dónde se dirigía y de pronto se encontró en una especie de patio, donde las pálidas sombras de estatuas rotas se dibujaban entre los árboles. Parecía como si estuviera en un jardín poblado de fantasmas y en otras circunstancias, tal vez habría estado fascinada.

Se detuvo un momento frente a la estatua de un hombre, casi sin rostro, y eso permitió que Paris la alcanzara; lanzó un grito ahogado cuando sus manos se posaron en sus hombros y la hizo girar para enfrentarlo. Los rayos de luna iluminaban su cabello, pero hacían palidecer aún más su piel; allí permaneció atrapada en sus manos, esperando que ejerciera sus derechos conyugales en ese sitio, entre las frías figuras de piedra.

Sus dedos la apretaron como si leyera el temor en sus ojos.

—¿Me odias tanto? —preguntó—. Soy griego y no tengo la intención de pasar mi noche de bodas en una cama solitaria. Cuando un hombre se casa, sus noches de soledad se terminan y aquí, a la luz de la luna, tus ojos son un libro que yo leo y tus labios un pozo de agua del cual quiero beber. Ven, pedhaki mou, ven a mis brazos y seamos una sola persona. Olvídate de todo y sólo sé mi mujer.

Olvidar... ¿cómo podría olvidar algún día que la había comprado, que era su dueño, que era parte de sus posesiones, igual que esta isla y Cathlamet, cobijada entre sus muros de piedra en una campiña hermosa y salvaje?

Un suspiro surgió en su garganta, convirtiéndose en un grito ahogado cuando Paris la tomó en sus brazos, para cruzar el jardín y subir por la escalera; no era un hombre de piedra como esas figuras, sino un ser humano, sensual, tibio y determinado.

Sentía la necesidad de luchar contra él, pero era demasiado fuerte y decidió que la mejor defensa, sería permanecer pasiva. Un hombre tan

apasionado querría una pareja que respondiera a sus caricias, no una mujer que lo aceptara con indiferencia.

Llegaron a la habitación y allí la depositó en el suelo. Una rápida mirada mostró a Brittany que las sábanas habían sido desdobladas, las lámparas sobre las mesas de noche iluminaban suavemente la alcoba y su camisón y bata, con bordados árabes, estaban dispuestos sobre el lecho.

Brittany sentía los violentos latidos de su corazón. Advirtió que, por primera vez desde que llegó a la pubertad, no tendría y no volvería a tener intimidad en su dormitorio. Paris tenía el derecho de entrar y salir a su antojo. Podía mirarla desvestirse, si quería hacerlo. Podía entrar al cuarto de baño mientras se bañaba... era la persona con la que tendría más intimidad... era Paris, su marido.

Quedaron frente a frente, mirándose en silencio, totalmente solos después de las emociones del día de su boda. Brittany no se dio cuenta de que sus ojos parecían suplicantes y que, en el temblor de sus labios, se formaban silenciosas palabras, pidiendo la clemencia que él no iba a concederle. Era un verdadero griego, de la cabeza a los pies, para quien una esposa era carne de su carne.

—Sé que te sientes muy tímida frente a mí —Paris rompió el silencio con su profunda voz, señaló una puerta que comunicaba con otra habitación—. Te voy a dejar un momento, para que te prepares para ir a la cama. No te duermas, Brittany, porque te despertaré.

Sin moverse observó cómo él se dirigía hacia la puerta arqueada, empotrada en el muro como todas las puertas de esta casa; cuando la abrió, Brittany pudo ver una habitación de paredes blancas, muy sobria, con un sofá bajo cubierto con una manta negra y blanca y con alfombras viejas sobre el suelo de madera. Luego se cerró la puerta, detrás de él; Brittany se quedó sola, las palabras flotaban en el aire que aspiró con desesperación.

Miró a su alrededor, como buscando alguna manera de escapar de él; pero ésta era una casa en una isla, había un inmenso mar, cubierto por la noche, bordada de estrellas, entre ella y tierra firme.

No podía hacer nada, sólo aceptar que era una recién casada en su noche de bodas.

Sintió que una gran inquietud recorría su cuerpo. Era una chica que había protegido sus sentimientos, que nunca se permitió esos manoseos y

locuras, que daban a otras chicas más seguridad frente a sus maridos, en la primera ocasión.

Al ritmo de los latidos tempestuosos de su corazón, se preparó para acostarse. La bata de noche, con bordados árabes, tenía un sinfín de botones por la parte frontal. Brittany los sujetó, deliberadamente, con dedos temblorosos; uno por uno, hasta que se sintió encerrada en el encaje, bordado. Luego fue al espejo y se observó... una extranjera esbelta envuelta en encajes, la luz de las lamparitas del tocador brilló sobre su pelo, convirtiendo sus ojos en estanques de esmeraldas.

Que suceda lo que debe suceder, pensó, manteniendo su cuerpo muy quieto y erguido. Paris volvió a la habitación... una figura alta, envuelta en ropa de color negro, la bata entreabierta que dejaba ver su fuerte pecho, cubierto con vello rizado y negro.

Al acercarse, sus ojos miraban la cara de Brittany. Indiscutiblemente, tenía una gracia felina. Brittany sabía que él no percibía ni su miedo ni su inseguridad, que no sabía nada de su ignorancia en cuanto a las delicias de la sensualidad.

Bajo la luz de las lámparas, ella tenía una pureza casi hechizante, su piel y cabello parecían fundirse con el encaje, la mirada en sus ojos era la de una novicia a punto de enfrentar los misterios más ocultos de la vida.

—¡Qué hermosa eres!

Durante un momento de sorpresa, ella creyó oír una nota de ternura en su voz... pero pronto se disipó cuando comenzó a desabotonar la bata con manos firmes y precisas, empezando por arriba; su mirada estaba fija en la de ella, mientras sus dedos se movían lentamente hacia abajo hasta que llegó al sitio donde su corazón latía apresuradamente.

—Estas prendas te sientan muy bien —murmuró—, pero quiero admirar tu blanca piel. Quiero tocarte, Brittany. Quiero tu suave sedosidad en mis brazos, derretirte en su calor, mi niña, aunque me odies por la mañana, aunque me veas como un degenerado y no como un amante.

Cuando llegó al nivel de sus caderas, la derribó sobre la cama, inmovilizándola con una pierna mientras que, con rapidez, acabó de desabotonar la bata por completo.

Se quedó tendida allí, envuelta en el delicado encaje del camisón y de pronto, Paris se inclinó sobre ella y atrapó con sus labios la tibia y sedosa piel de su cuello

—¿Me vas a obligar a tomarte? —preguntó agitado—. ¿Es así como quieres pasar nuestra noche de bodas?

Lo miró a los ojos, que eran tan penetrantes en el rostro tostado por el sol. Sintió sus manos resbalando sobre la tersura de seda de su cuerpo, por debajo de la envoltura de encaje que era su única defensa.

Con una especie de desesperación trató de no sentir nada. Volvió la cara a un lado, hundiendo los dientes en su labio inferior cuando sintió que le quitaba el camisón y después él se despojó de su bata. Percibió el calor de su piel tibia sobre la de ella, sus labios acariciando las partes sensibles de sus senos. Le dolía la garganta y desesperada, ahogó un gemido de placer que quería escapar.

Brittany no se imaginaba que su propio cuerpo pudiera traicionarla de esta manera, haciéndola desear las manos y la boca tibia y sensual que la acariciaban. Sentía su cuerpo arder. La mano de él rozaba, ligeramente la suave curva de su vientre y la yema de un dedo tocaba el ombligo, haciéndola enloquecer.

Quería odiar lo que le hacía y despreciarse por sentir la dulce y agobiante necesidad de abandonarse al cuerpo y a la voluntad de Paris.

Sus ojos la contemplaron con ardor. No había apagado las lámparas, así que ella pudo ver la pasión y el placer en su cara, mientras la acariciaba hasta hacer que cada fibra de su ser se encendiera con la llama del deseo. Ella creía... esperaba que, al permanecer pasiva en sus brazos podría aparecer indiferente a su posesión, pero él conocía muy bien su sensibilidad y la obligaba a cruzar el límite entre el control y el desenfreno.

La mantuvo cautiva... cautiva de sus ojos y sus manos, durante un momento largo y sensual y después posó su boca tibia sobre la suya ahogando así un gemido involuntario que nacía en lo más profundo de la garganta de Brittany. Ella tuvo una revelación increíble: “Nunca volveré a ser yo misma... Paris se ha apoderado de mí”.

Él la invadía... la lastimaba. Trató de apartarlo lejos de sí.

—Quieta, no hagas eso —suspiró, agitado y atrapándola en la tibia fuerza de sus manos, logró de ella el abandono que había buscado desde el principio del acto de amor.

Permaneció tendida entre sus brazos, sintiendo su increíble fuerza viril. Sus oídos escuchaban palabras en griego y en inglés, sus curvas se arquearon buscando los músculos de él y los dedos se hundieron,

enredándose entre sus rizos negros. No había nada más en el mundo excepto la unión tumultuosa y ardiente de sus cuerpos.

Paris no se durmió hasta el amanecer, que se asomó suave y fresco a través de las ventanas. Un fuerte brazo y una larga pierna se cruzaban sobre el esbelto cuerpo que abrazaba.

Brittany yacía, lánguida, escuchando la respiración de Paris, sintiendo los pequeños movimientos que hacía en su sueño. Se atrevió a tocar su piel tibia, tenía curiosidad por aquel cuerpo bronceado y atlético que la había sometido y, al final llevado a la cima del placer y la excitación. Un placer más grande que el dolor inicial de la posesión. Su cuerpo joven y flexible fue despertado por él de tal manera, que un extraño y agradable calor se encendió en el centro de su ser, a pesar de que había permanecido virgen, de muchas formas, hasta ese momento.

Su mente aún había estado vacía de las imágenes de hombres con mujeres y, sólo fugazmente había pensado en cómo la gente podía lograr ese abandono en el amor que compartían. Le parecía más bien, una manera poco digna de expresar afecto y llegó a la conclusión de que las mujeres se sometían, con pasividad, a los deseos de sus maridos, sin compartir la sensualidad que no toma en consideración ni la dignidad ni el pudor, sino una salvaje grandeza... como el mar tempestuoso... como una tormenta... como algo muy primitivo e indómito.

Brittany sabía que Paris la había disfrutado desde lo más profundo de su naturaleza griega y, al hacerlo, de una inocente joven, la había convertido en su mujer. Con cuidado, deslizó sus dedos de su pecho sintiendo latir su corazón bajo el sensual vello oscuro. Un estremecimiento de emoción recorrió su cuerpo, haciéndola sentir un extraño vacío en su vientre. Paris era dueño de sí mismo y, durante toda la noche, lo había sido de ella. Durmiendo parecía muy distante, aunque sus tibios cuerpos se tocaban, los párpados cerrados escondían el fuego que se había encendido y ardió en sus ojos. Paris le enseñó esa noche, que las pasiones del cuerpo no eran nada de lo que debía estar avergonzada y, al final, sin vergüenza ni inhibiciones, ni el triste recuerdo del motivo de su matrimonio, habían impedido que Brittany se entregara a él sin reservas.

Una suave sonrisa se dibujó en sus labios, antes de dormirse, con el fuerte brazo que la rodeaba, atándola a él. Ahora era la propiedad de Paris Konstantinidis y, lo que le pertenecía, él lo tornaba y lo conservaba, con la

tenacidad de un hombre acostumbrado a usar el ingenio y los músculos para construir su vida sobre las rocas de pasada pobreza.

Brittany, la del cabello rubio, casi plateado, con una boca bellamente delineada y un esbelto cuerpo alabastrino, pertenecía al único hombre en el mundo al que trató de evitar y él la atraía hacia sí, como si el sueño fuera algo peligroso... como si, mientras durmiera ella pudiera escapar de su posesión.

Capítulo 10

Brittany se despertó mucho tiempo después, encontrando a Aspasia junto a su cama. Tenía en las manos una bandeja de comida y miraba a Brittany con atención; sus ojos se encontraron en el momento en que la chica se desperezaba.

Apartando el revuelto cabello de su frente, Brittany se sentó, ruborizándose al descubrir la mirada de la griega. Sabía que existía una antigua tradición en todos los matrimonios griegos y esperó, fervientemente, que no se llevara a cabo... aunque había muchas probabilidades de que la madre de Paris le hubiera pedido secretamente a Aspasia, que se asegurara de que la esposa de su hijo era virgen.

—La kyria durmió bien —murmuró Aspasia, más como una afirmación que una respuesta.

—Si —Brittany miró el reloj sobre la mesa de noche y no pudo reprimir una exclamación cuando vio la hora. Eran las tres de la tarde. El ardiente sol griego estaba atenuado por las persianas de la ventana, un abanico grande de techo giraba sus aspas en el centro de la habitación, refrescando el ambiente—. ¡Por Dios!, ¿es posible que hayan pasado tantas horas?

—No lo dude —Aspasia no sonrió al hablar—. Le he traído la comida a la kyria, porque la hora del desayuno pasó hace mucho tiempo. ¿Comerá en la cama, madame?

—No, tengo que bañarme —Brittany retiró las mantas olvidando que no tenía puesto su camión de encaje, desde hacía varias horas. Un suave rubor cubrió su rostro al sentir la mirada inquisitiva de los ojos oscuros de la doncella.

Pasó rápido junto a Aspasia y entró en el cuarto de baño, diciéndole que comería en el balcón.

Cuando estuvo en la ducha, recordó cada momento de la noche anterior. Con una sensualidad de la que nunca se creyó capaz, enjuagó la espuma perfumada que cubría su cuerpo, recordando cómo Paris había

acariciado con los labios cada curva, cada cavidad y cada parte abultada de sus formas.

Sintió un extraño cosquilleo en la parte baja del vientre y sus párpados se entrecerraron por el peso de estos sensuales pensamientos. No podía negar el placer que había tenido en esos brazos fuertes y posesivos. Paris era todo un hombre y la había llevado en un viaje erótico de una emoción increíble.

Y ocurriría de nuevo, pensó, mientras se pasaba la toalla por la piel. Una y otra vez, yacería en sus brazos y se amarían con pasión.

Y ella querría su pasión... se regocijaría en sus labios, que pronunciarían palabras ardientes en griego; mirando sus ojos con las pupilas dilatadas en el espejo de la pared, Brittany se preguntó si él se habría abierto paso hasta su corazón.

Era algo que no podía saber... algo en lo que casi no se atrevía a pensar, hasta dentro de un rato, cuando lo volviera a ver. El amor era un misterio muy grande, una emoción extraña y avasalladora. Ella había leído que el apasionamiento podía confundirse a veces con el amor, que el cuerpo podía dominar la mente.

Ayer, en la iglesia griega, se había sentido como una extraña en el altar, rodeada por los invitados. En el Stella Maris, la desesperación la afectó tanto, física y mentalmente, que había caído al mar desde el caique.

Despacio, situó frente al espejo las perfectas formas de su cuerpo y vio de nuevo el moretón en su hombro que Paris creía haberle hecho en el agua, cuando se lanzó para salvarla.

Parecía la única posibilidad y, sin embargo, Brittany nunca había pensado que Paris fuera un monstruo, tan sólo una poderosa fuerza que amenazaba su libertad e independencia. Ella no llegaría al extremo de ahogarse para escapar de él. Esa clase de tontería no era parte de su naturaleza, pero la lucha en el mar Egeo había ocurrido. Ella estuvo hundida en el agua, tratando de alcanzar la superficie, sintiéndose muy asustada.

Él le dijo que olvidara y anoche, de manera concluyente, logró hacer que enterrara en su mente ese triste acontecimiento.

Brittany se percató, con un estremecimiento causado por la sorpresa, de que, simplemente, la había hecho... feliz. Todavía sentía el calor de su cuerpo, su piel estaba encendida y su cabello brillaba, mientras que, en lo profundo de sus ojos, había una chispa de alegría.

Sintió como si nunca hubiese habido un ayer, como si nada hubiera existido hasta la noche anterior. Ciñéndose el cinturón de su bata, regresó a la habitación, donde las persianas estaban abiertas dejando libre la salida al balcón; sobre una mesa protegida por una gran sombrilla con rayas, esperaba su comida.

Fue hasta el barandal de hierro forjado del balcón, que estaba caliente por el sol. Nunca había sentido un sol tan cálido, que hacía brillar el mar con el intenso color azul de los zafiros. Esto era Dovima, lejos de todo lo que había sido su vida hasta entonces, cuando no imaginaba que le faltaba algo esencial, fascinante e increíble.

Ese día ella era consciente de todo, tan llena de vida como nunca. Se deleitó con este sentimiento, cada sorbo de café le parecía delicioso y lo mismo cada bocado de su comida.

Cuando trataba de decidir cuál de las frutas comería, contemplando las uvas de color violáceo y los melocotones jugosos, o bien unas nectarinas maduras, se dio cuenta de que una de estas últimas, grande y rosada, estaba cortada por la mitad. Al levantarla, las mitades se abrieron y, en el centro, en lugar de un hueso grande, se encontraba un objeto envuelto con papel de aluminio que ella se apresuró a desenvolver.

Brittany contuvo el aliento al descubrir un rubí en forma de corazón que sostuvo de la delicada cadena de oro, observando cómo relumbraba bajo el sol, con un fulgor rojo como la sangre.

—Espero que te guste —murmuró una voz.

Se volvió enseguida para ver a Paris, de pie en la puerta del balcón, con su piel del color de la madera de teca, envuelto en unos pantalones blancos de algodón y una playera.

—Es maravilloso —la respiración parecía obstruir su garganta cuando él se acercó. Era el mismo hombre de siempre, y ella pareció exactamente igual que antes, pero, después de la noche anterior, todo había cambiado; este nuevo aspecto se leía en los ojos sonrientes y satisfechos de Paris.

—Dormiste como un bebé, ¿no? —se inclinó sobre ella y con un movimiento involuntario, Brittany levantó los labios para encontrar los de él, y al tiempo que la besaba la puso de pie, apretándola con fuerza contra sí —. ¿Te encuentras bien? — murmuró mientras que su mano acariciaba el cabello platinado y sus ojos recorrían la cara de Brittany.

Sabía a lo que se refería y se sonrojó. La sonrisa de los ojos de Paris se hizo más brillante al contemplar el hermoso rostro y con las yemas de los

dedos, tocó la sedosa y sonrosada piel

—¿Así que te gusta tu collar?

Ella asintió.

—Eres un hombre que está lleno de sorpresas, Paris.

—Piensa que es la sangre de mi corazón —murmuró y, tomando el collar de sus dedos, lo colocó alrededor de su cuello para que el rubí se posara, resaltando su hermoso color en la blanca piel—. Siempre te consideraré bella —dijo Paris con una voz más grave que antes—, pero ahora, moiya, tienes un calor que me excita y me atrae. Creo que nuestra noche de bodas fue muy agradable para ambos, ¿no te parece?

Brittany acarició el rubí y lo miró a los ojos con timidez, completamente consciente de que ningún hombre la llegaría a conocer como Paris. En una ocasión, le preguntó a madame Lilian si los hombres y las mujeres podían haberse conocido en vidas anteriores. Ahora, en este momento, Brittany sentía como si ella y Paris hubieran estado así, juntos bajo el sol en tiempos muy remotos. Percibía su presencia como si las células de su piel fueran las suyas... como si su corazón latiera al mismo ritmo que el de ella.

—Ayer tenías temores y resentimientos —dijo—. ¿Han desaparecido por completo?

—Casi —respondió sin mentir—. Siempre lamentaré que Justin te haya robado dinero, eso no puedo evitarlo.

—Eres joven, orgullosa y romántica — gesticuló, extendiendo las manos, significativamente —, es comprensible. Ahora, háblame de tus amores.

—Siempre... tendré miedo.

—¿Miedo, Brittany?

—Miedo de que pienses —sus dedos apretaron el rubí—, cuando estemos haciendo el amor, que te estoy pagando.

Paris lanzó un juramento; la atrajo con fuerza, levantándola en sus brazos y así se dirigió al dormitorio. La llevó a la cama donde se habían eclipsado los recuerdos tristes; sentían de nuevo la necesidad de encontrar placer y olvidar el dolor.

Las ardientes emociones los abasaron de nuevo, al unir sus labios; Paris la depositó con lentitud en el lecho, que había vuelto a arreglar, con sábanas limpias.

—¡Ah!, el dulce fuego de estos ojos —Paris tomó su cara entre las manos y buscó sus ojos durante un momento, en el que ni si quiera respiraron. Ella lo miraba con expresión soñadora, sus labios entreabiertos esperaban sus besos aun cuando murmuró:

—No debemos... ¡no a esta hora del día!

—Esta es la hora de la siesta, mi pequeña costumbrista —rio suavemente—. Sólo un tonto desperdiciaría este tiempo que es un regalo de Dios, nunca dos personas como nosotros.

—¿Por qué dices eso, Paris? —yacía sumisa, inmóvil mientras él soltaba el cinturón que ceñía su bata y apartaba la seda que cubría su cuerpo, despacio, como si estuviera anticipando el clímax del placer.

—Nosotros, moiya, hemos esperado mucho tiempo para estar juntos.

—¡Oh! —sus ojos se mostraron arrepentidos mientras lo observaba quitarse la playera, revelando su rostro bronceado y el delgado cinto de piel de sus pantalones—. No me vas a perdonar fácilmente el primer rechazo, ¿verdad, Paris?

Él movió la cabeza, negando. Su figura parecía labrada en madera oscura, fuerte y poderosa y tenía un temperamento decidido que confirmaba esta impresión.

—Desperdiciaste un tiempo precioso para nosotros, mi niña, hasta que ese inútil hermano tuyo te obligó a recurrir a mí —se inclinó hacia ella y deslizó la mano desde la garganta hasta las caderas—. No te perdonaré todas las siestas que pudimos haber pasado juntos, como lo vamos a hacer ahora.

—¿Qué pasa si regresa la doncella? —aunque las palabras quisieran negar su propia excitación, su cuerpo estaba reaccionando a las sensuales caricias. Su poder la estaba dominando y ella no podía resistirlo. Y, como si fuera un precioso objeto por el que había pagado mucho dinero, la contempló, disfrutando lo que veía, mientras sus manos sentían la textura de su piel, posando su boca sobre las curvas suaves de su boca, admirando el brillo de sus dientes, las espesas pestañas que daban un misterio sensual a sus ojos, los intensos destellos que la luz robaba a su cabello, las profundas sombras que se proyectaban en su piel en los sitios donde sus formas se convertían en provocativas curvas.

Ella yacía bajo el arco del pecho y sus hombros; su rostro tenía un cautivador atractivo, parecía que, con Paris, siempre era la primera vez que se hacían el amor.

—Tienes una boca incitante —movió sensualmente sus labios sobre los de ella—. Tienes el cuerpo de una joven, pero eres una mujer. Eres mía y no importa lo que suceda, Brittany, siempre lo serás... aunque me odies.

—¿Odiarte? —sus brazos se cerraron alrededor de su cuello, ella podía sentir el calor y la emoción expectante de su varonil cuerpo pegado al de ella—. Nunca lo podría hacer, Paris.

—Eso dices, moiya, pero todo es posible cuando se trata de nosotros dos —diciendo esto la poseyó y el tiempo se detuvo en el universo. Estaban solos, juntos y Brittany sintió como si tuviera entre sus brazos la fuerza de la vida.

El éxtasis fue mayor que antes, porque su cuerpo ya no ignoraba las maravillosas sensaciones que podía sentir. Y Paris tenía un deseo tan pasional y sabía llevarla tan bien, de una sensación a otra, que el placer parecía romperse en una cascada que bañaba las partes ocultas y más profundas de su ser.

El sol se ponía cuando culminó su gozo y los rayos rojos y dorados entraban por el balcón; Paris parecía una figura de bronce junto a su blancura, la cara descansando sobre el cabello rubio y revuelto.

—Hueles al trigo que ha recibido el sol desde la aurora hasta el ocaso —murmuró—. Tú eres el campo de doradas sorpresas, pedhaki mou.

—¿Por qué te sorprende, Paris? —los rosados pezones descansaban sobre el vello tibio de su pecho y entrelazaba sus piernas con las de él. Sentía un sensual relajamiento que le pareció exquisito y un gozo primitivo, al descubrir su propio cuerpo; estar así, junto al calor de su amante, era la experiencia más profunda que ella podría conocer jamás.

—Eres tan apasionada como cualquier griega —le contestó.

—¿Es un cumplido, Paris, o una confesión? —dijo, provocativa, pero al mismo tiempo, sintió curiosidad por las mujeres que había conocido y junto a las cuales había yacido después de compartir el placer físico—. ¿Has tenido muchas mujeres en tu vida?

—No siempre estuve casado —se burló—, y mi madre no trajo al mundo un hijo que sintiera inclinación por el celibato. Había mujeres que me gustaban y a las que admiraba, hasta que te vi, moiya; entonces sentí que podía renunciar a mi libertad.

—Es extraño —murmuró—, pero me disgustaba pensar que estaría atada a un hombre. Cuando cabalgaba por el campo, rodeada de colores bronce y morado, viendo una chispa en los arroyos, como armadura

brillante, no quería nunca pertenecer a algo o a alguien que me robara mi espíritu libre; incluso, prefería montar a pelo para que mi caballo pudiera sentirse tan libre como yo.

—Como te dije, pedhaki mou, tú me hiciste creer que nunca podría poseerte totalmente—se incorporó y estudió su cara a la luz rojiza que inundaba la habitación—. ¿Te diste cuenta de que te entregaste a mí, por completo?

Ella sonrió, mirándolo a los ojos y tendió una mano hacia él, presionándola contra su áspera mejilla.

—Estar aquí, contigo, es como cabalgar libre por el campo; hay algo en ti de esa calidad indómita, Paris, algo del misterio de sus rocas, que cautiva ese espíritu. Dime, Paris, ¿cuándo regresamos a Cathlamet?

Un silencio siguió a sus palabras; después, Paris se apartó de ella, poniéndose de pie, su alta figura recortada contra la luz del ocaso. Un extraño dolor invadió el corazón de Brittany.

—¿Qué pasa, Paris? —se sentó y trató de leer su expresión, con los ojos muy abiertos, pero el atractivo rostro estaba cubierto por las sombras que se arrastraban por la habitación, disipando el tibio fuego del sol que se hundía en el mar.

—¿Paris?

—Estamos aquí, en Dovima, para disfrutar de nuestra luna de miel —contestó con tono sombrío—. ¿No puedes olvidar a Cathlamet, ni siquiera por un momento?

—Sí, si no me pides que lo olvide por completo —se arrodilló en la cama con actitud casi suplicante—. No me pidas que saque a Cathlamet de mi corazón. Yo esperaba que viviríamos allí.

—Ya veremos —se dio la vuelta al decir esto, recogió su ropa y entró en la habitación contigua. Al cerrarse la puerta, Brittany se puso la bata y se dirigió descalza hacia el balcón cuyo barandal de hierro y la cantera se enfriaban al desaparecer el calor del sol.

Se apoyó en el barandal y escuchó el distante arrullo del mar. Arriba, las estrellas tapizaban el cielo de color púrpura, y el aire estaba perfumado con el olor de los pinos que proliferaban en la isla.

Si Paris así lo quería, ella aceptaría vivir parte del tiempo en su querida Grecia.

Su madre vivía aquí y era comprensible que él quisiera estar a su lado.

Lo que Brittany no podía soportar, era pensar que nunca estarían en Cathlamet, cuya elegante y antigua imagen siempre la acompañaba. No sólo amaba sus piedras, color de miel, sino que cada rincón y rendija estaban grabados en su memoria. Su dormitorio, las paredes cubiertas con un papel tapiz con dibujos de pájaros, ramas y hojas delicadamente pintadas. Había una cama enorme con un dosel sostenido por postes de madera tallada, la tela del cual hacía juego con el tapiz de la pared, y la cabecera estaba forrada con seda de color azul claro, del mismo tono que la sobrecama.

Dos bellos tapetes persas, antiguos, cubrían el suelo de madera clara; había una mesa de noche, donde guardaba sus libros y una vitrina donde se exhibían abiertos los abanicos de seda y encaje que coleccionaba.

La galería estaba llena de esculturas talladas, representando campos de trigo, palomas y pétalos de flores, todos con hermosos detalles. Los adornos de las puertas también eran delicadas tallas de madera y la cúpula de mágicos colores del invernadero, conducía a la pequeña sala de estar.

Frente a la casa, había una gran área de césped y torrentes de luz entraban por las ventanas, empotradas en los muros, reflejando una multitud de imágenes y colores en el suelo.

¡Qué bien recordaba el precioso suelo, los bancos de madera de roble del pasillo y el tapiz de los sillones! ¡Qué calor daban las grandes chimeneas de mármol negro de Irlanda, donde quemaban los grandes leños que crujían en el fuego! ¡Cuánto amaba esa silueta extravagante y romántica de frontones y torrecillas curvas! Su habitación favorita era la del pavo real, llamada así por la pintura de un lustroso pavo real en el techo, con sus hermosas plumas azules.

Brittany amaba a Cathlamet, y Paris amaba a Grecia; su instinto le advertía que la armonía de sus cuerpos no encontraría eco en los deseos de sus corazones. Nada cambiaría el hecho de que él era griego y ella inglesa, y que ambos tenían un temperamento tan intenso como sus pasiones.

Brittany no se había dado cuenta de la magnitud de sus propias pasiones, hasta que se casó con Paris y aunque el solo pensamiento de estar en sus brazos, hacía que se le debilitaran las piernas, estaba decidida a luchar contra él si le negaba el placer de vivir, de vez en cuando, en Cathlamet.

Siendo griego, era natural que él fuera parte dominante del matrimonio y Brittany no tenía intención alguna de ser otra cosa que su mujer, pero en ella, era inevitable sentir la atracción de la antigua mansión

de piedra en York, donde muchas generaciones de la familia St. Cyr habían pasado sus vidas y, ahora que ella se había casado con Paris, podía volver a ver la casa.

Una brisa fresca se levantó del mar y jugueteaba con su cabello, mientras ella permanecía en el balcón, perdida en sus pensamientos. Primero, trataría de convencerlo por medio de halagos, pero si él permanecía inflexible en su decisión de vivir en Grecia, ella también le mostraría su temperamento. Él la había comparado con una griega que, con seguridad, tenía el mismo temperamento que los varones y si eso tampoco resultaba, entonces rompería a llorar.

Brittany sonrió... en realidad había algo de divertido y dramático en el matrimonio; no importaba que el hombre fuera fuerte y exigente, él siempre estaba a merced de la delicada fragilidad de su mujer. Era algo que el hombre no podía dejar de tomar en cuenta cuando apresaba a la mujer entre sus brazos. Se percataba de su delicadeza y de la facilidad con que podía provocar moretones en su piel suave, y de la sensibilidad de sus emociones.

Río y regresó a la habitación, donde hizo la cama de nuevo, con cuidado y sacudió las almohadas. Pronto vendría Aspasia para prepararle el baño y a sacar el vestido para la cena. Había algo en esa mujer que le causaba una rara sensación.

No le simpatizaba a la griega, y a Brittany no le gustaba que Aspasia se enterara de sus cosas íntimas con Paris. Era como tener una espía en su habitación, porque Brittany estaba convencida de que Aspasia observaba cada movimiento, para informar de la luna de miel a madame Konstantinidis.

Brittany miró la cama, mejor arreglada que antes, y se dijo que una cosa era segura, Aspasia no podría informar a la madre de Paris que su esposa lo rechazaba. Era bastante evidente que su hijo estaba recibiendo una intensa y apasionada respuesta afectiva de la esposa inglesa, lo cual tal vez la preocupaba. Ella conocía a su hijo mejor que cualquiera, y quería para él una esposa que aceptara, con gusto, todo el poder de la pasión de Paris, la necesidad de mitigar las antiguas heridas y los rechazos sufridos en su niñez.

Brittany arregló la sobrecama, para que estuviera perfectamente centrada y, conteniendo la respiración, recordó el delirio de felicidad que había sentido en los poderosos brazos de su esposo, transportada por ellos a

las palpitantes alturas del placer, casi enloquecida por sus caricias, por los besos sensuales que la hacían lanzar gemidos y apretarse contra su cuerpo musculoso.

Perdida en esos recuerdos se tendió en la cama recién arreglada y envolvió con los brazos su cuerpo, cuyos centros de placer todavía ardían. El corazón latió de prisa y todo parecía girar al pensar en los secretos íntimos que había compartido con Paris. Las yemas de sus dedos todavía se estremecían por haber estado en contacto con él y podía sentir sus pezones erguidos y expectantes bajo la seda de su bata.

¡Oh, Dios! se sentía flotar en el aire con el deseo que hizo aparecer lágrimas en sus ojos. Paris la poseía aun cuando estaba lejos de ella. La imagen sombría del griego llenaba su mente, igual que sus besos y caricias flotaban sobre su piel; de repente, estaba llorando por la intensa alegría que el cuerpo duro y fuerte había dejado dentro de ella.

—¿Está triste la kyria?

Brittany miró sorprendida los penetrantes ojos de Aspasia, mientras algunas lágrimas todavía le rodaban por sus mejillas.

—¡Oh, no!

—La kyria llora, así que debe sentirse triste.

—De ninguna manera, no me siento triste —Brittany se puso de pie, notando que los ojos de Aspasia recorrían la cama.

—La kyria no debió haberse molestado en arreglar la cama —la mirada de Aspasia era oscura y alerta—. Es mi trabajo hacerlo.

—Tu tarea es no tomarte tantas libertades —de pronto, el recelo que sentía por esa mujer, hizo que Brittany perdiera el control—. Por favor, prepárame el baño, usa aroma de pino. Y dime, ¿te encargó madame Konstantinidis que me vigilaras constantemente para informarle de todos mis movimientos?

Pero Aspasia era astuta y de inmediato fingió inocencia.

—No entiendo nada cuando la kyria habla tan rápido en inglés.

—Me entiendes muy bien; por favor, prepara el baño.

—Ne, madame.

Aspasia fue al baño y Brittany se dirigió al armario para elegir el vestido que usaría esa noche para cenar con Paris. ¡Esa odiosa espía no iba a hacer la elección, o su furia sería incontrolable! El vestido era de gasa de seda, con mangas ajustadas. Escogió unos zapatos plateados... los mismos

que usó la noche anterior, cuando huyó de París por el jardín de figuras de piedra.

Había pasado tan poco tiempo y, sin embargo, parecía un recuerdo lejano. ¿De verdad había sentido tanto miedo de él? Sonrió, al tiempo que se recogía el cabello para que no se soltara durante el baño y se mojara; luego, esperó a que Aspasia saliera del baño y, de manera casual, le pidió una jarra de té.

—Dile al cocinero que no ponga cuchara grande de té para preparar la jarra —dijo, altiva—, dos cucharaditas son suficientes y la jarra debe estar llena hasta la mitad con agua hirviendo, ¿entendiste?

—Ne, madame —Aspasia salió de la habitación, cortésmente, pero Brittany notó su resentimiento. A ella le gustaba husmear en los secretos de su señora y con seguridad no le agradaba que Brittany frustrara sus intentos. Si, como Brittany sospechaba, estaba espiando para madame Konstantinidis, entonces sería mejor decírselo a Paris. Él, menos que ella, querría que le dijeran a su madre cosas desagradables de su esposa.

Brittany entró en el baño con aroma de pino que dejó su piel sonrosada y fresca. Volvió a la habitación, cubierta con una bata, a tiempo para descubrir que Aspasia se llevaba el vestido de gasa de seda hacia el armario.

—¿Qué haces? —preguntó.

Aspasia se volvió para mirarla; sus ojos eran desafiantes.

—La kyria tiene vestidos muy hermosos, de alta costura, que le compró el amo para que se los pusiera para complacerlo. Las mujeres griegas sólo viven para complacer a su marido.

—¡Tonterías! —Brittany se acercó a la doncella y tendió una mano para recuperar el vestido—. Todavía no me acostumbro al clima de Grecia y deseo estar fresca, así que, por favor, devuélveme ese vestido, o llamo al kyrios y le pido que te despida en este instante.

—El kyrios no me despedirá porque estoy al servicio de su madre —Aspasia parpadeó, mirando a Brittany vestida con la bata que había ceñido con descuido a su cintura y con el cabello todavía sujeto con broches en lo alto de la cabeza—. Los ingleses no comprenden la lealtad de los griegos.

—Entiendo perfectamente la unión entre mi esposo y su madre —respondió Brittany, sintiendo que sus nervios se ponían tensos—, pero no creas, ni por un momento, que antepondría los deseos de su madre a los míos.

—¿Sólo por eso? —Aspasia señaló la cama con gesto de desdén—. ¿Usted cree que es la primera mujer en la vida del kyrios?

—Soy la primera esposa en su vida —Brittany tendió la mano para tomar el vestido y en ese instante, Aspasia tiró de él, bruscamente, para arrancarlo de los dedos de Brittany, pero la tela se rasgó, separando la fina gasa de la seda.

Por un instante Aspasia pareció asustada y luego, desafiante, le arrojó el vestido dañado a Brittany.

—Usted lo hizo, madame. No me puede culpar a mí.

Brittany se quedó sosteniendo el vestido, mientras Aspasia salía apresuradamente de la habitación. Un momento después, Paris entró por la puerta entreabierta.

—¿Has discutido con la doncella? —preguntó—. Pasó a mi lado llorando y mascullando algo sobre un vestido roto y que tú la culpabas a ella. Ah, ¿es esa la prenda de que hablaba?

Cruzó el dormitorio con grandes pasos y miró a Brittany, inquisitivo. Ella estaba furiosa al ver que Aspasia la había obligado a perder el control. Encontró los ojos de Paris interrogantes y un poco divertidos y decidió que no echaría a perder ese estado de ánimo.

—Parece que no logro agradarle a la doncella de tu madre —se forzó a decir con naturalidad—. Quería que me pusiera uno de esos vestidos de gala y discutimos un poco. Me estoy dando cuenta de que los griegos son muy testarudos.

—Creo que mi madre deja que Aspasia haga su voluntad —Paris tomó el vestido roto y lo examinó—. ¡Qué lástima!, es un vestido bonito. Sin embargo, tienes otros y creo que podemos encontrar a alguien en la isla para que arregle éste.

Brittany se dio cuenta de que la situación le parecía a Paris algo muy frívolo y, una vez más, decidió que no era el momento de comunicarle sus sospechas, diciendo que Aspasia la espiaba deliberadamente y la hacía sentir como una extranjera entrometida.

Mientras se dirigía a elegir otro vestido, Paris se sentó en uno de los sillones; era obvio que iba a ser su público mientras se vestía. Una sonrisa tembló en sus labios al sacar un vestido de satén, color humo, con cuello alto y líneas rectas y suaves. Estaba desnuda bajo la bata y se preguntó cuánta hambre tendría Paris, si pretendía observarla a través de esas pestañas largas y oscuras, mientras se ponía la ropa interior.

Sombrío y distinguido, vestido con traje de etiqueta y una camisa blanca, Paris observaba absorto y en silencio que Brittany deslizaba un refajo de seda desde la cabeza, por las curvas de su cuerpo; controlando su timidez, metió las piernas en las bragas de seda que hacían juego con la saya.

—¿Estás disfrutando de este espectáculo donde actúa una sola mujer? —murmuró, mientras se dirigía al espejo para soltar su cabello y peinarlo. Podía verlo en el espejo, su boca se cerraba en una suave sonrisa.

—Es mi privilegio —dijo con algo de arrogancia—. Eres mía, de la cabeza a los pies,

¿no es cierto?

—¡Qué hombre tan posesivo eres, Paris! —sujetó el cabello, a la izquierda, con un broche nacarado, mientras que el lado derecho, lo dejó caer libremente sobre la mejilla. Con mano ágil, maquilló su cara, se pintó los labios de rosa y roció su piel con perfume.

Paris todavía la observaba con aquella expresión alerta y relajada cuando ella cubrió sus piernas, largas y bien torneadas con medias transparentes y se calzó los zapatos plateados. Cuando trató de alcanzar su vestido de satén color humo, él se puso de pie y con movimientos ágiles y rápidos, se situó detrás de ella, asiendo entre sus manos las caderas cubiertas de seda, mientras sus labios buscaban su cuello. Ella quedó desarmada, como siempre, al sentir el contacto de sus manos.

—Te he hecho mía por completo —dijo; Brittany sintió su aliento rozando la piel perfumada—. Si te alejaras miles de kilómetros de mí... si te fueras al otro lado del mundo, allí me pertenecerías.

—¿Por qué habría de querer dejarte? —ella sintió que su cuerpo se estremecía como respuesta a las caricias de sus labios—. Estoy feliz aquí.

—Ten cuidado con ciertas palabras, Brittany; los griegos no desafiamos al destino, proclamando con voz alta nuestra alegría. Yo, personalmente, vivo según las enseñanzas de Apolo, de que el hombre debe vivir como si sólo tuviera un día más para disfrutar la luz del sol.

—Fatalistas —dijo, provocativa—. Eres tan civilizado en ciertas cosas, Paris, y tan primitivo en otras.

—Tu despiertas lo que hay de primitivo en mí y gozas haciéndolo, ¿no?

“Sí”, respondió su corazón. Se extasiaba, de manera increíble, cuando Paris la acariciaba, aunque sabía que sería muy peligroso desatar su furia.

—En este momento, tengo un hambre feroz —repuso Brittany—, así que, demoraré mi deleite hasta que hayamos comido.

Él rio, con voz profunda, besó su cuello y apartó las manos de su cuerpo.

—¿Quieres que sea tu sirviente y te ponga el vestido?

Ella asintió y experimentó la ternura que había en él mientras le ponía el vestido color humo, una delicada capa de tela que acentuaba el color de sus ojos. A la altura de su garganta, donde quedó el cuello del escote, brillaba el rubí en forma de corazón, pendiendo de su cadena de oro.

—Esos ojos tan bellos —tomó su cara entre las manos—, como agua de luna.

—Mi esposo, el poeta primitivo —le sonrió—. Me pregunto si de verdad eres Apolo.

Él movió la cabeza negando, sus ojos se empequeñecían, poco a poco, hasta darle un aspecto fiero y peligroso.

—El Apolo del sol era griego, y yo tengo sangre turca en mis venas. Hay sombras de guerrero y de amo en mis sentimientos por ti y tú lo sabes, ¿no es así, Brittany?

—Sí —su corazón latió rápido, como lo hace cuando llega a la cúspide de la felicidad o del temor—. Lo supe en el momento que nos conocimos y, al final, estoy aquí, contigo, Paris. Te saliste con la tuya y estoy casada contigo.

—Los ingleses siempre han sido valientes —sonrió y se alejaron tomados del brazo, hacia el comedor.

Capítulo 11

CENARON en el saloni, decorado en blanco y dorado y la comida era griega. El primer platillo fue dolmathes, unos rollos deliciosos de carne molida, arroz y hierbas, envueltas en hojas de parra muy suaves. El vino era griego y fuerte, y daba más sabor a la comida.

—¿Te gusta? —Paris observaba a Brittany mientras comía; las llamas de las velas se reflejaban en sus ojos, al mirarla desde el lado contrario de la mesa redonda, colocada en un ángulo del salón. Las ventanas estaban abiertas para dejar entrar el aire fresco y cargado de aromas.

—Sí... ¡estoy tan hambrienta! Debe ser el aire de la isla.

—El aire entre otras cosas —sus ojos tenían un brillo provocativo; alzó la copa y saboreó el vino—. ¿Sabías que las islas griegas están rodeadas por un círculo de rocas hundidas en el mar, que crean un anillo plateado cuando lo ves desde el aire?

—¿Es por eso por lo que te gustan las islas, Paris, porque, de cierta forma, simbolizan tu propia personalidad?

—¿Crees que tengo rocas en lo profundo de mi alma, Brittany?

—Sé que las tienes —asintió sin rodeos—. Nunca cometeré el error de pensar que se puede navegar sin peligro, en lo que se refiere a ti, Paris. Serías un hombre menos fascinante si no tuvieras un fondo profundo cubierto de rocas. Tú saliste de las rocas que forjaron tu vida, para convertirte en un hombre duro, ¿no es así?

—Y tú me admiras por eso, pedhi mou.

—La mayoría de las mujeres admiran la fuerza, el valor y la disciplina que acompaña los logros —le sonrió mirándolo a los ojos sobre el borde de su copa de vino—. También eres rudo, por supuesto, pero eso lo perdono.

—¡Qué magnánima eres, querida! Pero, ¿qué pasaría si tengo que ser rudo contigo?

—¿A qué te refieres, Paris? —sintió que los latidos de su corazón se hacían más rápidos y vio la silueta de Cathlamet, interponiéndose entre ellos. Pronto... muy pronto, tendrían que discutir el lugar que tendría en sus vidas, pero no iba a arruinar la cena abordando el tema en ese momento. Había suficiente tiempo y no quería romper la armonía que nació en esa tarde de amor.

—A lo más obvio moiya. Yo soy griego y tú inglesa e inevitablemente, tiramos en direcciones opuestas. En algunos asuntos cederé a lo que tú quieras, porque me atraes tanto físicamente, que disfruto accediendo a tus deseos.

—A mí me concederás victorias pequeñas, pero las grandes las reservas para ti, ¿es eso lo que me quieres decir?

—Pretendo ser el amo en mi propia casa —dijo, asintiendo—. ¿Me aceptarías de otra manera, Brittany? ¿Seguirías admirando mi fuerza de carácter si me convirtiera en un hombre débil, dominado por una mujer empeñada en hacerlo todo como ella sugiere?

—Nunca podría dominarte —Brittany ríe al pensarlo, porque la sola apariencia de Paris descartaba cualquier esperanza... Si es que alguna vez había tenido una. Sus rasgos denotaban poder y el trabajo duro desde temprana edad había dado fuerza y resistencia a su cuerpo. El estar físicamente cerca de él, no había borrado el extraño temor que le inspiraba.

El conocimiento de su poderoso cuerpo no le daba acceso a su mente y todavía de muchas formas, seguía siendo el extraño de una tierra lejana que se había apoderado de su vida, igual que de Cathlamet. La diferencia más grande, es que él parecía indiferente a la casa, lo cual suponía, era muy natural, porque ¿quién esperaba que un griego encontrara interesante una vieja mansión de piedra, en los campos de Yorkshire?

La cena continuó con un delicioso cordero asado y una selección de verduras con una salsa exquisita. Sirvieron entonces un vino más generoso y Brittany pensó, que al final de la velada, estaría bastante mareada.

Al dejar la copa de vino sobre la mesa, vio que Paris fruncía el entrecejo.

—¿No te gusta el vino? —le preguntó.

—Es un poco fuerte —sonrió—. No bebo mucho y el vino se me sube muy pronto a la cabeza.

—Si no puedes subir sola a tu alcoba, yo te llevaré en mis brazos. Vamos, toma tu copa y bebe conmigo.

—Paris, ¿estás tratando de embriagarme?

—Quiero que te sientas libre de todo. Estamos en nuestra luna de miel y debemos saborear cada momento; no debe existir ninguna sombra que oscurezca los momentos que pasamos juntos, así como no hay partícula alguna que enturbie la claridad de este vino, que ha sido destilado de las uvas silvestres de Dovima.

—Muy bien —Brittany bebió de la copa—, ¿cómo puedo rehusarme cuando recurres a tu carisma griego?

—¿Así que sabes que esa es una palabra griega?

—Consulté el diccionario y supe que venía del griego y que significa “poder sobrenatural y talento”. Tú tienes esas cualidades, ¿no es verdad, Paris?

—¿Eso crees? —sonrió evasivo—. Vas a tener que aprender mi idioma, Brittany, porque sus raíces están muy relacionadas con el inglés. Hay un excelente maestro de idiomas en Atenas, con quien yo aprendí tu idioma y creo que sería bueno que tomaras lecciones con él. ¿Te gustaría?

—Paris —bebió un largo trago del vino, porque necesitaba adquirir valor—, ¿quieres decir que, cuando nos vayamos de Dovima, vamos a vivir en Atenas?

—Tengo un apartamento muy grande allí por lo que me parece natural que así sea — cortó con cuidado un dorado trozo de carne—. ¿Tienes alguna objeción a mi plan?

—Yo esperaba... —respiró profundo—. Yo soñaba que tendríamos nuestro hogar en Cathlamet... por lo menos, durante una parte del año. ¿No podríamos hacerlo?

Él comía despacio, vacilando en contestar su pregunta.

—Paris, por favor, dime que sí —sus ojos estaban fijos en él, en el hombre que la había tenido en sus brazos aquella tarde y que no podía ser tan cruel para decirle que vivir en Cathlamet era un sueño imposible que debería borrar de su mente.

—Sugiero que lo discutamos con el café —dijo—. Primero vamos a disfrutar nuestro postre, ¿te parece?

—Es que no me agrada tu decisión sobre Cathlamet —Brittany trató de hablar con serenidad, pero su voz tembló. Casi no se atrevía a enfrentar lo que iba a ocurrir en unos momentos más. La actitud de Paris era una advertencia de que toda la armonía que habían disfrutado juntos iba a

convertirse en discordia cuando hablaran de Cathlamet. ¿Qué haría, cómo iba a reaccionar si él le decía que había decidido vender la casa?

Sirvieron el postre y, aunque era un apetitoso flan de frutas calientes y aromáticas, cubierto con crema fría, Brittany había perdido el apetito. Notó que Paris la observaba y se obligó a comer una pequeña parte del dulce.

Él no le llamó la atención ni habló hasta que entraron en la sala, donde les sirvieron el café. Paris permaneció de pie, sosteniendo la taza y el platito en una mano. Ella era muy consciente del carácter resuelto que sugería su alta figura, proyectada en la pared blanca, bajo el techo azul de donde pendía una enorme lámpara en forma de campana. La alfombra circular era de astracán; en el antepecho de la amplia ventana, había jarrones de barro negro con incrustaciones de blancas figuras griegas.

Desde un lugar en el exterior, llegaban los acordes de una melodía griega que resonaba en el viento de la noche; inseparables notas de alegría y tristeza que hacían que la música fuera lo más cautivador que Brittany había oído jamás.

Parecían decirle que, en la vida con un griego, era imposible llegar a un acuerdo; era como en Arcadia, donde acechaban las sombras que producían alegría y sufrimiento al mismo tiempo.

Apartó su taza de café y pasó, con gesto nervioso los dedos entre su cabello que, como un velo de seda, ocultaban de él la mitad de su rostro. Estaba reuniendo valor para hablar; buscaba palabras que no los condujeran a una discusión, cuando él rompió el silencio con su voz grave y pausada, desarmándola.

—He estado tratando de encontrar una manera adecuada para describir tu cabello, moiya, y se me ocurrió que... es como el destello plateado del ala de un halcón en vuelo.

A través de las ventanas, podía oír la música como el latido de un corazón metálico y los pinos se llenaron de vida con el canto de las cigarras. Brittany encogió las piernas; allí en el sofá, su vestido parecía flotar como el humo, envolviendo su perfecto cuerpo. Sus ojos, muy abiertos, examinaron la habitación: la alfombra de color marfil, las lámparas con base de mármol blanco y los muebles de madera, labrados a mano. Su mirada se posó finalmente en un nicho en el que descansaba un icono de marfil, con la cabeza rodeada por un halo de oro.

Sus nervios se pusieron muy tensos cuando oyó el chasquido del encendedor y una nube de humo de tabaco flotó hasta ella.

—Dime lo que piensas, Brittany —ordenó—. Ya hemos bebido el calé y prometí una respuesta a tu pregunta sobre Cathlamet.

Sin dejar de mirar el icono, Brittany le preguntó de nuevo si podían pasar parte del año en Cathlamet.

—Temo que eso es imposible.

Su respuesta la dejó pasmada; parecía tan cruel y sin corazón. Sus ojos lanzaron relámpagos al mirarlo a la cara; se sentía lastimada y perpleja; los rasgos de él parecían de bronce a través de las volutas de humo; hacían juego con su corazón duro, se dijo, desesperada.

—Tú no temes nada —replicó, cortante—. Las personas necesitan un corazón para sentir algo y ya que tú estás cubierto, hasta el cuello por una armadura, ¿no te importa lastimarme así!

Herida en lo más profundo, se arrodilló en el sofá y suplicó, con las manos extendidas hacia él.

—¿Por qué te disgusta tanto la idea de pasar algunos meses allá? Tú sabes cuánto quiero a Cathlamet. Se me rompió el corazón cuando supe que mi padre ya no lo podía mantener. ¿Por qué, Paris? ¿Por qué no lo vendiste de inmediato si no pensabas vivir allí? ¿Sólo lo conservaste como una carta que ocultabas en tu manga... como un truco para lograr que me casara contigo? ¿Es eso todo lo que Cathlamet significaba para ti?

Él siguió fumando en silencio durante unos momentos, la mirada fija en su angustiado rostro enmarcado por el cabello dorado. Entonces, de súbito, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre. En un instante llegó al sofá, deteniéndose y se lo entregó.

—Es mejor que leas esto.

Las manos de Brittany estaban tranquilas cuando tomó el sobre y miró el interior. Sacó lo que parecía un mensaje de télex y lo abrió. Estaba escrito en griego, pero reconoció una palabra que pronunció con voz alta.

—Cathlamet.

Su mirada se dirigió rápidamente a la cara oculta en volutas de humo que se cernía sobre ella, con expresión sombría.

—¿Qué dice, Paris? ¿Qué dice el mensaje?

—Antes que te lo diga, Brittany, sugiero que te sirvas una copa de brandy —con el cigarrillo atrapado entre los labios, Paris fue hacia una mesa lateral. Lo único que se oyó fue el ruido que hicieron las copas al chocar, cuando servía el licor en ambas; ese fue el único indicio de que estaba nervioso por lo que debía traducir.

Brittany tomó la copa con la mano izquierda, apretando con temor el mensaje entre los dedos de la derecha.

—Dímelo —dijo con ansiedad. Los huesos de su cara se podían ver muy definidos, había pequeñas sombras bajo sus pómulos.

Paris bajó los ojos para mirarla y no hizo ningún intento para quitarle el mensaje.

—Conozco las palabras de memoria —contestó—. Dice que Cathlamet fue devastado por un incendio y que quedó muy poco de la casa.

Oyó las palabras, sufrió al oírlas, pero no tenían sentido. Cathlamet había sido parte de su existencia desde el día en que nació. En invierno y en verano, en cualquier estación, se erguía fuerte e indestructible en el campo, dominando la aldea de Wychley, donde la carretera hacía una curva para tomar la dirección de Belt of Oaks, la vieja taberna situada entre las casas con fachadas de piedra, todas unidas, pero sus techos inclinados quedaban a diferentes alturas. Estaban hechos con pizarra de la piedra local, dura y brillante que resistía tan bien el clima. Algunos muros eran de piedra y el contraste era pintoresco.

La carretera misma estaba hecha con piedras lisas y planas y el pavimento era un angosto carril. Había una antigua iglesia de piedra oscura, rodeada de tiendas que habían sido construidas en sus muros empedrados y la singular taberna con sus paredes blancas, cubiertas de enredaderas y rosas, las ventanas con prominentes montajes y las cadenas negras que sujetaban a los pilares que adornaban el frente.

Tantas veces había pasado por allí, caminando, al ponerse el sol, cruzando los prados de Hedda, frente a la antigua fábrica de tejidos, con sus ventanas de vidrio en forma de diamantes y los muros revestidos de madera. Las maravillas crecían en el jardín y cada verano había cortado algunas flores para llevarlas a casa, porque el jardinero de Cathlamet se rehusaba a permitir que creciesen en sus elegantes y bien cuidados parques.

—No —movió la cabeza negativamente, no pudiendo creerlo—. ¿Cómo pudo quemarse Cathlamet?

Paris se sentó a su lado, apagando el cigarrillo en un cenicero.

—Vamos, toma el brandy, moiya, te ayudará a sentirte un poco mejor.

Pero sus pensamientos se encontraban muy lejos de Paris en ese momento. Recorría de nuevo la casa donde había pasado sus primeros años. ¿Acaso ahora eran cenizas esas maderas de roble fuerte, al igual que las ventanas de batientes y los vitrales que retrataban a los legendarios soldados

y amantes que llevaron el nombre St. Cyr? ¿Cómo podían haber desaparecido el trabajo de marquetería y las antiguas bancas con marcos de roble? No podía creer que esas puertas altas, decoradas con pinturas, no se abrirían más para dar paso a las lujosas habitaciones, cuyas ventanas estaban cubiertas con brocados color marfil y que tenían sillones de piel, de alto respaldo que invitaban a sentarse.

—No puede ser cierto —sus ojos imploraban una negación, pero en vez de ello, él puso su propia copa de licor sobre sus labios, ordenándole con los ojos que bebiera.

Ella obedeció atragantándose un poco con la bebida que hubiera entibiado las manos de Paris.

—La casa está destruida por dentro —dijo, enfrentando su mirada—. De acuerdo con lo que me informaron, sólo quedan algunas paredes en pie... paredes exteriores.

Brittany se estremeció.

—¡Como monumentos conmemorativos de piedra!

—Temo que sí, Brittany —una vez más la instó a que bebiera el licor, tuvo que hacer un esfuerzo para pasarlo por el nudo que se estaba formando en su garganta.

—¿Cuándo sucedió, Paris? ¿Cómo ocurrió?

Le explicó que creían que algunos materiales de decoración como pinturas y telas mojadas de aceite, habían originado el fuego cuando alguien dejó un cigarrillo encendido en la habitación donde estaban guardados.

—La compañía de seguros descubrirá con exactitud la causa del incendio —Paris apuró con brusquedad el brandy, sus dedos sujetaban con fuerza el tallo de la copa.

Poco a poco Brittany iba asimilando la noticia; seguía estudiando el mensaje, sus ojos estaban fijos en la única palabra que entendía... el nombre de la casa que un pintor descuidado había convertido en ruinas. Se estremeció con dolor al aparecer en su mente la imagen de su hogar en llamas.

—¿Cuándo recibiste... esto? —miró a Paris con tristeza—. ¿Lo traje el barco con tu correspondencia?

Él pareció dudar un momento y después apretó la mandíbula de tal forma, que parecía de hierro.

—Lo recibí en mi hotel, el día de nuestra boda.

Brittany escuchó sus palabras, luego fue entendiendo su significado y, de pronto, pareció como si una chispa encendiera el fuego que llevaba latente dentro de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste? Tenía el derecho de saberlo.

—Estaba preocupado.

— ¿Qué te preocupaba, Paris? —clavó su mirada en la cara de él—. ¿Creíste que hubiera rehusado casarme contigo?

—Existía esa posibilidad —confesó—. Soy consciente de que Cathlamet era una de las razones por las que te casaste conmigo.

—Me alegra que te des cuenta de ello —en ese momento, Brittany necesitaba un objeto para desahogar el dolor de su pérdida, la furia y desesperación al imaginar a Cathlamet como una ruina ennegrecida por el humo, en lugar de un bello edificio que sobresalía en el paisaje y que había estado allí en el campo, durante siglos.

El dolor que sentía era mucho mayor que la indignación que experimentó al enterarse de que la casa era propiedad de Paris. Entonces, era un desconocido, pero ahora, él era la persona más cercana a ella y no había tenido la confianza suficiente, el día de su boda, para compartir con ella la tragedia de Cathlamet.

Habían permanecido uno junto al otro, frente al altar de la iglesia griega y estaba segura de que, durante toda la ceremonia el mensaje estuvo oculto en el bolsillo de su traje.

—Sí —dijo con voz muy fría—; ya no habría existido ninguna razón para casarme contigo, Paris. Mi hermano estaba fuera de tu alcance y tú sabías que, si me hubieras enseñado el telegrama, con seguridad no me habría casado contigo. Eso cambiaría todos tus planes, ¿no es así? Tu madre y tus amigos no podrían comprender por qué tu prometida inglesa estaba tan afectada por la destrucción de una casa que tenía siglos de antigüedad.

—Ya basta, Brittany —trató de tocarla, pero, en un arranque de rabia, ella retiró su mano con violencia.

—Todo lo que te importaba era tu orgullo griego, ¡tú gran sentido de philotemo! Tu dignidad, mantener la cabeza en alto, respetar tu propio honor... eso es lo que te importa, ¿no es cierto, Paris?

—Sí, importan —estuvo de acuerdo—, pero no vi lo que se ganaría echando a perder el día para todos. Sabía muy bien que la casa significaba mucho para ti, pero al final, todos debemos crecer, Brittany, y ya era tiempo de que te convirtieras en mi esposa, de que vivieras tu vida unida a la mía y,

aunque es trágico que Cathlamet desapareciera, devorado por las llamas, también sentí, de una manera muy clara, que el destino lo había ordenado así.

Brittany lo miró fijamente. Sus palabras habían encendido aún más la furia que ardía en ella y el humo de esta ira salía por sus ojos brillantes.

—¡Espero que no la hicieran quemar a propósito! —le gritó.

Él contuvo la respiración y los nudillos de su mano palidecieron al apretar con fuerza el cristal cortado de la copa que todavía sostenía. El silencio se rompió cuando la copa se desprendió de repente de la base que él apretaba. Soltó el tallo roto y cayó a la alfombra.

—¿Cómo te atreves a decirme eso?

Por un momento, Brittany se sintió asustada por su expresión de furia, pero trató de no acobardarse frente a él.

—¿Me puedes culpar por pensarlo? —preguntó, desafiante—. Hubiera sido una forma de obligarme a permanecer en Grecia.

—El incendio que destruyó a Cathlamet no fue deliberado —sus cejas daban una apariencia amenazante a su rostro—. Estaba decorando la casa porque pretendía que la disfrutáramos cuando me fuera posible pasar algún tiempo en Inglaterra. Creí que sabrías que la mayor parte de mis negocios estaba aquí, en mi país. Nunca existió la alternativa de que Cathlamet fuera nuestro hogar permanente, pero habría sido nuestro hogar durante las vacaciones y esa es la verdad.

Su sentido de justicia advirtió a Brittany que lo que oía, era la verdad, pero eso no alivió en nada lo que sentía, ni disminuyó su ira por la injusticia de haberla mantenido ignorante de lo ocurrido durante todo este tiempo.

—No tenías derecho a ocultármelo —le espetó; él se había sentado muy cerca de ella en el sofá, así que se puso de pie y se alejó—. Allí nací, Paris, crecí en Cathlamet y amaba cada rincón y cada grieta de la casa, por dentro y por fuera. ¡Cómo se habrán asustado los aldeanos al contemplar el incendio! ¡Oh, Dios, ¡casi no me atrevo a pensar en ello!

Escondió la cara entre las manos. Paris se puso de pie y se acercó a ella, pero, por el momento, no intentó tocarla.

—Tal vez me equivoqué al no decírtelo, Brittany, pero con sinceridad te digo que tenía mis razones. Los griegos tenemos un refrán que dice: “Hay cosas tan peligrosas que no se deben siquiera mencionar”. Y en eso pensé aquella mañana en la que debíamos unirnos como marido y mujer.

Suspiró profundamente, como un hombre que se preparaba para enfrentar un nuevo peligro.

—Cuando recibí la noticia aquella mañana, sentí que era un presagio y tenía que ignorarlo. Era algo demasiado peligroso para mencionarlo y tuve que esperar hasta que considerara que podía hacerlo sin peligro.

—¿Sin peligro? —Brittany levantó la cara y se obligó a mirarlo—. ¿Qué quieres decir con eso, Paris? ¿Cuándo me tuvieras aquí, en tu isla y después de haberte asegurado de mí en la cama?

—Oh, Brittany, no debes hablar así de esto —casi gimió al pronunciar su nombre.

—¿De nuestra nuit d'amour? —preguntó con cinismo—. No creo que la destrucción de Cathlamet cruzara por tu mente, ni por un segundo, esa noche. Habías logrado tu meta una vez más y a eso está dedicada tu vida, ¿no es así, Paris? Sin importar las consecuencias, te vas a vengar de todos los desaires que sufriste en tu infancia. Seguirás demostrando a los demás, que lograste salir vencedor de la pobreza y que, al hacerlo, tomaste por esposa a la hija de un hombre que tú ayudaste a caer en la ruina.

—¡Demonios, eso no es verdad! —la tiró con visible ira, de pronto parecía un hombre que estaba a punto de perder el control de sus emociones—. Tu padre era un jugador insaciable, dispuesto a destruirse no sólo a sí mismo, sino a todos aquellos a que debió haber protegido a pesar de sus desenfrenos. Tenía muchas deudas acumuladas en el Club Cassandra y cuando rehusé seguir dándole crédito, se fue a otro sitio hasta que no había una piedra, un ladrillo o una teja de Cathlamet que no hubiese perdido en el juego. Yo adquirí las escrituras de la persona que las tenía y el día que tú y yo nos conocimos en Cathlamet, posiblemente fue el día fatal.

Paris hizo una pausa y metió los dedos entre su cabello una y otra vez, hasta ponerlo en desorden.

—Sí, moiya, te vi por primera vez. Estabas en el corral cerca de la casa entrenando un caballo joven. Lo sujetabas con una cuerda larga... Era un potro de pelo oscuro y lo hacías caminar en amplios círculos, alrededor de tu figura blanca y esbelta. No te diste cuenta de mi presencia en ese momento, porque estabas absorta en lo que hacías. Entré en tu casa para devolver las escrituras de Cathlamet, pero tu padre había estado bebiendo y me di cuenta de que tu hogar volvería a caer en manos del propietario de algún otro casino. Ah, sí, soy propietario de un club, Brittany, pero tengo mis normas, aunque no lo creas. Y es verdad que cuando nos encontramos

en el pasillo de Cathlamet, yo era el dueño de la casa y no tu padre. Desde ese momento, te sostuve yo, pero no porque encontrara satisfacción dando órdenes a un caballero inglés que estaba caído. Despreciaba su falta de carácter, mas no disfrutaba viendo su deterioro y estaba decidido a que tu vida no se arruinara por su causa.

—¡Qué galante, Paris!

Se miraron de nuevo... y volvían a hacerlo en una casa cuyo dueño también era él. Brittany sintió que una ola de tristeza y confusión la envolvía... no había quedado nada que pudiera reclamar como suyo... ahora reconocía lo que era, lo que siempre fue, la esposa que Paris había comprado.

El desaliento puede terminar en lágrimas o puede originar la necesidad de expresarse con violencia.

Miró a Paris, y su expresión parecía más impenetrable que nunca, tenía los músculos contraídos. No encontró en él ni siquiera un poco de compasión por la destrucción de Cathlamet. En un segundo se lanzó hacia él y su mano golpeó dos veces el atractivo rostro, con violencia, dejando huellas muy claras en la piel que, después de todo no era de hierro.

—Supones que tu dinero puede comprarlo todo y compensar la pérdida de las cosas que importan. Cathlamet me importaba a mí y tú estás allí, mirándome como si hubiera sido un establo el que se quemó y no mi hogar.

—¿Tu hogar? —repitió—. Me dijiste en Londres que, cuando la casa pasó a mis manos, ya no la consideraste como parte de tu vida.

—Eso fue antes que yo... —se mordió con tanta fuerza para no pronunciar la palabra, que casi se arrancó la piel del labio.

—Antes de casarte conmigo —le dijo, mirándola irónico—. Pero cuando te convertiste en mi esposa, la casa grande y maravillosa volvió a ser muy importante para ti. ¡Por Dios, qué infantil eres! ¿No has aprendido nada de la vida en las horas que hemos pasado juntos?

—Sí —contestó desafiante—. He aprendido que todo lo que quieres de mí es mi cuerpo. No te importa que esté sufriendo por lo que le ha pasado a Cathlamet.

—Por supuesto que me importa tu sufrimiento.

—¿Porque no quieres dañar la mercancía? —estaba usando el vocabulario que normalmente consideraba muy vulgar—. Pagaste un precio muy alto por mí, ¿no es así, Paris? Es natural que desees obtener el valor de

tu dinero, así que, en términos de dracmas, debes estar furioso por la pérdida de Cathlamet.

—Sí, estoy furioso en este momento —sus dientes apretados parecían más blancos cuando dio un paso intempestivo hacia Brittany, quien sintió que el pánico sacudía sus entrañas y, en ese instante, se dio cuenta de todo lo que había dicho. Bueno, lo tenía muy merecido, se dijo, alejándose de él. Estaba mostrándose con un hombre sin corazón en lo referente a la bella y antigua mansión de la que sólo quedaban algunas paredes chamuscadas como memoria de todos los recuerdos que guardaba Cathlamet.

Sentía un profundo e intolerable dolor en el pecho y no encontraba consuelo en el hombre, con expresión dura, que la observaba con intensidad... la miraba como si su amor por la mansión destruida le causara disgusto, en vez de pena.

—Quizá, si tuvieras recuerdos de la casa en que creciste, podrías comprenderme mejor —dijo Brittany sin consideración—, pero creciste en el monte, ¿no es así? Eso es muy diferente.

El silencio siguió a sus palabras... un silencio aterrador que Brittany tenía que romper con palabras crueles o alejarse de allí y prefirió esto último.

Capítulo 12

Recogiéndose la larga falda de su vestido, Brittany huyó por el pasillo y pasó junto a la piedra angular de bienvenida. Subió por la escalera, corriendo al ritmo del tempestuoso latido de su corazón y fue al llegar a su habitación cuando la tristeza hundió sus garras en lo más profundo de su ser y se dejó caer en la cama, sacudida por los sollozos.

Sintiendo el dolor de la derrota, se puso a llorar con lágrimas que parecían quemarla y, cuando al fin pudo ponerse de pie, estaba totalmente agotada.

Hizo un tremendo esfuerzo para quitarse el vestido, pues se sentía muy cansada, pero al fin pudo librarse de la envoltura de satén y se dirigió al baño para lavarse la cara manchada por sus lágrimas.

Parecía que hubiera llorado por todas las cosas tristes ocurridas en su vida, como si hubieran estado almacenadas en su interior, esperando ser liberadas. Ahora estaba libre de todo lo que la ataba a Cathlamet. Todas las deudas habían sido consumidas por el fuego y sabía exactamente lo que haría al amanecer el día siguiente.

Cuando volvió a la habitación, encontró una bandeja con una jarra de té, una taza con su plato, crema, azúcar y unas galletas.

Temblando de frío a pesar de estar enfundada en su bata, se sirvió una taza de té y lo endulzó. La bebida caliente ayudó a desvanecer el disgusto que había recibido. Se sentó en un sillón cerca de la ventana, con los ojos todavía irritados por las abundantes lágrimas. Se alejó todo lo posible del sillón donde Paris estuvo reclinado descansando, disfrutando de verla y saberla suya. Eso es todo lo que ella significaba para él, algo que poseía, algo que le gustaba ver envuelto en satén y encaje, para deleitar su mirada y sus pasiones.

Sus ojos se arrasaron de lágrimas de nuevo, pero luchó por no dejarlas escapar, tomando grandes tragos de té en un esfuerzo por detener una ola de desaliento. Se dijo con firmeza que ya había llorado lo suficiente por esa noche y ahora debía forjar un plan para escapar de la isla.

Sería inútil pedirle a Paris, de forma civilizada, que la dejara en libertad. Eso lo pondría sobre aviso de lo que tenía en mente y aunque podía pensar que ella trataría de escapar, supondría que la lealtad de sus empleados imposibilitaría su huida de Dovima, en especial, y que sólo había una manera de escapar y esa era en bote.

Pero Brittany tenía escondida una carta en la manga, esta era una expresión que oyó que Justin utilizaba muchas veces. Se había dado cuenta del resentimiento que Aspasia sentía por ella y se alegró de no haber mencionado a Paris sus sospechas de que la doncella de su madre la estaba espionando, observándola como un gato estudia a un ratón, con el propósito de crear problemas. Y Brittany le iba a dar material a manos llenas. Después de terminar su té, se dispuso a guardar algunas prendas necesarias para que todo estuviera listo a la hora de partir. Dobló una muda de ropa interior, una blusa y las metió en un maletín de mano. Se aseguró de llevar dinero en su bolso. Ocultó el maletín en el ropero y después, abrió sin ruido la puerta de la habitación.

No encontró a nadie. Por instinto, sabía que Paris la dejaría a solas para que llorara y pudiera desahogar su desventura. Se dirigió al dormitorio de Aspasia, en el piso superior.

Con suavidad, llamó a la puerta de la alcoba de su doncella. Después de un momento, Aspasia abrió, ciñéndose el cinturón de su bata. El cabello oscuro suelto, caía como un manto sobre los hombros; el color rosado de su bata le daba un aspecto más amable y cordial.

Pero Brittany no se dejó engañar. Se había enfrentado a la verdadera Aspasia esa misma tarde y estaba segura de que si quería escapar de Dovima debía recurrir a ella.

—¿Desea algo, madame?

—Sí, ¿puedo pasar? No quiero que me vean —al instante, los ojos de Aspasia se agudizaron; abrió más la puerta para que Brittany pudiera entrar, luego la cerró y se reclinó en ella. Su mirada inquisitiva estaba fija en su señora—. Quisiera ir a tierra firme por la mañana —Brittany había decidido ser directa—. ¿Conoces a alguien que me pueda llevar? Tengo dinero y puedo pagar el viaje.

Aspasia no hizo ningún movimiento que indicara que estaba sorprendida por sus palabras y, sobre todo, no parecía triste. Sus ojos oscuros recorrieron a Brittany, quien llevaba una bata de seda, color melocotón; una prenda más del guardarropa que le había comprado Paris,

de un estilo muy hermoso, como toda la ropa que él había insistido en comprar.

—¿Por qué quiere irse, kyria? —un destello de insolencia brilló en los ojos de Aspasia, como si estuviera enterada de la escena que había tenido lugar en la sala—.

¿No le gusta estar casada con el kyrios?

—Eso no te incumbe —respondió Brittany, cortante, haciendo un esfuerzo por controlar su antipatía por Aspasia y la repulsión que sentía por tener que recurrir a su ayuda para abandonar a Paris—. Ninguno de ustedes, incluyendo a madame Konstantinidis, quiere que permanezca a su lado y no hay ningún peligro para ti. Tú trabajas con su madre y él jamás le causaría un disgusto.

—Su matrimonio con usted ya le ha causado muchos disgustos —Aspasia metió la mano en el bolsillo de su bata y sacó una cigarrera y un encendedor. Con los ojos fijos en Brittany, colocó un cigarrillo entre los labios, puso la llama en la punta y lanzó una bocanada de humo hacia Brittany—. Tuvo una discusión con él, ¿no?

Brittany rehusó contestar y una sonrisa sutil se dibujó en los labios de la griega, quien volvió a lanzar humo. De pronto, Brittany no pudo tolerar más la vulgar manera de fumar y sus insultos. Estaba a punto de apartar a Aspasia para regresar corriendo a su habitación, cuando la mujer se adelantó en actitud amenazadora.

—Discute con el kyrios como una niña exigente que siempre quiere salirse con la suya. Tiene suerte de que él controle su temperamento y no le enseñe que la tarea de una esposa es complacer al hombre. ¡No lo merece!

—Para lo único que sirves, es para escuchar a través de las puertas y espiar a la gente—replicó Brittany—. Me voy de aquí.

—Pero puedo arreglar que un amigo mío la saque de la isla, madame —Aspasia aspiró profundo el humo del cigarrillo—. Mañana, ¿no es verdad?

—¿Temprano? —preguntó Brittany—. ¿Sin que mi esposo se entere?

—Mi amigo hará todo lo que yo le pida. ¿No lo vio en el caique cuando hizo la travesía hasta Dovima?

—¿Era uno de los marineros?

—Ne, madame.

Había algo, en la manera como sonreía Aspasia, que respondía a una duda persistente que tenía Brittany y que hizo que retrocediera sin proponérselo.

—¡Vaya! —exclamó—. Entonces, es verdad que la madre del kyrios me odia.

—La madre del kyrios no necesitó decirme nada acerca de lo que sentía respecto a usted —Aspasia sacudió la ceniza del cigarrillo—. Yo sé cómo se sentía, porque siento lo mismo que ella... como si una virgencita con piel de lirio, tan mimada como usted, pudiese satisfacer los deseos de un hombre como el kyrios. ¡Qué tontería! ¡Él sí tiene zoikos! Es un hombre muy especial y todo habría terminado muy pronto si ese mismo zoikos no lo hubiera obligado a lanzarse al agua para rescatarla. Kristos me dice que parecía una gata atemorizada con su traje de novia arruinado y el cabello mojado.

De pronto, Aspasia comenzó a reír y Brittany sintió un estremecimiento de miedo; una advertencia que no pudo percibir a bordo del Stella Maris, cuando una mano se posó en su hombro y la lanzó sobre la barandilla al mar, mientras se sentía mareada por el vino de la recepción y el extraño ritual que sirvió para convertirla en la esposa de Paris Konstantinidis. Pero ahora, sus pensamientos eran tan claros como el cristal y le advertían que debía salir de esa habitación lo antes posible.

Al tiempo que trataba de alcanzar el picaporte, Aspasia saltó y la asió del pelo, tirando de él hasta hacerla gritar de dolor.

—No vuelva a gritar —Aspasia acercó la punta ardiente del cigarrillo a la mejilla de Brittany—. Me gustaría arruinar su delicada piel blanca, pero surgirían sospechas cuando la encuentren entre las rocas, al pie de la villa. Sí, kyria, mi amigo la ayudará a escapar del kyrios... y será para siempre. Habrá un funeral muy triste y todos los asistentes dirán que fue una lástima que la joven inglesa se hubiera despeñado por el acantilado durante su luna de miel.

De nuevo, Aspasia río y Brittany sintió otro tirón en el pelo.

—Como verá, kyria, todos recordarán que en el caique sufrió un desmayo y, cayó al mar; ni siquiera el kyrios sospechará.

—¿Qué esperas ganar con todo esto? —a pesar de su gran temor y de estar segura de que la mujer estaba loca, Brittany trató de hacer que siguiera hablando. Esta clase de personas siempre desean hablar de sí mismas.

—El kyrios será un triste viudo y necesitará que lo consuelen por su pérdida. Su madre me aprecia mucho, como usted sabe. Ella estaría más contenta si yo fuera su nuera —mientras hablaba, Aspasia miraba la boquilla del cigarrillo que se llevó a los labios para saborear la última bocanada—. El kyrios es un hombre rico, pero después de todo, no pertenece a la aristocracia, ¿verdad? A su madre no le falta nada ahora, en cambio antes cuidaba cabras, así que ¿por qué no sería yo lo bastante aceptable para él?

—Claro que lo eres —convino Brittany con cautela—. Fuiste astuta al fingir que sabías muy poco inglés. La verdad, es que lo hablas muy bien.

—Lo sé —Aspasia sonrió y recorrió con la mirada el rostro de Brittany, que estaba tenso por el miedo y por la violencia con que tiraba de su cabello—. ¿Verdad que me entiende perfectamente?

Brittany sólo podía orar con desesperación para que Paris fuera a buscarla y poder entregarse a la seguridad de sus brazos, sin preocuparse porque la hubiera comprado como un objet d' art que había visto en algún escaparate, aquel día, cuando fue a Cathlamet.

—Yo quería aprender inglés y la madre del kyrios hizo arreglos para que yo tomara lecciones —una vez más, Aspasia miró la punta del cigarrillo y era obvio que necesitaba encender otro—. ¿Por qué no debo ser ambiciosa? Soy hermosa y mi cabello es tan fino como el suyo.

—No te gustaría que yo tratara de arrancarte el cabello desde la raíz —murmuró Brittany.

—No —respondió Aspasia—, pero usted ya no tiene importancia. Para usted ha llegado el fin.

—Si tu amigo me lleva a tierra firme, te prometo que nunca más sabrán de mí.

—El kyrios la seguiría y la buscaría —con gesto nervioso, Aspasia tiró el filtró del cigarrillo; con movimientos muy forzados, trató de meter la mano en el bolsillo derecho de su bata, situado al otro lado de su cuerpo, para alcanzar la cigarrera. Brittany no titubeó; en cuanto sintió que la presión de los dedos en su cabello disminuía, saltó hacia atrás y le asestó a la mujer un golpe en la nariz.

Esta vez, fue Aspasia la que gritó, un sonido que Brittany saboreó mientras huía de esa aterradora habitación. Al tiempo que corría, llamaba a gritos a Paris y su voz resonaba en toda la casa.

Brittany siempre recordaría el vuelco de alegría que dio su corazón cuando le vio subir por la escalera, corriendo, para ir en su busca. Nunca olvidaría la seguridad que sintió cuando la tomó en sus brazos como si fuera el objeto más precioso del mundo.

Se abrieron todas las puertas y la servidumbre empezó a rodearlos mientras Brittany relataba, con palabras incoherentes, su experiencia con Aspasia. Con gesto severo, Paris la entregó al mayordomo mientras él arreglaba cuentas con la doncella.

La terrible expresión que la furia dibujaba en su rostro, hizo que se desvaneciera, para siempre, cualquier duda que Brittany pudiera tener de que su esposo no la amaba. Esta vez, las lágrimas que rodaban por sus mejillas eran lágrimas de alivio. Y ella entendió después, por qué los residuos de la ira de Paris fueron volcados en ella más tarde, cuando la policía se marchó en una lancha, llevándose a Aspasia y al marinero, Kristos.

Paris recorría la habitación, caminando con una mezcla de disgusto y dolor, preguntándole sin cesar por qué se le había ocurrido pensar en abandonarlo.

—Nunca imaginé que llegaras a esto —rugió.

—¿Por qué no? —acurrucada en su cama, con el sol matinal brillando sobre su cabello, Brittany le miró con sus ojos verdes, iluminados por el provocativo brillo del amor.

—Porque tú sabes, tan bien como yo —contestó con fiereza—, que debemos estar juntos y que las tontas peleas, por unos ladrillos y piedras, no nos podrán separar jamás. Cuando corrías hacia mí, en el piso superior, corrías hacia tu otra mitad y esta es la verdad. Cuando te estrecho en mis brazos, moiya, también te abraza mi corazón y espero seguir haciéndolo cuando brille el sol, en las noches oscuras y durante los largos años que los dioses nos permitan compartir.

—Pero nunca lo dijiste —protestó—. No soy clarividente, aunque haya trabajado con
madame Lilian.

—No hay duda, vas a tener que aprender griego —fue hacia ella, amoroso, acercándose con rapidez y levantándola como si pesara lo mismo que una pluma—. Cuando te tengo entre mis brazos y te hablo de amor, lo hago en griego... en griego, sin pensar. ¿Que si te amo? Por supuesto que te

amo, desde el primer momento en que te vi, cuando el sol bañaba tu cabello, como ahora.

Sus brazos la estrecharon, posesivos.

—Le di el empleo a tu hermano, en mi casino, para mantener el contacto entre nosotros y no, como tú aseguraste, porque quería que cometiera un fraude en mi casino. Lo hice, simplemente, porque era tu hermano, pedhaki mou, creí que sería una persona más sensata de lo que fue. ¿Puedes creer ahora que soy un mejor hombre de lo que pensabas?

Brittany ocultó el rostro en el cuello de él, besándolo.

—Paris —dijo, sofocada—. ¿De verdad creíste que te habría abandonado si me decías que Cathlamet fue destruido por el fuego? —después de las violentas tormentas emocionales, era tan agradable experimentar esta profunda sensación de paz que llenaba cada rincón de su corazón y de su mente.

—No quería arriesgarme —confesó él—. Nada iba a interponerse en mi camino el día de nuestra boda. Nada.

—¿Ni siquiera el que tu madre no aprobara la idea de que te casabas con una inglesa?

—Mi madre se conformará y tú nunca debes creer que ella aconsejó a Aspasia para que te hiciera algún daño —Paris miró profundamente los ojos de Brittany, como si necesitara disipar la última sombra de duda que quedaba entre ellos—. Mi madre es una mujer temerosa de Dios y no nos hubiera acompañado a la iglesia si en verdad sintiera algún rencor contra ti.

Brittany le creyó... por fin creía en la felicidad que compartían, estando juntos. Respondió sin reservas al beso de Paris y la pasión los fue envolviendo, dominándolos. Ya no se sentía obligada a contenerse y pudo disfrutar el hecho de que él fuera tan maduro, tan consciente de las cosas fundamentales de la vida, porque nunca lo cegó el amor por unos ladrillos y piedras.

—Te amo —le dijo Paris en inglés—. Pronto vas a aprender mi idioma y entenderás todas mis confesiones de amor. Mis sentimientos más profundos, siempre los podré expresar mejor en griego. Y mi deseo más ferviente es que cuando tengamos un hijo, éste posea los potentes pulmones de su madre.

Brittany sonrió, sabiendo que siempre recordarían el momento en que ella voló a sus brazos dejando de ser la joven tonta que añoraba los fantasmas de Cathlamet.

Paris era ahora su hogar, seguro y permanente.